

## INDUSTRIAS OSEAS DEL HOMBRE DE CRO-MAGNON

### SOBRE SU GÉNESIS Y DINAMICA

P O R  
**IGNACIO BARANDIARAN**

Una gran revolución cultural —al menos en el terreno de lo industrial o tecnológico— tuvo lugar coincidiendo con la multiplicación, en una amplia superficie de la Europa würmiense, de los grupos de hombres dolicocefalos incluíbles en la llamada raza de Cro-Magnon.

Este fenómeno se da más o menos durante las dos fases climáticas superiores de esa glaciación (Würm III y Würm IV), ya quizá desde el interstadio Würm II-III, y cubre el desarrollo de las culturas del Paleolítico Superior a partir del Perigordienne Inferior, o I. Indudablemente que otros factores de orden anímico, que ni son directamente apreciables en una estratigrafía ni se recogen en una excavación, acompañan esa revolución tecnológica de lo material; sus tres esenciales campos de desarrollo comprenden:

- a) El conjunto de manifestaciones de arte parietal y mueble.
- b) Las industrias leptolíticas.
- c) Las técnicas de trabajo de instrumentos especializados de cuerno y hueso.

André Cheynier, con su siempre apasionada visión de la Prehistoria, ha afirmado que gustosamente designaría al Paleolítico Superior como “Edad del Hueso”, por el uso intensivo que ahora se hace de esa materia prima<sup>1</sup>. Sin embargo, y aunque se hayan

---

<sup>1</sup> A. Cheynier: *Comment vivait l'Homme des Cavernes à l'Age du Renne*. París, 1965, p. 85.

estudiado ya los aspectos generales de nacimiento, desarrollo y expansión (llegándose incluso a minuciosas observaciones de tipología) de lo referente al arte parietal y a las industrias líticas, se ha prestado aún muy poca atención a los temas de las industrias óseas contemporáneas. Examinaremos, pues, en sus líneas esenciales lo tocante a la génesis y dinámica de tales conjuntos instrumentales que usara, y acaso creó, el propio Hombre de Cro-Magnon.

# I. PLANTEAMIENTO GENERAL Y LÍMITES.

## a) *En cuanto a las industrias óseas.*

Con este nombre incluimos los objetos (armas, utensilios e instrumentos, piezas de adorno) fabricados a partir de materias orgánicas de origen animal, como componentes de su esqueleto externo o interno: así el hueso, el marfil, el cuerno y la concha fundamentalmente. El tema no ha sido aún estudiado con la debida atención: al menos con la cohesión e intensidad que los paleolitistas vienen dedicando al conocimiento y discusión de los complejos líticos. Ultimamente he realizado algunos ensayos parciales en ese sentido, que deseo ampliar <sup>2</sup>.

Es cierto que "por razones de conservación puramente material, el utillaje lítico paleolítico es el único que proporciona una totalidad de información y el único plenamente justificable de un tratamiento estadístico y —por ese concepto— es totalmente significativo" <sup>3</sup>. Sin embargo, debe notarse que las industrias óseas fueron valoradas (acaso excesivamente) por el propio Abate Breuil <sup>4</sup> en sus peculiares calidades de "fósiles-directores" para la determinación de la personalidad cultural de los estratos del Paleo-

<sup>2</sup> I. Barandiarán: *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental. Bases para una sistematización tipológica del instrumental óseo paleolítico*. Zaragoza, 1967; y *Sobre tipología y tecnología del instrumental óseo paleolítico*, en páginas 7 a 79 de "Caesaraugusta", tomo 29-30, Zaragoza, 1967.

<sup>3</sup> D. de Sonneville-Bordes: *L'évolution du Paléolithique supérieur en Europe occidentale et sa signification*, tomo 63 del "Bulletin de la Société Préhistorique Française". París, 1966, p. 6.

<sup>4</sup> H. Breuil: *Les Subdivisions du Paléolithique Supérieur et leur signification*, 2.ª ed., París, 1937.

lítico Superior: sobre todo del Auriñaciense “típico” y del Magdalenense. Pero, al extenderse las prácticas de contabilización numérica y estadística, sólo se aplicaron éstas al instrumental en sílex, adquiriendo las industrias líticas categoría de preeminencia sobre las óseas.

Ello se debe, sobre todo, a lo fragmentario y escaso —en general— de los testimonios de tecnología del hueso. Por un lado, es mala su conservación, ya que depende inmediatamente (y en modo fatal) del grado de alcalinidad del suelo o medio estratigráfico, y no siempre presenta éste la mínima densidad precisa para asegurar una regular conservación. Más aún, es real la escasez (acaso genérica) de sus testimonios en determinados ámbitos geográfico-culturales: así en el Ardèche, recientemente estudiado por Jean Combier, en el mismo Levante hispánico (el Parpalló, “colonia” del Sudoeste francés, es la única excepción) o en el italiano, etc. Por fin, debemos tener en cuenta la fragmentación extrema con que llegan a nuestro poder muchos de esos utensilios, ya que será correcto pensar que las “armaduras” de armas arrojadizas o punzantes se rompieran o perdieran durante las faenas venatorias, fuera de la cueva o abrigo donde se habitaba, de tal modo que sólo las extremidades inferiores o “bases” (aún ensambladas en sus ástiles o mangos) habrían de volver a esos lugares en que se vivía, que son los que nosotros ahora podemos excavar normalmente (y esto sucede, sobre todo, para los punzones, azagayas, arpones, propulsores, etc.). Así estamos seguros de que, en el mejor de los casos, sólo poseemos para nuestra consideración algunos restos parciales del total de los ajuares de aquellas gentes paleolíticas <sup>5</sup>.

Parece que hoy el interés de los especialistas en Paleolítico Superior queda centrado casi siempre —en lo que se refiere a instrumental óseo— en aquellos objetos que poseen, como soportes, manifestaciones de arte figurativo o “abstracto”. Pero aún hemos de reconocer que, lamentablemente, a pesar de poseerse buenos conjuntos de esas representaciones de arte mueble, muchas de ellas

---

<sup>5</sup> Véanse, así, en *La Cueva del Parpalló. Gandia* (Madrid, 1942, p. 37), de L. Pericot, su queja rigurosamente razonable ante la penuria de conservación de las industrias óseas: y ello en yacimiento tan rico por tantos conceptos.

—y de las más características— proceden de recogidas antiguas, de modo que “los métodos de las excavaciones del siglo pasado... no nos autorizan la posibilidad de llevar el estudio de este aspecto de la Prehistoria hasta los análisis estadísticos” <sup>6</sup>.

Con todo, y a pesar de la actual crisis del concepto, creo que puede mantenerse (aunque fuera con carácter relativo y condicionado a sus propios contextos culturales regionales, o “provinciales”) el valor de muchos elementos de industria ósea como “fósiles-directores” bastante seguros. Subrayando que hoy, en Arqueología prehistórica, se piensa que esos documentos-guía pueden ser plenamente significativos no considerados en su sola individualidad aislada, sino dentro del contexto instrumental o biológico del que forman parte integrante <sup>7</sup>. Por ello deberá realizarse un estudio minucioso, tanto de aquellas piezas óseas más llamativas (bastones, propulsores, arpones, agujas...) como de las más numerosas (azagayas-punzones, varillas: que habrán de considerarse con atención en cuanto a su materia, dimensiones relativas y absolutas, entidad y forma de las bases, secciones...) o de aquellas otras, por fin, más burdas y despreciadas en las descripciones de los ajuares (todo tipo de esquilas acomodadas) <sup>8</sup>.

Por otra parte, las variedades regionales y temporales pueden ser útiles, enfocando tal estudio del instrumental óseo según la metodología general de los sistemas históricoculturales, para determinar relaciones en el espacio y los modos mismos de transmisión de la Cultura <sup>9</sup>.

<sup>6</sup> M. Chollot: *Musée des Antiquités Nationales*. “Collection Piette”. París, 1964, p. 33.

<sup>7</sup> F. Bordes: *A propos d'une vieille querelle: peut-on utiliser les silex taillés comme fossiles directeurs?*, en pp. 242 a 246 del tomo 47 del “Bulletin de la Société Préhistorique Française”. París, 1950. Y lo que se afirma para el instrumental lítico debe aplicarse en general, igualmente, para el óseo.

<sup>8</sup> Entre los estudios monográficos sobre estos últimos materiales destaca el poco conocido de F. C. E. Octobon: *Outillage paléolithique banal en os* (p. 33... de “Actas del XII Congreso de Prehistoria Francesa”. Perigueux, 1936).

<sup>9</sup> Así los estudios de G. Malvesin Fabre, L. R. Nougier, R. Robert: *Le Proto-Azilien de la Grotte de la Vache (Ariège) et la genèse du harpon azilien* (pp. 35 a 47 del tomo 5 del “Bulletin de la Société de Préhistoire de l'Ariège”, Tarascon, 1951), y de M. W. Thompson: *Azilian Harpoons* (en pp. 193

b) *En cuanto al término "Hombre de Cro-Magnon".*

El Paleolítico Superior coincide con la presencia sobre suelo europeo de grupos del *Homo sapiens fossilis*, pareciendo que su inmigración —o génesis— masiva aquí debe relacionarse íntimamente con los inicios mismos, y la expansión asombrosa, de unas concretas culturas superopaleolíticas. Sin entrar ahora en el tema antropológico, que debe ser desarrollado por los correspondientes especialistas, habré de hacer algunas reflexiones que centren este trabajo<sup>10</sup>.

Es posible que ese *Homo sapiens* forme, a pesar de la diversidad de algunas de sus ramas componentes, un auténtico "stock" cromañense. Evidentemente, esta raza de Cro-Magnon es "sensu stricto" muy heterogénea. Tanto que a sus principales variedades habremos de designarlas —no se está aún demasiado seguros— de subrazas o subtipos<sup>11</sup>. La mayor divergencia con respecto al Cro-Magnon puro la presentan las gentes de Predmost, Combe-Capelle u Obercassel, "como siendo la más distinta variedad, o "subtipo". Esas variaciones pueden deberse a distintos motivos: la influencia de los diversos medios biotópicos, quizá, y, acaso, también la existencia de cruces o mestizajes difícilmente controlables ahora.

En su postura conciliadora, M. Boule y H. V. Vallois pretenden, frente a todas las discusiones sobre la validez del término

a 121 de los "Proceedings of the Prehistoric Society for 1954", tomo 20. Londres, 1955) o el nuestro en vías de publicación sobre los rodets paleolíticos de hueso (en "Ampurias", Barcelona).

<sup>10</sup> Entre muchas obras que pueden servir de orientación sobre tales cuestiones indico aquí las de tipo general comprensivo más manejables: M. Boule, H. V. Vallois: *Les Hommes Fossiles. Elements de Paléontologie Humaine*, 4. ed. París, 1952; H. V. Vallois: *Catalogue des Hommes Fossiles*, fasc. 5 del "XIX Congreso Geológico Internacional". Argel 1952-53, pp. 122 a 167; D. de Sonneville-Bordes: *Position stratigraphique et Chronologie relative des restes humains du Paléolithique supérieur entre Loire et Pyrénées*, en tomo 45 de "Annales de Paléontologie", pp. 15 a 51, París, 1959; R. Jullien: *Les Hommes Fossiles de la Pierre Taillée*. París, 1965; M. Fusté: *Estado actual de la antropología prehistórica de la Península*, en pp. 363 a 382 del tomo del "I Symposium de Prehistoria Peninsular", Pamplona, 1960.

<sup>11</sup> Boule-Vallois, *op cit.*, p. 313.

“raza” aplicado a la de Cro-Magnon y a los otros hombres contemporáneos, que quizá deba pensarse en variedades de una misma raza, la del *Homo sapiens*, que ofrecería varios tipos particulares o especímenes: el de Grimaldi (de tipo “negroide”, y de mayor antigüedad en cuanto a su origen), el de Chancelade (sobre todo frecuente en el Magdaleniense), y el propiamente de Cro-Magnon (que comenzaría, al menos, en el Auriñaciense Antiguo típico y perduraría en todo el Paleolítico Superior); quedando a discutir la exacta posición del grupo de Predmost.

En una visión más concreta, R. Jullien establece esta clasificación:

- I. La raza de Cro-Magnon, comprendiendo la variedad de “Cro-Magnon puro” (Trou de Cro-Magnon, Baoussou Roussé, Abri Pataud, Solutré, Mas d’Azil, Cap Blanc, Abri des Hoteaux, Placard, Sain-Germain-la-Rivière...); la del “Cro-Magnon oriental” o de Predmost (con los restos —además— de Combe-Capelle, Brno, Lautsch, Poddaba, Zlatý - Kone, Paulov, Siemonia, Gorozovskaia stoianka...), siendo lugar aparte, “acaso como resultado de un mestizaje”, el grupo de Obercassel...
- II. La raza de Chancelade (Roc-de-Sers, Laugerie Basse...).
- III. La raza de Grimaldi (que ocupa buena parte de los yacimientos de la llamada Provincia mediterránea).

En resumen, que los hombres de Cro-Magnon, en su sentido propio, habitan a todo lo largo del Paleolítico Superior, especialmente las tierras de Francia y zonas adyacentes (Pirineos, Costa Cantábrica, con una variedad “oriental” sobre suelo de Bohemia y Moravia y algo en Polonia). En tanto que los de Chancelade aparecerían ya muy avanzado ese Paleolítico Superior (entre el Solutrense Final y el Magdaleniense III deben datarse sus restos epónimos), siendo posible que tengan algo que ver con el desarrollo del utillaje y las culturas magdalenienses. Pero siendo sus mestizajes con la raza de Cro-Magnon lo suficientemente intensos como para que no se puedan delimitar con exactitud sus áreas respectivas de expansión<sup>12</sup>. Es, en este mismo sentido, interesante des-

<sup>12</sup> R. Jullien, *op cit.*, p. 208.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 226.

tacar que representantes tanto de la raza Cro-Magnon más pura como de las de Combe-Capelle o de Chancelade han solido ser recogidos indistintamente por las mismas épocas en suelo perigordino. Por otro lado puede asegurarse que "la brusca y considerable expansión humana que marca en el Sudoeste de Francia el último período del Paleolítico debe, sin duda, ponerse en relación con alguna explosión demográfica general"<sup>14</sup>.

Estas cuestiones de antropología física, para poder ser tratadas adecuadamente, tropiezan con los factores de indeterminación que provienen tanto de la mala conservación en sí de esos huesos humanos como de la escasa atención a la estratigrafía arqueológica con que se recogieron algunos de sus más importantes testimonios: y ello es muy notable en los más famosos restos hallados en el pasado siglo. Indudablemente, la conservación de tales restos humanos dependerá, tanto de unas apropiadas condiciones climáticas y estratigráficas como de la fortuna en su descubrimiento, o de la existencia en aquellos antiguos grupos humanos de costumbres extendidas de enterramiento (que no deben generalizarse, al parecer, sino a partir del Magdaleniense III-IV). También pudo ser muy distinta la densidad de ocupación de la Europa libre de hielos en el Würmiense superior, y ello, como es lógico, repercute en la diversa concentración de hallazgos de unos lugares a otros. Entre todos, son hoy de extraordinario interés (por su buena conservación y concreta cronología) los esqueletos de la Roc de Combe-Capelle (del Perigordense Antiguo), del Trou de Cro-Magnon (para el Auriñaciense típico) o del Abri Pataud (para una fase avanzada del Würm III); no poseyendo aún demasiada seguridad sobre los caracteres físicos del Hombre del Solutrense (Roc-de-Sers es imposible de datar), aclarándose sólo su problemática en sus estadios finales.

No creo fuera de lugar insistir aquí en las precisiones hoy posibles sobre atribución cronológica de esos restos de la zona más característica, o "clásica", del Paleolítico Superior europeo: Dordogne, Charente, Pirineos y Cantabria. Para ello nos servirán de

---

<sup>14</sup> D. de Sonnevile-Bordes: *Le Paléolithique supérieur en Suisse*, en tomo 67 de "L'Anthropologie", París, 1963, pág. 261.

guía las obras ya citadas de H. V. Vallois (1953), D. de Sonnevill-Bordes (1959) y M. Fusté (1960).

Al Chatelperroniense, o Perigordienso Antiguo I, se deben atribuir los restos de la Roc de Combe-Capelle, únicos hoy conservados de ese período, pues parece que el desarrollo de esa cultura coincide con el de una intensísima acción climática rigurosa, producida en los inicios mismos del tercer período Würmiense<sup>15</sup>. Del Perigordienso III-IV serían algunos restos parciales de Pair-non-Pair e Isturitz. Al Perigordienso V corresponden los del Abri des Vachons (nivel 3), Isturitz (nivel IV, en excavaciones de los Saint-Périer; que extrañaron a Vallois por su extrema robustez), mientras que en el Epigravetiense hay restos en el Barranc Blanc (Rótova) que plantean en toda su agudeza la problemática de su africanismo o —cuando menos— de su pertenencia al tipo mediterráneo como los de Arene Candide.

El "phylum" Auriñaciense posee abundantes testimonios del esqueleto humano. En el contexto de utillaje que acompañaba los restos del hombre de Cro-Magnon se cita una punta de hueso de base hendida que sirve bien para definir su personalidad cultural, en el Auriñaciense típico, hasta quizá algo avanzado. Por lo demás pudieran citarse aquí, como de ese complejo cultural, los restos humanos de: La Combe, Abri Blanchard, Fontéchevade, Abri de la Rochette, La Chaise, La Quina Z, Abri des Vachons, Grotte des Rois y de La Roche, Courbon (de no demasiado segura cronología)<sup>16</sup>, los distintos restos de Aurignac, Grotte des Cottés, Abri des Roches, y Téoulé, Grotte de Tarté, Isturitz (Gran Sala) y los dudosos de la Cueva inferior de Gourdan; en la Península Ibérica podrán datarse por estos momentos los fragmentos recogidos en la Cueva de Carigüela (Granada) y los de Cantabri (calota femenina de Camargo —de discutida interpretación

<sup>15</sup> ¿Se hallaría aquí el origen del "tipo mediterráneo", como se pregunta M. Fusté (op. cit., pág. 371) y observa S. Sergi al estudiar el esqueleto juvenil del "Auriñaciense Antiguo" de Arene-Candide, que habría de corresponder al tipo de Combe-Capelle?

<sup>16</sup> Duda H. V. Vallois (*Nouvelles découvertes d'Hommes fossiles*, en páginas 154 a 156 del tomo 61 de "L'Anthropologie", 1957) de que se trate de una sepultura neolítica o hasta más reciente.



como de Cro-Magnon, Chancelade o Predmost— y la mandíbula infantil de la Cueva del Castillo).

Señalamos la penuria de la antropología física del Solutrense: sus testigos son nulos en el Inferior, y fragmentados y poco seguros en estadios más recientes. Entre los más importantes destacaremos los recogidos en Laugerie-Haute, Badegoule<sup>17</sup> y El Parpalló (cráneo juvenil femenino típicamente cromañense). Al Solutrense Medio se adscribe el contenido antropológico del Abri Labattut; al Superior los del Fourneau du Diable, Grottes du Placard y de La Tannerie; y al Final los restos de la Grotte de Roset. Quizá sean hasta más recientes que el Solutrense Final los individuos contenidos en la sepultura colectiva de Roc-de-Sers.

En el "Protomagdalenense" se posee el importante esqueleto del Abri Pataud, bien estudiado.

Del Magdaleniense I serían (o del II): Badegoule, Abri Lachaud y los varios cráneos de la Grotte du Placard. En los periodos III y IV se hace común la costumbre de enterrar los cadáveres; al III corresponden con seguridad los restos humanos del Abri de Montconfort, Chancelade, Cap Blanc, la sepultura de Saint-Germain-la-Rivière, y de las Grottes de la Marche y des Fadets; encajando en el IV los de La Madeleine, el famoso "homme écrasé" de Laugerie-Basse (acaso fuera del Magdaleniense III) y los individuos enterrados en las Grottes des Fées (quizá del IV) y de Lafayette; en Isturitz se hallan fragmentos óseos humanos, tanto en los niveles del Magdaleniense IV, como en los del V y VI. La presencia del hombre de Cro-Magnon en la Costa Cantábrica queda asegurada por los dos frontales del Magdaleniense III de la Cueva del Castillo y los distintos restos de las de Cobalejos y Morín.

En el Magdaleniense Final, o VI, se pueden estudiar los fragmentos óseos de hombres que vivieron en la Grotte des Eyzies, Limeuil, Gr. de Rochereil, La Pique (acaso del V), Gr. des Forges (ídem), Abri Duruthy (según D. de Sonnevile-Bordes que justifica esta datación frente a la más tradicional que pensaba que ese enterramiento se produjo en el Magdaleniense IV), Cueva inferior de Aurenzan (de algo dudosa cronología), Abri Dufaur y

<sup>17</sup> H. V. Vallois, *Catalogue des Hommes Fossiles*, cit.

cuevas de Gourdan y Massat (¿Magdalenense V?); aquí se sitúa el cráneo masculino de Urtiaga (en Guipúzcoa).

c) *En cuanto al Paleolítico Superior y sus grupos culturales.*

Es preciso insistir, ahora, en la dificultad de partir de secuencias teóricas perfectas que se elaboraron conforme a módulos racionales —y muy particulares—, por el ensamblaje de las superposiciones parciales de contados yacimientos (que suelen ser anormales, por excepcionalidad), debiéndose admitir las dificultades de plantear secuencias culturales del Paleolítico Superior cuando en realidad no se presentan completas en ninguna parte (al menos en un solo yacimiento), si bien en Dordogne y Charente (más algo en el Pirineo francés) fuera posible paradigmárlas adecuadamente.

En cualquier caso, las culturas del Paleolítico Superior ofrecen una doble paradoja:

- La de presentar, por un lado, una notable homogeneidad general (en cuanto que difieren como bloque de todo lo anterior), lo que es muy posible que deba atribuirse en buena parte a la arribada de esos elementos antropológicos nuevos que incluimos bajo la denominación de hombre de Cro-Magnon.
- Y, por otra parte, la de poseer facies locales o regionales de gran interés.

De todos modos, y a pesar de esas diferencias que pudieran fundamentar cuantas subdivisiones se hagan, “la Edad del Reno presenta un conjunto de caracteres que le imprimen una gran unidad, marcando un considerable progreso sobre el mundo musteriense”<sup>18</sup>. Y ello, tanto en antropología física como en tecnología lítica u ósea, ya que, frente al carácter único e individualizante de cada una de sus culturas concretas, existen “un cierto número de aspectos comunes que unen entre sí las diferentes industrias del Paleolítico Superior de Europa occidental”<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Boule-Vallaois, *op. cit.*, pág. 271.

<sup>19</sup> Ph. E. L. Smith: *Le Solutréen en France*, Burdeos, 1966, p. 388.

Entre esos factores de unificación cultural destacamos: el empleo común del hueso, cuerno, marfil y otras materias de origen animal para la fabricación de instrumentos; la posesión y proliferación de los elementos de ornamento personal; y la eclosión de las formas artísticas parietales o aplicadas. Este largo período que se abre, en general, con las culturas chatelperronienses y acaba con la liquidación del Würm IV señala la máxima expansión del instrumental óseo en la cultura material de la Humanidad. El marfil de los grandes vertebrados, los cuernos de Cérvidos y Cápridos, diversos huesos de los animales mayores, las conchas de moluscos, etc., van a ser utilizados en forma abrumadora como materia prima por los viejos habitantes de Europa. Con lo que parece plenamente justificada la tradicional denominación de "Edad del Reno" que se aplicaba antaño para designar a este conjunto de culturas.

A partir, por ello, de un germen o familia polimórfica (el llamado Protoauriñaciense por algunos), y durante toda la evolución del Paleolítico Superior, "se irán afirmando particularidades regionales, revelándose a través de continuidades morfológicas y estadísticas una relativa permanencia del poblamiento y una fragmentación de esta poderosa civilización que conservará, incluso hasta su fin, una profunda homogeneidad y un cierto monolitismo"<sup>20</sup>. En este mismo sentido, distingue G. Laplace varios grupos o centros secundarios superopaleolíticos: el atlántico o franco-cantábrico, el mediterráneo central o itálico, el mediterráneo Oriental o del Oriente Próximo, el de la cuenca carpática o de Europa Central, el de la estepa rusa o de la Europa Oriental. Grupos éstos con los que se concretan y amplían las dos zonas o "provincias" francocantábrica y mediterránea que ya sugiriera H. Breuil y ha adoptado —para las manifestaciones artísticas cuaternarias— P. Graziosi en nuestros días.

Debiendo ceñirnos en este estudio al núcleo más caracterizado de las culturas desarrolladas por el hombre de Cro-Magnon, concretaremos nuestras observaciones a los yacimientos de la región o "provincia" francocantábrica y a aquellos otros que más in-

<sup>20</sup> G. Laplace: *Recherches sur l'origine et l'évolution des complexes leptolithiques*, París, 1966, p. 240.

mediatamente se les asemejan, coincidiendo todo ello, con bastante exactitud, con el área establecida para el arte rupestre del Sudoeste francés y Cantabria. Por eso serán convenientes algunas observaciones sobre otros núcleos periféricos del Paleolítico Superior occidental. En Bélgica <sup>21</sup> del "Perigordien" Superior se pasa a un Magdaleniense avanzado, sin aparente interposición segura de lo Solutrense o Magdaleniense antiguo, debiendo subrayarse que los fósiles-directores más acreditados del Magdaleniense Superior-Final apenas existen; de forma que pueden quedar justificadas las definidas culturas locales del Creswilliense anglobelga. Otras facies muy particulares dentro de la "normal" evolución y caracteres del conjunto de culturas del Würm III-IV, contemporáneas la mayoría del Magdaleniense muy avanzado, se designan en centroeuropa occidental con los nombres de Hamburguense, Ahrensburguense, etc., y darán origen —en su evolución— a un haz muy complejo de culturas mesolíticas; aquí tampoco es frecuente el instrumental óseo (frente a, por ejemplo, la admirable variedad y riqueza de los motivos decorativos sobre placa de pizarra de Petersfels). También adquiere su expansión en los momentos finales del Paleolítico Superior el complejo cultural Magdaleniense suizo <sup>22</sup>: con la excepción de algunas obras maestras de Kesslerloch o Schweizersbild son prácticamente nulas en industrias óseas el resto de las estaciones helvéticas. Bajo

<sup>21</sup> La bibliografía fundamental sobre el Paleolítico Superior belga en: M. H. Angelroth, *Le Périgordien et l'Aurignacien. Essai d'introduction d'industries des stations belges dans les stades périgordien et aurignacien* (en páginas 163 a 183 del "Bulletin de la Société Royale Belge d'Anthropologie et de Préhistoire", tomo 64, Bruselas, 1953); F. Twiesselmann, *Belgique et Luxembourg* (en fasc. 5 del "Catalogue des Hommes Fossiles", pp. 93 a 101, Argel, 1952-53), y D. de Sonneville-Bordes, *Le Paléolithique supérieur en Belgique* (pp. 421 a 443 del tomo 65 de "L'Anthropologie", 1961).

<sup>22</sup> Sus publicaciones esenciales: H. G. Bandi, *Die Schweiz zur Rentierzeit, Kulturgeschichte der Rentierjäger am Ende der Eiszeit* (Frauenfeld, 1947); M. Sauter, *La place de la Suisse dans les civilisations paléolithiques* (páginas 22 a 30 del tomo del "Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas". Zürich, 1950); R. Feustel, *Remarques sur le Magdalénien de la Suisse* (en pp. 29 a 40 del tomo 26 de "Archives suisses d'Anthropologie générale", 1961), y D. de Sonneville-Bordes, *Le Paléolithique supérieur en Suisse*, citado.

el nombre de Szeletense se comprende en Bohemia y Moravia una cultura de antigua raigambre en el comienzo del Würm III sobre la que incidirían elementos asociables a lo Aurignacense típico de la Dordogne, y que formará un poco como el sustrato de toda la secuencia superopaleolítica checa: donde hasta se podrán distinguir facies más localizadas, como la llamada Olchewiense (con las discutidas puntas de Mladec) o el Pauloviense, que se asemejaría más a las escuelas gravetienses (así en Dolni Vestonice, Paulov, Brno...).

Indudablemente, las explicaciones por Laplace de los procesos culturales han intentado —en fechas muy recientes— profundizar metódica y racionalmente en unos sistemas de contabilidad estadística (como los utilizados por J. Perrot-D. de Sonnevile Bordes), pero a la vez pretenden la explicación de los mecanismos de difusión cultural que servirían para distinguir, además: un Aurignacense “oriental” (Potocka, Mokrska, Istallosko) y un importantísimo grupo mediterráneo o levantino, de tendencia microlítica, con seguras variedades regionales (llámense Grimaldiense, Romanelliense, Rodaniense, Salpetriense, etc.). Y aquí, en el Levante mediterráneo, la gravetización de toda la secuencia paleolítica superior será un hecho constante, tanto que deberá mantenerse esa personalidad peculiarísima del würmiense italiano, lo mismo en el terreno de la tecnología lítica u ósea (ésta escasísima) como en las formas del arte rupestre: como sugirió H. Breuil en 1912, ha definido correctamente en sus líneas generales R. Vauffrey y precisado posteriormente A. C. Blanc, P. Graziosi, L. Cardini o G. Laplace <sup>23</sup>.

Por todo ello, dejamos a un lado tanto las industrias epigravetienses del Levante <sup>24</sup>, con su escaso instrumental “magdaleniense” en materias óseas (el Parpalló, como “colonia”, es excepción notabilísima), como las italianas.

Quizá sea el Ardèche —en la zona de contacto espacial de los Pirineos con el Mediterráneo central— el punto donde confluyen ambas corrientes, dominando ya la una (atlántica u occidental),

<sup>23</sup> Especialmente, R. Vauffrey, *Le Paléolithique italien*. París, 1928.

<sup>24</sup> L. Pericot, *L'Aurignacien et le Périgordien en Espagne* (pp. 85 a 92 del vol. 6-9 del “Bulletin de la Société Méridionale de Spéléologie et de Préhistoire”, Toulouse, 1959).

ya la otra (levantina). Si bien, se puede uno inclinar —con J. Combier— a ver a todo ese país más en relación general (por sus formas de arte mueble y parietal; por sus tipos líticos) con Périgord y Pirineos, como su provincia derivada; y no aislado frente al poderoso conjunto de las culturas mediterráneas <sup>25</sup>.

En resumen final: nuestro planteamiento del tema eludirá las variedades regionales concretas y, sobre todo, el planteamiento de las tesis generales que se refieren a la génesis, relaciones y desarrollo de las culturas del Hombre de Cro-Magnon; ello debería abordarse desde un ángulo más amplio de comprensión, dentro de la consideración general de la Prehistoria superopaleolítica.

— Partimos del principio, pues, de que el área ocupada por el Hombre de Cro-Magnon corresponde —ampliamente— a la misma zona libre de hielos del Occidente de Europa en el Würmien-se medio y superior; y en un sentido estricto a las tierras franco-cantábricas.

— Sugerimos, con muchas dudas, la posibilidad de existencia de dos provincias generales, correspondientes a distinto sustrato racial, y con distintos conceptos y expresiones artísticas, y secuencias arqueológicas diversas. Siendo el Solutrense piedra de toque para aclarar la “pureza” de alguno de los conjuntos industriales de esa zona.

— De tal modo que nuestra consideración se ceñirá especialmente a las tierras de Périgord-Dordogne-Pyrénées, Cantabria y Ardèche, y, menos, Europa central. En ellas estudiaremos, del instrumental óseo, los problemas generales de génesis y dinámica, trazando su esquema evolutivo y sugiriendo, al final, algunos temas de mayor interés.

## II. GÉNESIS

Las cuestiones de génesis de estas industrias óseas pueden plantearse desde dos distintas perspectivas:

a) Ampliamente, considerando los precedentes globales de

<sup>25</sup> J. Combier, *Le Paléolithique de l'Ardèche dans son cadre paléoclimatique*. Burdeos, 1967, p. 380.

toda una modalidad (de una "industria" especializada) tecnológica: la del trabajo cuidadoso y estandarizado de esquirlas o varillas de cuerno y hueso para la obtención de muy concretos tipos. Lo que caracteriza al Paleolítico Superior.

b) En concreto, estudiando el origen de cada uno de los tipos óseos particulares, de sus procedimientos de fabricación o de sus modos decorativos.

Con respecto a la génesis general del conjunto de las industrias óseas del Hombre de Cro-Magnon, he insistido en otras ocasiones en buscarles raíces inferopaleolíticas (quizá deban admitirse en cuanto a lo tecnológico genérico, mas no en cuanto a la producción de tipos concretos en los que viéramos los precedentes seguros de los del Würmiense avanzado) y en subrayar la progresiva especialización (que es tanto como decir la multiplicación de los tipos concretos) de algunos rudimentarios utensilios óseos del Musteriense occidental <sup>26</sup>.

El hueso, en su más amplia acepción, constituye una abundante y esencial materia prima al alcance de los más viejos grupos humanos con vistas a la creación de un utillaje. En tal modo que, frente a ideas que han estado vigentes hasta hace poco, el instrumental realizado en hueso no es algo que, ya a lo más, deba remontarse a un estadio medio del Musteriense, llegando a su máxima expansión en el Paleolítico Superior. Ya el Abate Breuil había venido manteniendo que "el hueso debió formar parte de todo utillaje primitivo y ello desde sus orígenes", en forma que este trabajo antiquísimo fue el que preparara la génesis de más refinadas técnicas que estudiamos asociadas a la raza de Cro-Magnon. Por lo que, en recentísima visión de los más antiguos restos de la industria humana del Paleolítico antiguo, E. Aguirre ha debido dedicar una especial atención a "instrumentos", tanto líticos, como de madera, hueso, marfil y asta de cuerno <sup>27</sup>.

<sup>26</sup> I. Barandiarán, *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental...*, cit., páginas 239 a 242, y *Sobre tipología...*, cit., pp. 32 a 34 y 79. Véanse desarrollar algunas reflexiones sobre el tema en las pp. 15 a 20 del excelente libro de H. Camps-Fabrer *Matière et art mobilier dans la Préhistoire Nord-africaine et saharienne*. París, 1966.

<sup>27</sup> H. Breuil-R. Lantier, *Les Hommes de la Pierre Ancienne*. París, 1959, páginas 35 y 38; H. Breuil, *Les Processus de l'homínisation*, en "Colloques

Lo cierto es que la precariedad misma de la materia prima utilizada ha eliminado en un elevadísimo porcentaje toda posibilidad de conocimiento de las viejas técnicas de las industrias humanas: hecho que también sucede en el Würmiense. Por otra parte, la enconada polémica en torno al contenido y alcances del concepto "tipo instrumental" encuentra amplio campo al estudiar esos arcaicos utensilios fabricados en sustancias óseas: ¿es "tipo" sólo el instrumento realizado conforme a unos módulos preestablecidos y que se mantienen con uniformidad, estandarizados, o en un más amplio sentido (con la apertura que suponen las observaciones de S. A. Semenov) <sup>28</sup> toda pieza que ha sido utilizada a partir de una elemental —a veces difícilmente precisable— acomodación? Desde luego que no parece posible, por hoy, hablar de "tipos" en aquel primer sentido en el *Paleolítico Inferior*. Sí, sin embargo, de "industrias óseas", si consideramos los fragmentos de hueso o cuerno que han sido recogidos, esquilados, simplemente aguzados e intensificados en una de sus naturales posibilidades de utilización (una punta de defensa de Proboscideo, un filo de fragmento de gran costilla, etc.), y —por ello— empleados en una función particular propia. En otros casos, también importantes, parece que se intenta reproducir en hueso o cuerno algunos tipos instrumentales netamente definidos en los ajuares líticos: utilizando incluso métodos de lascado y retoque que se pueden estudiar con toda precisión en la tipología de la piedra. Como es lógico, la intensidad de hallazgos de industrias óseas inferopaleolíticas es diversa en el espacio, tanto

---

Internationales du C. N. de la R. S.", Paris, 1958, pp. 126; un informe muy completo de todos estos hallazgos dieron H. Breuil y L. Barral en *Bois de Cervidés et autres os travaillés sommairement au Paléolithique ancien du Vieux Monde et du Moustérien des Grottes de Grimaldi et de l'Observatoire de Monaco*, en "Bull. du Musée d'Anthropologie Préhistorique de Monaco", fasc. 2, pp. 3 a 32. Mónaco, 1955, refiriéndose a buen número de los del Asia Oriental (Chukutien, Nihowan; Ordos) y a la mayoría de los de Europa occidental (así al Castillo, La Quina, Montières, Montmaurin, Caours, Fontchevade...)

<sup>28</sup> S. A. Semenov, *Prehistoric Technology an Experimental Study of the oldest Tools and Artifacts from traces of Manufacture and Wear*, Londres, 1964.



por el diferente nivel técnico poseído como por la muy desigual conservación de tales materiales. Aun así será posible aducir unos cuantos ejemplos. R. A. Dart ha determinado en Makapansgat (Transvaal) una sistemática utilización de los huesos de animales, tan decisiva, a su parecer, que hasta ha propuesto el nombre de "Osteodontocerática" para designar a esa "facies" cultural. Restos semejantes se pueden citar entre los descritos por Nicolaescu-Plopsor en Buculesti (Rumania); o los relacionados con los Australopitécidos que J. T. Robinson halló en Sterkfontein (Transvaal) o Leakey en el estrato FLKNN I de Olduvai Gorge (Tanganika), y P. Biberson en un conjunto achelense del Anyatiense. Muy abundantes son, asimismo, los tipos hallados en asociación a los pitecantrópodos del lejano Oriente: los recogidos por E. Licent y P. Teilhard de Chardin en Chukutien, los de Nihowan junto a Tien-Tsin, los de D. Black y Pei Wan Chung en Kotzertang, y otros semejantes dispersos por Indonesia, la India y Birmania. En Europa y Próximo Oriente citaremos restos de industrias óseas pertenecientes al complejo Achelense en: Torralba y Ambrona, Mealhada (junto a Coimbra), Terra Amata (en Niza), Mauer (acompañando a los restos del *Homo heidelbergensis*), Grotte du Lazaret (Niza), Gesher B'noth Ya'aov en Israel, Cueva de los Osos (Casablanca)<sup>29</sup>, etc. (lám. 1).

<sup>29</sup> Se hallará correcta referencia a todas esas citas en: R. A. Dart, especialmente *The predatory Implement Technique of Australopithecus Prometheus*, en "American Journal of Physical Anthropology", Vol. VII, Filadelfia, 1949; y *The Makapansgat Australopithecine Osteodontokeratic Culture*, en "II Congreso Panafricano de Prehistoria". Londres, 1957.

C. R. Nicolaescu-Plopsor, *Le prépaléolithique, la plus ancienne étape du processus de travail conscient de l'homme*, Comunicación al "VII Congr. Internat. des S. Preh. et Protohist", Praga, sesión de 22 de agosto de 1966.

J. T. Robinson, *A bone implement from Sterkfontein*, en "Nature", 184, 22 de agosto de 1959, pp. 583 a 585.

Recogidos, como la mayoría de estos hallazgos, por E. Aguirre, en *Las primeras huellas de lo humano*, en "La Evolución" (B. A. C.). Madrid, 1966, páginas 617 a 675.

E. Aguirre, *Evolución humana y desarrollo cultural*, pág. 82, Bilbao, 1961 (en "El Hombre en la cumbre del proceso evolutivo"), citando a H. Breuil; H. Breuil-R. Lantier, *Les Hommes de la Pierre...*, p. 45; M. Boule-H. Breuil-E. Licent-P. Teilhard de Chardin, *Le Paléolithique de la Chine*, Mem. 4.<sup>a</sup> del

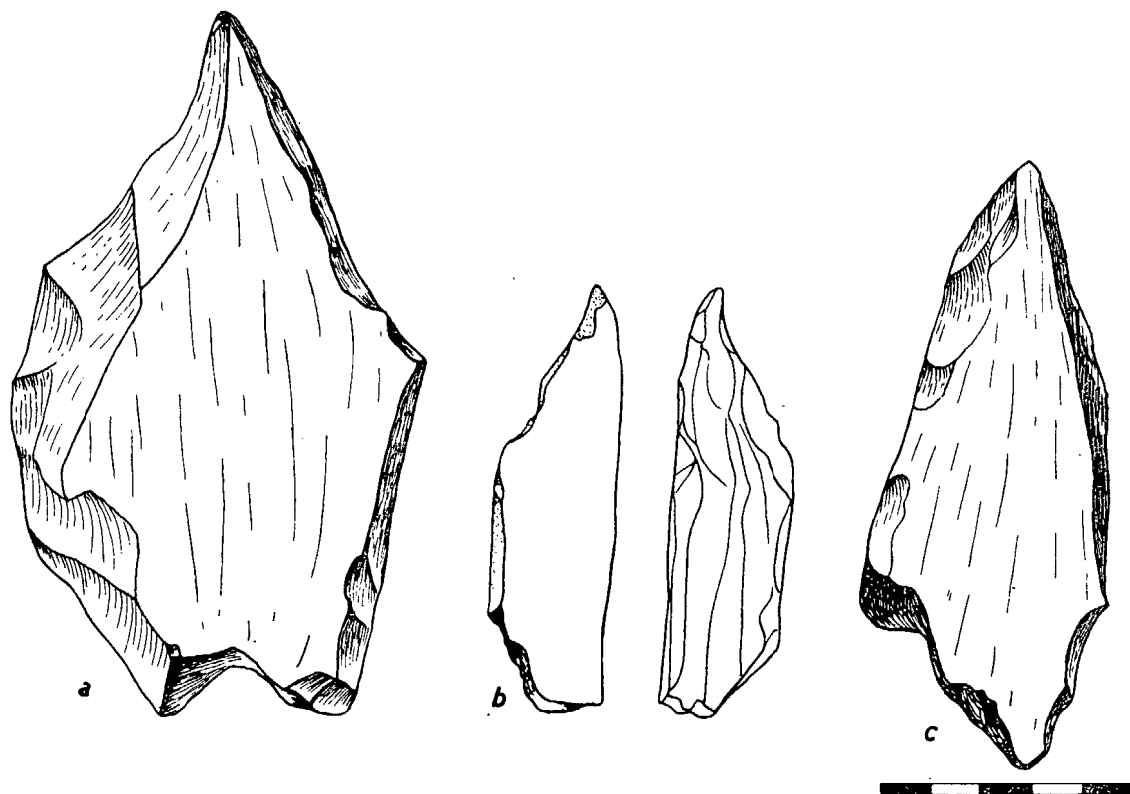


Lámina 1.—Piezas talladas por percusión sobre lascas de hueso; al estilo de la tecnología lítica contemporánea. Achelense de Ambrona. (De P. Biberson, 1964.) La a, como bifaz.

Con todo, es en el *Paleolítico Medio* —en torno a unos momentos avanzados del Musteriense— cuando el reconocimiento de abundantes fragmentos óseos trabajados ha hecho colocar el inicio de una amplia gama tecnológica de esos materiales. Si la consideración de los precedentes del Paleolítico Inferior nos llevase a retrotraer su origen, no es menos cierto que su expansiva difusión debe de situarse plenamente en estos estadios del Paleolítico Medio; admitiendo (si pensamos en lo que un instrumento de hueso de esta época tiene de burdo, de no estandarizado) con J. Vézian, que acaso el término “industria” ósea sea aún “un poco

---

“Arch. de l'Inst. de Paléontol. Humaine”, 1928; H. Breuil, *Le feu et l'industrie de pierre et d'os dans le gisement du “Sinanthropus” à Choukoutien*, en “L'Anthropologie”, XLII, págs. 1 a 17, París 1932; F. M. Bergounioux, *La Préhistoire et ses problèmes*, París, 1958, pp. 172 y 173.

M. Nestourk, *L'Origine de l'Homme*, Moscú, 1960, pp. 236 y 237, y fig. 173.

P. Goessler, *Der Urmensch in Mitteleuropa*, Stuttgart, 1924, p. 8 y lámina I, 7.

F. C. Howell-E. Aguirre-K. W. Butzer, *Noticia preliminar sobre el emplazamiento achelense de Torralba (Soria)*, núm. 10 de “Excavaciones Arqueológicas en España”, Madrid, 1962, p. 34; P. Biberson, *Torralba et Ambrona. Notes sur deux stations acheuléennes de chasseurs d'éléphants de la Vieille Castille*, en Vol. I del “Homenaje al Abate H. Breuil”. Barcelona, 1964, especialmente en las págs. 220 a 224; P. Biberson, *Les gisements acheuléens de Torralba et Ambrona (Espagne). Nouvelles précisions*, pp. 241 a 278 del tomo 72 de “L'Anthropologie”, 1968.

F. C. E. Octobon, *Grotte du Lazaret (A. M.). Troisième étude sur les fouilles effectuées dans le locus VIII de cette grotte* (tomo 4 del “Bull. du Musée d'Anthrop. Préhist. de Monaco”, 1957); H. de Lumley, *Gisement de Terra-Amata* (comunicación oral al “VII Congr. Internac. de Ciencias Pre y Protohistóricas”. Praga, 1966); M. Stekelis, *Un lissir en os du Pléistocène Moyen de la Vallée du Jourdain* (en pp. 339 a 343 de “In Memoriam do Abade Henri Breuil”, tomo II, Lisboa, 1965).

P. Biberson, *Découverte d'os travaillés dans l'acheuléen moyen du Maroc atlantique*, p. 476 de “Actas del V Congreso del INQUA”, Madrid-Barcelona, 1957. Procedentes del estrato 4 de Mealhada conserva el Museo de los Servicios Geológicos de Portugal, en Lisboa, varias esquirlas de hueso de *Elephas* y de *Equus* o *Cervus*, con trabajo de retoque al estilo de puntas o raederas líticas. Es calificado ese nivel en un “Achelense” con elementos musteroides. Su estudio nos ha sido posible merced a las atenciones de los doctores G. Zbyszewski y O. da Veiga Ferreira.

pretencioso para el Musteriense”<sup>30</sup>. Las técnicas que en esta época se ponen en práctica muchas veces —como en el Paleolítico Inferior— sólo adecuían una forma natural (un corte o una punta) o bien intentan reproducir en hueso tipos que ya se consiguen normalmente en materias líticas (raspadores o raederas, cuñas, cinceles...). Por otro lado, sin embargo, comienzan a surgir instrumentos originales, que pueden denominarse ya, en todo su sentido, “tipos”: falanges perforadas, compresores o retocadores, punzones toscos que conservan la natural articulación de la pieza ósea para su mejor agarre, etc. Ha sido mérito del Abate Breuil el de haber centrado la atención de los especialistas sobre ese tipo de esquirlas transformadas que, “siendo a menudo bastante numerosas en el Musteriense, casi nunca se habían recogido; sus señales de uso, poco visibles, no atraían la observación del excavador y como, por otro lado, no eran sino difícilmente o nunca identificables por paleontólogos, se dejaban perder en las escombrecas”<sup>31</sup>. En ese sentido, los hallazgos del doctor Henri-Martin, en La Quina, supusieron los primeros datos positivos hacia un conocimiento y estructuración de las, hasta entonces, más antiguas formas del instrumental óseo<sup>32</sup>.

Es poco amplia la gama de variedades de tipos óseos del Musteriense. En su obra fundamental sobre las industrias del Paleolítico Inferior y Medio, F. Bordes sólo alude a “compresores-retocadores”, a huesos apuntados, a una “raedera cóncava tallada por percusión sobre esquirla de hueso” de La Ferrassie, y a al-

<sup>30</sup> J. Vezian, *Gisement moustérien de la Grotte du Portel, à Loubens (Ariège)*, p. 216 del “Bulletin de la Société Méridionale de Spéléologie et de Préhistoire”, Toulouse, 1955.

<sup>31</sup> F. Bordes, *Typologie du Paléolithique Ancien et Moyen*. Burdeos, 1960, p. 73.

<sup>32</sup> H. H. Martin, *Ossements utilisés par l'homme moustérien de la station de La Quina (Charente)*, *Maillets ou enclumes en os de La Quina (Charente)*, B. S. P. F., 1906, pp. 155 y 189, y *Recherches sur l'évolution du Moustérien dans le gisement de La Quina (Charente)*, París, 1910. Además, deben verse las obras de H. Breuil y L. Barral (citadas en la nota 27) y la reciente de J. W. Kitching *Bone and Horn Tools of Palaeolithic Man* (Manchester, 1963).

guna otra burda pieza del Combe-Grenal<sup>33</sup>. Parece bastante seguro que la tecnología del hueso no es anterior en el Musteriense a lo que —en una división tripartita de ese complejo cultural— denominaríamos su estadio “medio”, ya con fauna fría. Así resulta significativo observar la secuencia del Musteriense en la Cueva de Isturitz, cuyo estrato inferior carece de todo rastro de industria ósea, en tanto que ella se muestra en relativa abundancia en el superior. A este período avanzado mismo pertenecen los materiales del estrato VI de Le Moustier, recogidos por M. Bourlon.

El tipo más abundante es, sin duda, el llamado “compresor” o “retocador”, comprendiendo su difusión toda la Europa central y occidental: desde las piezas del nivel IV de Kiik Koba (U. R. S. S.) o las de la polaca de Pieczara Ciemna o la checa de Prepotská, al denso grupo alemán de las estaciones de Vogelherd VII, Bocksteinschmiede, Weinberg, Höhler Stein B, Sirgenstein y Heidenschmiede, o las francesas de La Baume Flandin, Enlène, La Chapelle-aux-Saints... Las esquirlas aguzadas con mejor o peor fortuna se hallan, entre otras, en Geula (Israel), y yacimientos centroeuropeos de Drachenloch, región de Saint-Gall (excavaciones antiguas de Baechler), Schalberg, o Le Portel en Francia; tipos que pueden ser considerados como espátulas o alisadores de distinta especie son los recogidos en Isturitz, Lezetxiki (Guipúzcoa), o en las cuevas levantinas del Cochino y Cova Negra<sup>34</sup>. Otros objetos menos frecuentes de industrias óseas, pero

<sup>33</sup> F. Bordes, *Typologie du Paleolithique Ancien...*, cit., p. 74 y fig. 108, 6.

<sup>34</sup> Véanse, respectivamente: G. Bonc-Osmolowskij, *Paleolit. Kryma, I, Grot Kiik-Koba*, Moscú-Leningrado, 1940, p. 200 y lám. 18, 11; S. Krukowski, *Paleolit. in Prehistoria ziem Polskich*, Vol. I, Krakau, 1939, lám. 14, 7; Fr. Prosek-V. Lozk, *Stratigraphische Übersicht des tschechoslowakischen Quartärs*, en “Eiszeitalter und Gegenwart”, 8, 1957, fig. 19, 6.

W. Taute, *Retoucheure aus Knochen, Zahnbein und Stein vom Mittelpaläolithikum bis zum Neolithikum*, en “Fundberichte aus Schwaben”, Neue Folge 17, págs. 76 a 102, 1965, en la p. 96; sobre la Cueva de Sirgenstein, R. R. Schmidt, *Die diluviale Vorzeit Deutschlands*, Stuttgart, 1912, p. 24 y lám. 3,2; sobre Heidenschmiede, E. Peters, *Die Heidenschmiede in Heidenheim an der Brenz*, en “Fundberichte aus Schwaben”, Neue Folge 6, 1931, láminas 4,4 y 5.

que amplían en modo notable el repertorio de tipos diversos: falanges perforadas y espátulas sobre caninos de *Ursus* en Lezetxiki; calotas animales preparadas a modo de "copas" en el Castillo (Santander), o Achenheim (Alto Rin); aretes recortados oblicuamente de peronés, como en la Petershöhle alemana, Trou de la Naulette o Grotta d'Equi (Alpes Apuanos); precedentes de las varillas de sección redondeada en la Cueva del Ermitage (Vienne francesa); en tanto que distintos tipos líticos son reproducidos en esquirlas de hueso en Lezetxiki, Morín o Columbeira (Portugal), etc.<sup>35</sup> (lám. 2).

La llegada de los grupos de cromañones coincide —en sus líneas generales— con una asombrosa proliferación no sólo de los tipos individuales, sino (lo que es más importante) de una nueva tecnología que incluye complejas operaciones de recorte, alisado,

S. Gagnière-C. Hugues, *Le Moustérien de la Baume Flandin à Orgnac-l'Aven (Ardèche)*, "XC Congrès de Préhistoire de France". París, 1957, p. 505 y figura 10,1; los materiales de la Grotte de Enlène están en los fondos del Musée d'Histoire Naturelle de Toulouse; P. Goessler, *Der Urmensch in Mitteleuropa*, Stuttgart, 1924, p. 18 y fig. VI,6.

E. Wreschner, *The Geula Industries in the Context of the Mousterian of Mount Carmel and other Relevant Sites*, comunicación al "VII Congrès Internationales Sciences Préhistoriques et Protohistoriques". Praga, sesión de 23 de agosto 1966; los materiales de Schalberg, hoy en el Naturhistorisches Museum de Basel (Suiza); J. Vézian *Gisement Moustérien de la Grotte du Portel, à Loubens (Ariège)*, en "Bull. de la Soc. Mérid. de Spéleo. et Préhist." Toulouse, 1955, p. 216.

J. M.<sup>a</sup> Soler, *El yacimiento musteriense de la cueva del Cochino (Villena, Alicante)*, S. I. P., núm. 19. Valencia 1956, pp. 14 y 15.

F. Jordá, *Cova negra de Bellús. II. Nuevos aspectos paleontológicos de Cova Negra (Játiva)*, núm. 6 del S. I. P., Valencia, 1947, pp. 25 y 26, y *Nuevos hallazgos en Cova Negra (Játiva)*, En "Arch. de Prehist. Levantina", IV, 1953, pág. 10. En *El Solutrense en España y sus problemas*, Oviedo, 1955, página 32, atempera un tanto sus anteriores afirmaciones de un origen levantino de algunas formas del instrumental óseo en el Musteriense.

<sup>35</sup> Tomados de los tratados generales de F. M. Bergounioux (*La Préhistoire y sus problemas*, Madrid, 1960, p. 239); R. Furon (*Manuel de Préhistoire Générale*, París, 1939, pp. 98-99), y M. Almagro (*Prehistoria*, Madrid, 1960, p. 114). Debo a los doctores L. Freeman y O. da Veiga Ferreira el haber estudiado directamente los materiales de Morín y Columbeira (hoy en los Museos de Prehistoria de Santander y de los Servicios Geológicos en Lisboa).

pulimento, grabado, perforación...: en cuya íntima relación debe hallarse un también especializado instrumental lítico. Ahora la complejidad y variedad (mayores, sin duda, que las de industrias líticas) de las formas del instrumental óseo obedecen, sin duda, a un avanzado grado de especialización de estas culturas superopaleolíticas.

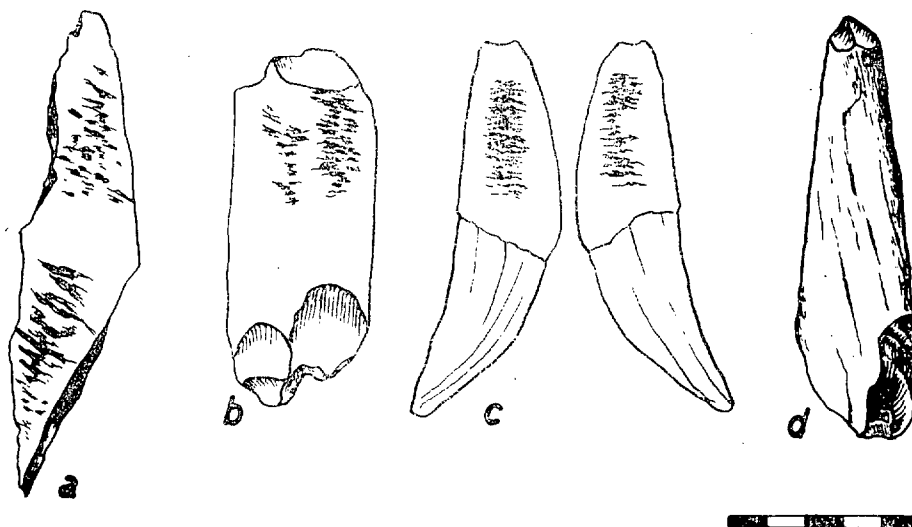


Lámina 2.—Compresores-retocadores sobre esquirla, del Musteriense de Sirgenstein VII y de Vogelherd VII (a y b: de W. Taute, 1965); y sobre un canino de *Felis spelaea* del Auriniaciense de Vogelherd V (c: de W. Taute, 1965). El objeto d es una extremidad de punta de "lanza" trabajada a partir de una esquirla ósea de *Elephas*, del Musteriense de la Cueva del Castillo (de H. Breuil-L. Barral, 1955).

Si quisiéramos llegar a rastrear los impulsos de generación, sus vías e influjos, habría que comenzar por poder diferenciar los materiales óseos según su propia y particular entidad funcional. Así suponemos que unos constituirían ya utensilios en sí completos, mientras que otros serían "armatures" de otros instrumentos, o bien elementos compositivos de ingenios más complejos. Por otro lado, en esos periodos indudablemente existe una multivalencia instrumental: ¿servían para lo mismo las varillas espléndidamente decoradas de Isturitz que las más pobres lisas de cualquier yacimiento vecino de la Costa Cantábrica?

Frente al concepto de "Fósil-director" se plantea un cúmulo tal de excepciones que llegan a anular la regla misma de su va-

lidez; así, hablando en términos de Antropología cultural, ya no sólo hemos de pensar en fenómenos de "supervivencia", sino también en cuanto suponen (y en ello ha insistido Laplace) las formas "predecesoras", las "retardatarias" o las "de resurgencia".

En el tema de la funcionalidad de los instrumentos óseos nos enfrentamos con importantes implicaciones que repercuten en otras esferas del *Paleolítico Superior* y sus culturas: así, por ejemplo, la invención y generalización del arco, los sistemas de caza, la funcionalidad de los llamados "bastones", el carácter de amuleto de diversos colgantes, las mutuas relaciones entre tipos líticos y óseos, etc. Por esto, frente a criterios funcionalistas antiguos, parece que hoy habremos de decidimos por las puras observaciones de tecnomorfología. En cualquier caso, "el examen del instrumental sugiere que el artesano se preocupaba más de la eficacia funcional que de la consecución de esquemas formales rígidos. Los tipos no aparecen claramente definidos. Hay "variedad de formas de transición entre unos y otros", según J. M. Merino, comentando a G. Laplace.

Más aún, para comprender la génesis de muchos tipos óseos habrá de prestarse atención a los condicionamientos impuestos por la materia prima de que se dispone, que marcará —en la mayoría de las ocasiones— el grosor y la longitud —y por ello la resistencia y flexibilidad— del instrumento que se haya de fabricar.

Insistiendo todavía más: los tipos no se suelen dar simplemente como invenciones que se reciben limpias de contagio y se mantienen intactas en su entidad originaria, sino que sobre ellos inciden una abigarrada serie de factores determinantes que no podemos olvidar. Todo un complejo de acciones de selección social o cultural se ponen en juego en torno a: las tradiciones poseídas (o sea, las actitudes persistentes o conservadoras), las necesidades técnicas o sociales de la comunidad que acoge al artesano y a su producción, la materia prima disponible, el nivel mismo de habilidad artesanal, el grado de familiaridad del operario con las aportaciones culturales y tecnológicas (la mayor o menor plasticidad en las cualidades de receptibilidad) de otros grupos vecinos, y las interacciones incluso con otros tipos del mismo



utillaje o contexto de cultura material<sup>36</sup>. Normalmente, debieron de existir haces de condicionamientos que se imponen, ora unos, ora otros, a los grupos humanos del Paleolítico Superior. Ante ellos hay siempre varias posibles soluciones o actitudes: se adopta, se conserva, se adapta o se abandona “por motivos que no están exclusivamente ligados a la presión ecológica. Tal elección personal, propia de los grupos, ha podido ser más o menos juiciosa o eficaz, facilitar o dificultar su desarrollo en el tiempo, y su extensión en el espacio, pero las razones profundas de ella son probablemente complejas y, por el momento —si no para siempre—, se nos escapan”<sup>37</sup>.

El problema de la génesis y desarrollo, o dinámica, del instrumento óseo resulta en sus líneas generales semejante al que se plantea sobre la formación y entidad difusiva de las culturas del wüirmiense.

a) ¿En qué relación se hallan con respecto a sus inmediatas precedentes del Paleolítico Medio?

b) ¿Cómo pueden explicarse la categoría —y la misma mecánica de relación— entre las distintas facies, especialmente en lo referente a los dos supuestos “phyla” Auriñaciense y Perigordiense?

Para responder a tales cuestiones deben tenerse en cuenta, sin duda, datos de estratigrafía y de precisa tipología. Por desgracia, en cuanto a las superposiciones estratigráficas, no se poseen hoy secuencias completas ni seguras que puedan imponerse en forma general a los distintos grupos culturales del Paleolítico Superior. Por otro lado, para estudiar cada uno de los elementos —o tipos— de la cultura material en el momento preciso en que se originan hemos de recordar la aguda observación de Teilhard de Chardin de que “se trate de un individuo o de todo un grupo, de una idea simple o de una civilización, nunca se fosilizan los embriones”.

En cuanto a la mecánica teórica de esa génesis, indudable-

<sup>36</sup> Ph. E. L. Emith, *Le Solutréen en France*, cit., pp. 27-28.

<sup>37</sup> D. de Sonneville-Bordes, *L'Evolution du Paléolithique...*, 1966, p. 30.

mente se trataría de discutir una abigarrada serie de conceptos de Etnología. En su más simplicísimo planteamiento, los comunes estilos industriales, ¿se producen por auténticos contactos físicos entre los grupos humanos (por migración de las gentes) o hemos de pensar más bien en una difusión secundaria sólo de las ideas y conocimientos tecnológicos; o hasta en una evolución "in situ" de algunos elementos preexistentes anteriores?

Dado que los elementos de cultura no suponen entidades aisladas (y menos dentro del campo concreto de las industrias materiales básicas) se puede pensar —con S. A. Semenov— que uno de los catalizadores de orden tecnológico que pudo desatar, en cierto modo, el amplio haz de las industrias óseas del Hombre de Cro-Magnon fuera la aparición del buril lítico<sup>38</sup>. Aparte de ello deberán valorarse adecuadamente, para explicar la génesis del instrumental óseo superopaleolítico, tanto los precedentes señalados antes del Musteriense como una muy posible tecnología paralela (totalmente aniquilada por la corrosión del tiempo) de la madera.

¿Cuál es el origen real del Paleolítico Superior y de sus industrias? Durante bastante tiempo se ha negado que pudiera formarse por una evolución local de las culturas y utillajes del Musteriense avanzado. H. Breuil y R. Lantier pretendían la existencia de dos cunas distintas, "mientras que la del Auriñaciense debe ser buscada en Oriente, en las estepas del norte de China, parece haber sido la del Gravetiense las tierras del Asia Menor, de donde paralelamente han partido las ramas africanas y europeas, por evoluciones más o menos paralelas, pero no sincrónicas<sup>39</sup>. Mientras que D. Peyrony<sup>40</sup> cree en la existencia de inmigraciones procedentes de Oriente, siendo los hombres de Combe-Capelle quienes aportarían el phylum perigordense, y, tras ellos, llegan-

<sup>38</sup> S. A. Semenov, *Prehistoric Technology...*, p. 147.

<sup>39</sup> H. Breuil-R. Lantier, *Les Hommes de la Pierre Ancienne*, París, 1959, página 190.

<sup>40</sup> D. Peyrony, *Le Périgordien, l'Aurignacien et le Solutrén en Eurasie d'après les dernières fouilles*, en pp. 305 a 328 del "Bulletin de la Société Préhistorique Française", 1948.

do los de Cro-Magnon como vectores del Auriñaciense típico. Esta tendencia a asociar un tipo de cultura material a un concreto grupo racial humano —siempre tan peligrosa— ha sido adoptada luego por G. Poisson y por L. Pradel. Ello, que acaso sólo fuera aceptable en los mismos orígenes de la cultura superopaleolítica, no lo es en sus perduraciones, debiéndose admitir —como más realista y adecuada— la idea de R. Jullien de existencia de un “stock” cromañense a cuyo saldo deban liquidarse cada una de esas aportaciones que podemos aislar en lo tecnológico mas no en cuanto a su paternidad. Así, subrayaremos que aquí “una vez más se muestra vano y sujeto a error el hecho de querer asociar un utilillaje dado a una determinada raza humana; los intercambios entre poblaciones debieron ser, en efecto, lo suficientemente numerosos y frecuentes como para producir mestizajes y dar lugar a cambios y aportes industriales”<sup>41</sup>.

Más aún, con ello Peyrony supuso un “hiatus” o ruptura entre Musteriense y Paleolítico Superior, que sólo habría de cubrirse con la invasión racial y culturalmente renovadora de los hombres de Combe-Capelle y de Cro-Magnon. Sin embargo, hoy no es nada seguro afirmar tal existencia de hiatus. El Perigordense Antiguo, más bien, parece extraer su origen del mismo Musteriense de tradición achelense<sup>42</sup>, como se puede comprobar en el conjunto de instrumental lítico que acompañaba al esqueleto de Combe-Capelle; y ello sucede también en elevados porcentajes de útiles de sílex recogidos en estratos del Perigordense Antiguo en estaciones del Périgord. Yo creo que, del mismo modo, sería posible aún ver los precedentes de varios instrumentos óseos del interstadio Würm II-III e inicios del III en aquellos que señalé antes del Musteriense avanzado; topando con la dificultad —para demostrar la idea— de que son escasos los yacimientos del Châtelperroniense debidamente excavados y —además— ni se prestó la debida atención a estos “prototipos” del instrumental óseo ni son las mejores las condiciones climáticas —rigurosamente

<sup>41</sup> R. Jullien, *Les Hommes Fossiles de la Pierre Taillée*, cit., p. 226.

<sup>42</sup> F. Bordes, *Le passage du Paléolithique moyen au Paléolithique supérieur*, en pp. 175 a 181 de “Neanderthal Centenary”, Utrecht, 1958.

frías— de este momento para una adecuada conservación del hueso trabajado.

La transición del Paleolítico Medio al Superior, y la génesis misma del instrumental que aquí estudiamos, puede señalarse en ese estrato que llamaríamos "Protoperigordienne", del yacimiento de Abri Audi, con tosquísimas formas de puntas aguzadas en esquirlas de hueso. En general, hoy se insiste en negar toda ruptura en lo tecnológico (lítico desde luego y, posiblemente, óseo) del Paleolítico Medio al Superior, e incluso se "puede plantear el problema de la existencia, en un medio Perigordienne Antiguo, de formas humanas que no son forzosamente de "Homo sapiens" <sup>43</sup>: así el tipo de Arcy-sur-Cure.

Indudablemente, el momento trascendental de génesis del Paleolítico Superior debe corresponder al Chatelperronienne. Frente a quienes siguen insistiendo en la radical independencia recíproca entre Perigordienne y Aurignacienne, G. Laplace ha presentado muy recientemente una hipótesis explicativa que debe ser considerada con la máxima atención. El polimorfismo que este autor observa en los conjuntos instrumentales del momento se explica "como el final de un largo e insensible proceso de enriquecimiento en formas nuevas durante todo el Paleolítico Antiguo y sobre todo el Medio, que se acelera singularmente en el Chatelperronienne antiguo" <sup>44</sup>. Así, en ese estadio polimórfico global se incluirían los gérmenes esenciales, de los que irán surgiendo las culturas más conocidas del Paleolítico Superior, bastante homogéneas y especializadas, pero con escasas variaciones fundamentales en su evolución. Es esta la teoría que los biólogos denominan del "Sintetotipo" (que adopta Laplace) y A. C. Blanc llamara de la "cosmolisis".

Asimismo, aunque la aceleración expansiva de los utillajes óseos se retrasa hasta los inicios mismos del Aurignacienne típico

<sup>43</sup> Según A. Leroi-Gourhan (cita de R. Jullien, *Les Hommes...*, p. 227).

<sup>44</sup> Mantenía la independencia entre los dos "phyla", D. de Sonneville-Bordes (*A propos du Périgordien*, pp. 597 a 601 y 633 a 665 del "Bulletin de la Société Préhistorique Française", 1955). La postura de G. Laplace se halla suficientemente expuesta en su última publicación, ya citada, *Recherches sur l'Origine...*, de 1966.

(donde —de aceptar la tesis de Laplace— colocaríamos con más seguridad el correspondiente sintetotipo tecnológico), creo que sus gérmenes polimórficos deben buscarse a partir del mismo Musteriense, en unos estadios ya mediados.

Más aún, para Laplace <sup>45</sup>, “la teoría de la pluralidad de los centros genéticos y la teoría de la formación de los complejos auriñacoides en cada uno de esos centros conforme al proceso del sintetotipo aportarían, en el estado actual de nuestros conocimientos, una concepción más realista, susceptible de rendir cuenta de la complejidad del viejo Leptolítico y de resolver la contradicción sugerida por la coexistencia, por un lado, de complejos más o menos diferenciados unos de otros, según la supervivencia de elementos de diversas tradiciones musterienses, y, por otra parte, de complejos auriñacoides ampliamente extendidos en una capa uniforme sobre el área de extensión del conjunto de los centros genéticos”. Por todo ello se sugiere que los complejos Perigordien y Auriñaciense no sean en realidad sino facies distintas de un solo grupo, o germen sintetotípico anterior no diferenciado, tratándose ellas más bien de simples formas especializadas. Ello no es tan descabellado de suponer cuando los análisis estadísticos de los ajuares líticos de esas dos facies muestran (a menudo, incluso, con asombrosas coincidencias) la presencia de buen número de útiles comunes en ambos conjuntos <sup>46</sup>. O a partir de las observaciones de Hallam L. Movius en el Abri Pataud.

Para terminar, insistamos en la idea de Laplace de ver como raíces explicativas de la impresionante eclosión de la cultura material (lítica y ósea) y artística los complejos estructurales y morfológicos (“polimorfismo de base”) que “culminarían un largo e insensible proceso de enriquecimiento en formas nuevas... con la

<sup>45</sup> G. Laplace, *Recherches sur l'Origine...*, p. 288.

<sup>46</sup> G. Laplace, *Recherches sur l'origine et l'évolution des complexes leptolithiques. Le problème du Périgordien I et II et l'hypothèse du Synthétype aurignaco-gravettien. Essai de typologie analytique* (pp. 153 a 240 del tomo 5 de “Quaternaria”, Roma, 1958). Las ideas de F. Bordes y D. de Sonneville-Bordes pueden verse, sobre todo, en las páginas, respectivamente, 347 a 360 del tomo 67 de “L'Anthropologie” (1963) y las 536 y 537 del tomo 57 del “Bulletin de la Société Préhistorique Française” (1960).

aceleración singular del Chatelperroniense". En el concreto terreno del instrumental óseo, pueden verse ya elementos que se consideraban tradicionalmente de aportación auriñaciense en esos estadios tan antiguos del Paleolítico Superior: así algunas puntas sublosángicas, de sección circular o cuadrangular, con base a veces cónica y hasta en bisel simple (la cita viene de Laplace), o los dientes perforados como colgantes.

### III. DINÁMICA GENERAL

Génesis, diferenciación, especialización y multiplicación: he ahí los mecanismos teóricos de toda dinámica biológica y también de tipos industriales. En el Paleolítico Superior todo ello, además, está circunstanciado por la existencia "sobre un mismo lugar de cierta continuidad de tradiciones técnicas a través de períodos hasta muy largos" <sup>47</sup>. Continuidad industrial que cuando se da en grupos espacialmente aislados puede producir fenómenos de "inflación de las formas especializadas" (¿qué sucede con el arpón del Magdaleniense Superior-Final de Cantabria?; ¿o con el Solutrense avanzado aquí?), o "hiperespecializaciones" como las ha definido Laplace.

Utilizando términos de este mismo prehistoriador, en cualquiera de los complejos industriales óseos del Paleolítico Superior pudiéramos distinguir "sustratos" (o formas arcaicas técnicamente elementales) y "formas elaboradas". Lo que llevaría esta ponencia a minuciosas precisiones —siempre discutibles— sobre las relaciones del instrumental óseo con el lítico (con los contextos generales de su propia cultura y particulares de la tecnología material, con sus precedentes, etc.) y sobre los posibles momentos de "inflación del sustrato", de su regresión...

Algunos han insistido (acaso exageradamente) en el valor de los procesos de evolución "in situ" para explicar la dinámica de los complejos culturales; hace hoy crisis la tendencia a suponer por sistema la existencia de migraciones masivas como argumen-

<sup>47</sup> P. Mouton-R. Joffroy, *Le gisement aurignacien des Rois à Mouthiers (Charente)*, París, 1958, pág. 96.

to aclaratorio de las rupturas de las normales secuencias de Cultura. Otra tesis distinta presupondría la presencia de potencialidades de tipo inicial en las que se hallaran implícitos, al menos virtualmente, los elementos diferenciados que surgirán, "por evolución": adaptación, en parte, de la vieja teoría de las "Elementargedanke" de los antropólogos del siglo pasado. Indudablemente que la contemporaneidad de unos grupos con otros debe justificar todo tipo de relaciones y préstamos, de forma que hasta se puede pensar en una transmisión como por herencia o patrimonio que se cede, entre las culturas sincrónicas, "antes de que las más antiguas desapareciesen o se transformasen por completo" <sup>48</sup>.

Si se nos permitiera un planteamiento concreto de esos problemas de génesis y dinámica pensaríamos en el Solutrense. Sobre el tema las más graves cuestiones a disputar serían:

a) La propia evolución interna del "complejo cultural", puesto que existen cesuras en él, entre sus estadios inferior y medio (desde un punto de vista, tanto tipológico como técnico) que ni siquiera han podido llenar las minuciosas y afortunadas excavaciones recientes de Ph. E. L. Smith en Laugerie-Haute (entre sus estratos 11 A y 11) <sup>49</sup>.

b) Su origen: ¿se trata de formas procedentes en su mayoría del Perigordense Superior-Final, del "Protomagdalenense"?; en tal sentido se pretende (así antes H. Breuil, luego D. Peyrony, J. Combier o G. Laplace) ver en "el Perigordense Superior el germen mismo de la técnica solutrense" <sup>50</sup>. Mientras que, frente a ellos, debe subrayarse la observación de Ph. E. L. Smith de destacar en el Auriñaciense típico otros posibles precedentes al Solutrense (y hasta verlos en el Musteriense): así el nivel Solutrense Inferior de la Grotte Chabot (en excavaciones de P. Huchard) contiene hasta un 10,6 por 100 de útiles líticos de indudable fa-

<sup>48</sup> D. Peyrony, *Etude des formes inédites ou très peu connues du Moustérien: leur évolution dans le Paléolithique supérieur*, p. 19 del tomo 35 de la "Revue Anthropologique", París, 1925.

<sup>49</sup> J. Combier, *Le Paléolithique de l'Ardèche...*, p. 258.

<sup>50</sup> D. Peyrony, *Le Périgordien, l'Aurignacien...*, p. 327.

cies musteriense. En cualquier caso, deberán realizarse aún excavaciones minuciosas en las zonas del valle inferior del Ródano o del Périgord, donde, acaso, se halle la respuesta a estas incógnitas de dinámica cultural<sup>51</sup>.

En el tema concreto de las industrias óseas del Hombre de Cro-Magnon pudiéramos parafrasear (aplicando la cita, tanto al instrumental en hueso, como al lítico) la expresión de H. L. Movius, sobre el peligro que corremos al utilizar rígidos esquemas evolutivos de las culturas prehistóricas, hacia los que nos sentimos muy inclinados, porque como pensamos que "el esquema esencial se repite muchas veces, nos vemos tentados a aceptarlo como norma"<sup>52</sup>.

Parece observarse una cierta incompatibilidad entre las industrias de hueso y de piedra a lo largo de los estadios culturales del Hombre de Cro-Magnon: la abundancia o proliferación de una de ellas viene condicionada (como efecto o/y causa) por la disminución o reducción de la otra. "El examen de las industrias perigordienses y auriñacienses lo demuestra. Más tarde los solutrenses fabrican pocos objetos de hueso, pero trabajan admirablemente el sílex. Los magdalenienses tienen un utillaje lítico pobre, pero confeccionan —en hueso y en cuerno de reno— una multitud de útiles y de armas de formas variadas y elegantes"<sup>53</sup>. Pues ya que el fin que el Hombre primitivo debe perseguir al realizar un tipo no es el mismo objeto en sí, sino la consecución de las posibilidades de trabajo que ese objeto implica (lo que, también, condiciona la técnica a desarrollar para una mejor utilización o provecho de la materia prima de que se dispone), se escogen los tipos exclusivamente por un criterio de mayor y mejor servicio a concretas necesidades de índole —casi siempre— material. De tal modo que, así, por peculiaridades propias tecnomorfológicas, parecen excluirse mutuamente los realizados en sustancias óseas o en líticas; de modo que una mayor pericia arte-

<sup>51</sup> Ph. E. L. Smith, *Le Solutrén en France*, p. 395.

<sup>52</sup> H. L. Movius, *El arte mobiliario del Perigordense superior de La Colombière (Ain) y su relación con el desarrollo contemporáneo en la región Francocantábrica*, en tomo 14 de "Ampurias", Barcelona, 1952, p. 25.

<sup>53</sup> M. H. Angelroth, *Le Périgordien...*, pág. 166.



sanal en el trabajo de un grupo de esas materias se refleja inmediatamente en el aumento del correspondiente ajuar que puede suplir (en bastantes cometidos) al que antes o más tarde se realice en las otras. De todos modos se precisa tener en cuenta que no siempre se producirá este tipo de suplencia, porque algunos de los tipos (líticos u óseos) pueden aplicarse precisamente a la tecnología de objetos de la otra materia. Ese sería el caso de los buriles, algunos raspadores o piezas líticas con escotaduras que servirían para el trabajo del cuerno y del hueso; o el de los llamados compresores o retocadores óseos que se suponen utilizados para el tallado de la piedra. En este orden de cosas, tomando el ejemplo del tipo funcional "punta" (tanto en sílex como en hueso) se pudiera pensar que a las numerosas y variadas en hueso del Auriñaciense corresponden los distintos subtipos líticos del Perigordense en sílex, según cree A. Cheynier<sup>54</sup>; siendo este eclipse de lo óseo frente a lo lítico disuelto nuevamente a la arribada de los complejos culturales magdalenenses.

Por otra parte, insistiremos en que los cambios de clima pueden decidir en forma notable la dinámica de los conjuntos instrumentales óseos, toda vez que esas oscilaciones de temperatura condicionan la presencia de determinadas especies animales que proporcionan las materias primas insustituibles para esas artesanías. En este sentido me parece interesante observar que la progresiva oscilación del Würm III se hace particularmente extremada en cuanto a frío en el Auriñaciense típico I (correspondiente a los estratos 13 y 14 del Trou de la Chèvre)<sup>55</sup>: en lo que —por la aparición de los grandes cérvidos del Paleolítico Superior en este momento— veríamos una sugestiva posibilidad de relación de causalidad entre esa abundancia de materia prima ósea y córnea y la multiplicación aceleradísima de toda suerte de tipos instrumentales con ella fabricados. En el otro extremo del

<sup>54</sup> A. Cheynier, *Comment vivait...*, pp. 62-63.

<sup>55</sup> H. Laville, *Recherches sédimentologiques sur la paléoclimatologie du Würmien récent en Périgord*, en tomo 69 de "L'Anthropologie" (pp. 1 a 48, 220 a 252), 1964.

Würmiense la desaparición del reno implica —según ideas muy enraizadas en los paleolitistas— la sustitución de sus sustancias córneas por las de otros Cérvidos de menor envergadura y cornamenta, que no producen ni el espesor ni la resistencia de materia prima que la del Rangifer tarandus. Desde luego que unos cambios de mucha mayor profundidad y hondas consecuencias en lo tocante a la existencia de aquellos grupos humanos se producirían por las alteraciones de la circunstancia biotópica de paisaje vegetal y zoológico, con los intentos de adaptación a ella.

Hechas estas sugerencias sobre posibles motivaciones diversas que justificasen la dinámica general de las industrias del hueso reconocemos que resulta —hoy por hoy— mucho más difícil marcar las motivaciones de orden tecnológico que incitan la evolución ornamental. L. Tchikalenko, a este respecto, hizo algunas muy ingeniosas observaciones que pueden servirnos de guía, aunque no podamos suscribirlas en general. La decoración geométrica, rama muy particular de las formas del arte plástico, parece venir condicionada en su opinión por un sentido del ritmo que, al principio, al realizarse el trabajo de grabación del motivo con una sola mano (supone el investigador checo que con la derecha) y al desconocerse un eje central de simetría, produce unos modos decorativos más arcaicos, que se reducen a teorías de líneas rectas o curvas simples, mas no aún a las compuestas por varios trazos en distintas orientaciones. Según Tchikalenko, en el momento en que el artesano del Paleolítico Superior se decida a girar la pieza en 180° se apercibirá de las posibilidades del eje así descubierto (un “eje de simetría de segundo orden”), apareciendo los motivos más complejos como pueden ser los zigzags, las líneas de ángulos o en “V”, las grecas angulares de más complejo desarrollo (con los ejemplares de Mezine, en Ucrania, como modelo más divulgado).

En cualquier caso, esa diferenciación entre unos motivos simples y otros complejos puede servir de base para una comprensión global de la dinámica general de los motivos decorativos del ins-

trumental óseo en las culturas desarrolladas por el Hombre de Cro-Magnon <sup>56</sup>.

#### IV. DINÁMICA DESCRIPTIVA.

Para el conocimiento del complejo de industrias auriñacope-rigordieneses es preciso acudir, sobre todo, tanto a las obras generales de H. Breuil como a las detallistas observaciones complementarias de D. Peyrony, aunque se nos antojan demasiado concretas si pretendemos aplicarlas a regiones alejadas de los centros en que se concibieron <sup>57</sup>.

Los materiales recogidos por Peyrony en La Ferrassie y Laurerie-Haute (aquí, luego, por F. Bordes) y por E. Passemard y R. y S. de Saint-Périer en Isturitz, constituyen, a no dudar, hoy por hoy, los más preciosos ejemplos para ilustrar la dinámica evolutiva de las industrias óseas del Auriñaciense y Perigordienso. En ese "complejo cultural" se da ya un conjunto de instrumentos o tipos que servirán —en algunos casos concretos— como buenos definidores de alguno de sus estadios o períodos, continuando en general en épocas más avanzadas del Paleolítico Superior: así, diversos tipos de puntas o azagayas de hueso, de alfileres o punzones de base abultada, de alisadores, de tubos y varillas o plaquetas finas de hueso adornadas con trazos paralelos sobre los bordes, de numerosas especies de colgantes (así, formaban brazaletes con conchas perforadas en Grimaldi; o eran trabajados, como

<sup>56</sup> L. Tchikalenko, *Etude sur l'évolution de l'ornement géométrique à l'époque paléolithique*, Praga, 1923: de él seguimos especialmente las páginas 45 a 48. Además, es obra hoy ya clásica y muy aprovechable en lo referente a arte mueble la de G. H. Luquet, *L'Art et la Religion des Hommes Fossiles*, París, 1926, en páginas 56 a 60. Los trabajos que M. Chollot ha publicado recientemente en la Revista "Antiquités Nationales et Internationales" no han aportado nada nuevo al tema de la dinámica de los motivos decorativos: son sólo intentos de elaborar una tipología o lista ordenada de los mismos más que de establecer unos cuantos "fósiles directores" seguros en la evolución cultural del Paleolítico Superior.

<sup>57</sup> Así las obras clásicas de H. Breuil y D. Peyrony que hemos citado anteriormente.

perlas, en marfil, en el Abri Blanchard; o —en fin— con dientes de cérvido y carnívoro perforados en su base...), etc. De todos modos, parece que los supuestos "phyla" que más o menos mar-

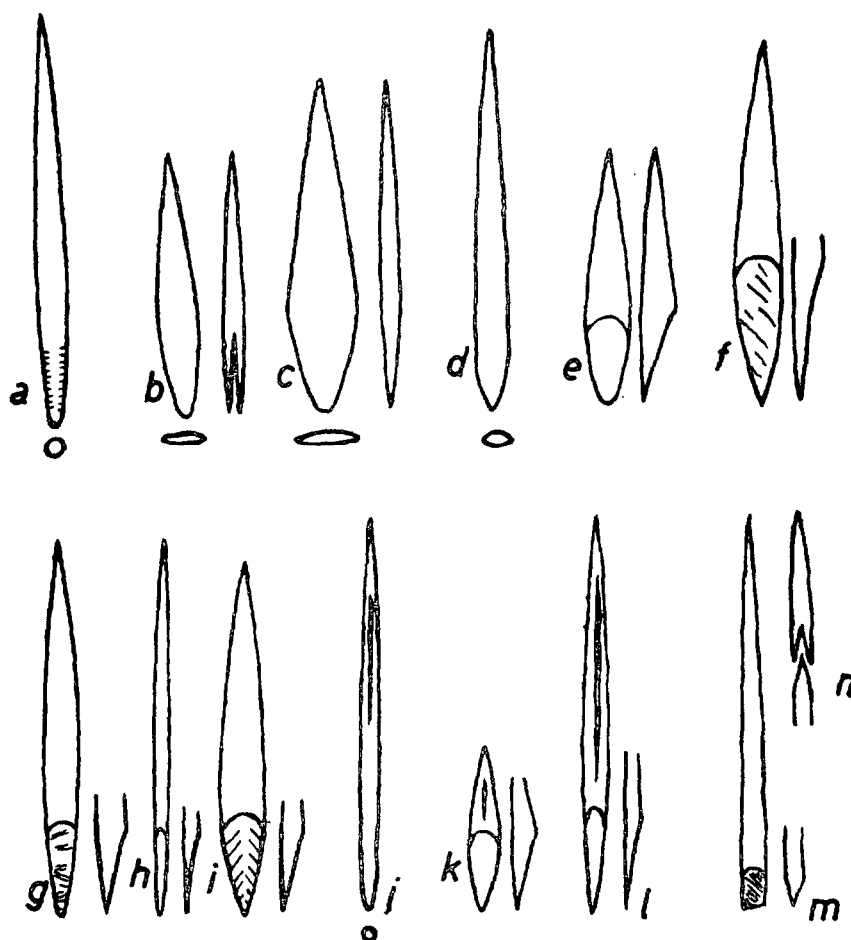


Lámina 3.—Cuadro esquemático de la sucesión cronológica de los principales tipos de punzones-azagayas del Paleolítico Superior (de A. Lerol-Gourhan, 1965). *a*, azagaya de sección circular y base apuntada del Chatelperroniense; *b*, azagaya de base hendida del Auriniaciense I; *c*, azagaya losángica del Auriniaciense II; *d*, azagaya de sección ovalada del Auriniaciense III; *e*, azagaya o punzón de base biselada lisa del Auriniaciense V; *f*, azagaya o punzón de base en monobisel estriado del Protosolutrense; *g* y *h*, azagayas o punzones de base monobiselada (lisa o con estrias) del Solutrense; *i*, azagaya o punzón con base monobiselada con estrias en abanico, del Magdaleniense I; *j*, azagaya fina con surco longitudinal, del Magdaleniense II; *k*, punzón corto con base monobiselada y surco longitudinal, del Magdaleniense III; *l*, azagaya o punzón delgado con base biselada y surco longitudinal del Magdaleniense III-IV; *m* y *n*, azagayas de base en doble bisel y de base ahorquillada, del Magdaleniense V-VI.

chan paralelos (en la mayoría central de sus estadios) muestran caracteres distintivos: mientras que en el Auriñaciense el instrumental óseo incluye formas claramente definidoras elaboradas con todo cuidado y detalle, en el Perigordense se da una industria poco desarrollada y no demasiado característica (a veces con “préstamos” seguros de lo auriñaciense) frente a formas tecnológicas líticas muy peculiares.

Del valor concedido a las industrias óseas auriñacienses es claro exponente el hecho de que las subdivisiones del período tradicionalmente admitidas (según los arreglos de D. Peyrony al primitivo esquema de H. Breuil) tienen exclusivamente en cuenta —como “fósiles-directores”— a las formas de las azagayas de hueso; así el Auriñaciense I o Inferior, caracterizado por las puntas de base hendida (nivel F de La Ferrassie); el II por las puntas losángicas de sección aplanada (H de La Ferrassie); el III por las puntas de sección ovalada tendiendo a la circular (H' de La Ferrassie); el IV por las puntas bicónicas (que mejor denominaríamos azagayas biapuntadas; representado en el estrato H" de La Ferrassie) y el V poseedor ya de puntas con su base trabajada en bisel simple (nivel D de Laugerie-Haute) <sup>58</sup> (lám. 3). Sobre la actual discusión en torno al complejo “auriñacoperigordense” nos hemos referido a las ideas de G. Laplace. Las dataciones absolutas, hoy manejables, sobre los primeros estadios de la tecnología ósea deben partir de las fechas obtenidas por C14 en el Abri Pataud por H. L. Movius <sup>59</sup>.

<sup>58</sup> D. Peyrony, *Les industries Aurignaciennes dans le bassin de La Vézère. Aurignacien et Périgordien*, en p. 543 a 559 del “Bulletin de la Société Préhistorique Française”, 1933. Insisto, de nuevo, en lo relativo de estas apreciaciones, que se hallan hoy en vías de muy próxima revisión. Según informe oral de los profesores L. Balout y H. L. Movius, el “refresco” del corte estratigráfico de La Ferrassie, por Henri Delporte, ha puesto en evidencia una docena larga de microestratos que permitirán dividir hasta en 7 u 8 estadios el Auriñaciense “típico” de Peyrony.

<sup>59</sup> H. L. Movius, *Radiocarbon Dates and Upper Palaeolithic Archaeology in Central and Western Europe* (pp. 355 a 391 de “Current Anthropology”, Chicago, 1960); *L'Age du Périgordien, de l'Aurignacien et du Proto-Magdalenien en France sur la base des datations au Carbone 14* (en pp. 131 a 142 del “Bulletin de la Société Méridional de Spéléologie et de Préhistoire”,

Para la exposición descriptiva o secuencial de la dinámica del instrumental óseo partiremos de la ordenación general de este complejo auriñacoperigordienense hecha por D. Peyrony<sup>60</sup>. Lo hemos expuesto ya en lo referente al Auriñaciense. El Perigordienense lo dividió en cinco tipos diferenciables: el I o de Chatelperron, el II o tipo Bos del Ser, el II tipo Laugerie Haute, el IV o de La Gravette y el V o de La Font-Robert.

Somos conscientes de la actual situación de crisis de los sistemas de subdivisión cultural del Paleolítico Superior. Prometen una adecuada solución al problema los resultados de excavaciones muy recientes, aún no todas suficientemente divulgadas: así los trabajos de A. Leroi-Gourhan en la Grotte du Renne, de F. Bordes y Ph. E. L. Smith en Laugerie-Haute, de H. L. Movius en el Abri Pataud, o en el corte aún inédito de H. Delporte en La Ferrassie.

De todos modos, y en tanto no se presente un nuevo esquema cohesivo, habremos de mantener —con todas sus reservas— el ya existente.

Sólo en este sentido condicional adopto en estas líneas la clasificación de D. Peyrony para lo auriñaco-perigordienense. Y la división clásica del Magdaleniense por H. Breuil.

El *Perigordienense I*, Inferior o Chatelperroniense, ha sido datado absolutamente en torno al 31.550-31.690 a. de C. en Arcy-sur-Cure. Las más antiguas industrias óseas de ese estadio pueden estudiarse tanto en el nivel E de La Ferrassie como en los estratos correspondientes de las Cuevas de Arcy-sur-Cure, Roc de Combe-Capelle, Le Moustier (nivel K), Châtelperron y La Chèvre<sup>61</sup>. Son,

---

Toulouse, 1963), y la importante comunicación a este Simposio Internacional del Hombre de Cro-Magnon, 1969.

<sup>60</sup> En, sobre todo, *Le Périgordien et l'Aurignacien (Nouvelles observations)* (tomo 11 del "Bulletin de la Société Préhistorique Française", 1936). La cuestión acaba de ser revisada, entre otros, por F. Bordes (*La question Périgordienne*, en pp. 59 a 70 de "La Préhistoire. Problèmes et Tendances", París, 1968).

<sup>61</sup> Además de las repetidas publicaciones de D. Peyrony, debe consultarse a A. Leroi-Gourhan en *Chatelperronien et Aurignacien dans le Nord-Est de la France (d'après la stratigraphie d'Arcy-sur-Cure, Yonne)* (en pá-

ciertamente, escasos, y aún no demasiado especializados, los instrumentos en hueso o en asta que nos han llegado; pensemos, por otra parte, que ese período sólo existe con seguridad en el Centro-Sur de Francia. Ya, frente a las esquirlas que normalmente en el Musteriense se obtenían por hendiduras transversales, comienzan a hendirse las diáfisis óseas y los cuernos en un sentido longitudinal; usando un buril como punta cortante o incisiva y obteniendo así (por cada dos surcos paralelos convergentes en sus extremos) sendas varillas que serían luego alisadas y pulidas como puntas de azagayas o punzones <sup>62</sup>. Dentro de este común Perigordense Inferior (incluyéndose a menudo junto a él el período II, también) llega G. Laplace a distinguir hasta cuatro grupos regionales relativamente autónomos: el central o del Périgord, el septentrional con los yacimientos comprendidos entre Poitou y el Morvan, el meridional o de la vertiente pirenaica francesa, y el oriental o itálico (instalado en la región de los prealpes vénetos y en Terra de Otranto). En cualquier caso es preciso señalar la limitada localización de este Chatelperroniense.

Para poder presentar un corpus algo comprensivo de la tipología ósea en dicho estadio cultural se necesita ir espigando en cada una de las estaciones excavadas, con lo que resultan conjuntos evidentemente "polimórficos", pero de muy escaso número de testimonios. En torno a tres categorías instrumentales básicas: las azagayas, los punzones (o piezas aguzadas que conservan un talón incompletamente desbastado) y los alisadores. Insistiremos ahora en el hecho de la presencia de algunos testimonios instrumentales que se han considerado de aparición más reciente, y proceden de estratigrafías perfectamente estudiadas, en las que no cabe el socorrido recurso de suposición de cualquier modo de remoción de tierras. Así, junto a los normales huesos apuntados (testimonios de Fontenieux, Gargas, Cottés, de la italiana cueva del Cavallo) poseemos los siguientes seguros elementos que alteran su estricta

---

ginas 75 a 84 del "Bulletin de la Société Méridionale de Spéléologie et de Préhistoire", Toulouse, 1963) y a R. Arambourou-P. E. Jude en *Le gisement de La Chèvre à Bourdeilles (Dordogne)* (Périgueux, 1964).

<sup>62</sup> A. Cheynier, *Comment vivait...*, p. 139; y, en general, para el tema interesado, las pp. 115 y 139 a 144.

concepción como irreprochables "fósiles-directores"<sup>63</sup>: puntas de sección cuadrada o circular con base biselada (ejemplares individuales en La Chèvre, Laussel, La Ferrassie, en el yacimiento de la Roche au Loup); ejemplares fragmentados de azagayas o puntas de sección circular u ovalada (en Belleruche, Gargas, nivel H de Broin y Ponte di Veia A, en Italia); diversas azagayas biapuntadas gruesas en marfil (de la Grotte du Renne, en Arcy-sur-Cure), y hasta una pieza segura de las de base hendida (en Châtelperron; hay un fragmento distal en Gargas que Breuil describió como "du type d'Aurignac, probablement à base non fendue"); y además otros elementos que serán más característicos en estadios posteriores (así algunos tipos decorativos geométricos en Fontenieux y Gargas, caninos de cérvido, de félido y de zorro perforados en Châtelperron, etc.).

Insistamos, finalmente, en la escasez de estas industrias en los niveles inferiores del Perigordien.

En el *Perigordien* II (nivel E' de La Ferrassie) se mantienen las formas y elementos óseos generales del estadio inmediato precedente.

El *Perigordien* III de Peyrony parece que, tras las dudas de H. Breuil y F. Bordes, deba ahora, por las observaciones de Movius en el Abri Pataud<sup>64</sup>, situarse al final de su *Perigordien* V; constituyendo el estadio inmediato anterior al llamado Protomagdalenien (un *Perigordien* VI).

No resultan aún demasiado claros los ensamblajes cronológicos y las secuencias del *Perigordien* Superior (III, IV y V de Peyrony) o *Gravetien*: aunque el Abri Pataud y Laugerie-Haute hayan aportado muy importantes precisiones. Por otra parte, parece que la transición del *Perigordien* Inferior al Aurignacien típico se puede reflejar bien en la mitad inferior del es-

<sup>63</sup> G. Laplace, *Recherches...*, 1966, pp. 197, 202 y 203; además, el importante estudio de H. Breuil, *Etudes de morphologie paléolithique. II. L'industrie de la Grotte de Châtelperron (Allier) et d'autres gisements similaires* (en pp. 29 a 40 y 66 a 77 de la "Revue de l'Ecole d'Anthropologie", 1911),

<sup>64</sup> H. L. Movius-H. V. Vallois, *Crâne proto-magdalénien et Vénus du Périgordien final trouvés dans l'Abri Pataud, Les Eyzies (Dordogne)* (en páginas 213 a 232 del tomo 63 de "L'Anthropologie", 1959).



trato SIII de la Salle de Saint-Martin, en Isturitz. Aquí aparecen mezclados elementos de clara tradición musteriense (alguna raderera, puntas espesas, sobre hojas y lascas Levallois y de talón facetado), junto a otros del Perigordense inferior (pocos buriles, cuchillitos "à dos", algunas truncaduras, pero ninguna punta de Châtelperron) y a los que se consideran característicos del Auriñaciense típico (así, una punta de hueso de base hendida). Esta observación no escapó a R. de Saint-Périer que, en un tiempo en que era aceptada por todos la dualidad excluyente Perigordense-Auriñaciense, llegó a afirmar que ese esquema de Peyrony "puede estar fundamentado para el Périgord, pero se aplica mal más allá de sus fronteras": trayendo como otros ejemplos, junto al de Isturitz, las observaciones de Châtelperron, Gargas o Germales.

En estas culturas se nota una continuada evolución de los tipos óseos, a pesar del desarrollo y proliferación de las puntas líticas. Sin embargo, resulta muy difícil, para las industrias que aquí nos interesan, señalar las más características del momento. Las azagayas (más o menos contemporáneas de las del Auriñaciense típico) son en el Gravetiense normalmente sustituidas por más delgados y burdos punzones que, como los de Isturitz, consisten muchas veces en simples esquirlas de hueso aguzadas. Los llamados "anzuelos" (pequeñas piezas biapuntadas) suelen llevar con frecuencia un aplanamiento en su zona central; son ahora abundantísimas las esquirlas óseas decoradas con "marcas de caza" (más numerosas incluso en este estadio del Perigordense Superior que en el Auriñaciense típico, cronológicamente precedente, del nivel Ist. IV y del FIII, de Isturitz).

En esta famosa cueva de Bases-Pyrénées pueden estudiarse, a mi parecer, los conjuntos más ricos en instrumental óseo del complejo Gravetiense en los señalados estratos Ist. IV, V y FIII. Pasan de trescientos los huesos apuntados que conservan —como enmangue— su cabeza articular, y de un centenar las espátulas algo burdas; son abundantísimos los cinceles (o piezas gruesas de cuerno con un corte en bisel angular en un extremo; casi trescientas); resultan típicas unas grandes azagayas biapuntadas, de ancha sección, con abundantes teorías de "marcas de caza" agrupadas en el tercio final de su extremo proximal (creo que el tipo

es más frecuente en un Gravetiense avanzado o Superior); es rico el repertorio de pequeños "anzuelos", de dientes perforados (la mayoría de zorro) y de Littorinas con agujero de suspensión; citemos —por fin— hasta tres sencillos ejemplares de bastón perforado, casi una decena de tubos de hueso de ave con perforaciones longitudinales al modo de "flautas", las piezas gruesas de cuerno que algún especialista francés ha designado como "navettes" o "bobines" (muy inhabituales)... Es aquí cuando aparecen en Isturitz las más antiguas manifestaciones de arte mueble de cierta calidad: abundan los haces de rayas al modo de las llamadas "touffes de poils" y las "marcas de caza". Frente a Isturitz destaca la pobreza en instrumental óseo del yacimiento epónimo del Gravetiense, donde F. Lacorre apenas recogió algunas sencillas azagayas de sección ovalada y distintas esquirlas deformes realizadas a partir de costillas de mamut (lám. 4).

En estos momentos surgen ya las formas bien determinadas del arte mueble (correspondientes al Estilo II de A. Leroi-Gourhan: en que deben colocarse las "venus auriñacienses" más características), cuando comienza ya a poseer entidad el llamado Santuario paleolítico en arte parietal; y son frecuentes unos tipos instrumentales gruesos (cinceles, cuñas, sectores de cuerno estrangulados, bastones..., presentando alguno de estos últimos su extremidad distal trabajada como en forma de falo).

Si fuera posible presentar una evolución más pormenorizada, consideraríamos el *Perigordienne IV* del Abri Pataud, Roque Saint-Cristophe Laussel, Abri des Vachons..., con industrias bastante pobres. Ahí poseemos, entre otros materiales: piezas biapuntadas de sección gruesa tendiente a la circular y base monobiselada y hasta en doble bisel (Combe-Capelle), numerosas conchas perforadas (Arcy-sur-Cure), un bastón con decoración compleja "abstracta" (ahí mismo), etc. El nivel correspondiente de La Gravette<sup>65</sup> sirve de paradigma de las industrias óseas del momento: son toscas (y extremadamente fragmentadas) las azagayas y las varillas de sección circular o aplanada, hay sencillos compresores de hueso, algunas esquirlas recortadas como alisadores o apla-

<sup>65</sup> F. Lacorre, *La Gravette*, Laval, 1960, pp. 305 a 326.

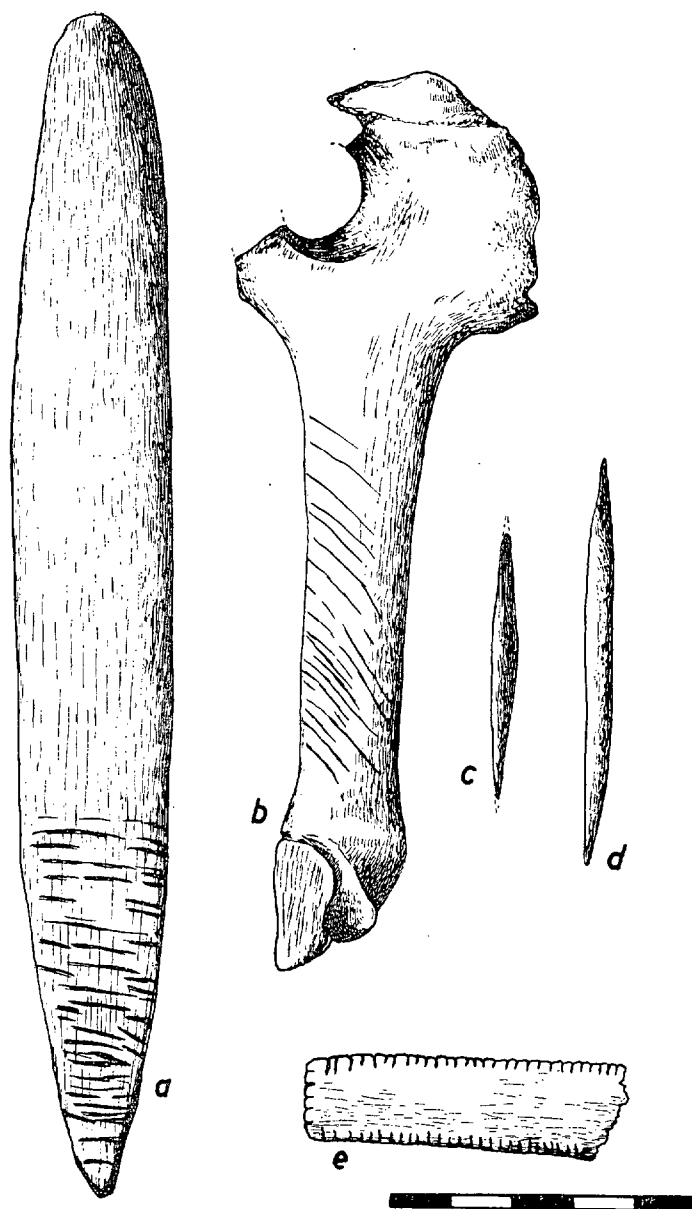


Lámina 4.—Perigordienne superior de Isturitz: *a*, azagaya-puñal de sección aplana-  
nada, con doble punta y marcas perpendiculares en el tercio inferior; *b*, bastón  
perforado; *c* y *d*, finas esquilas biapuntadas ("anzuelos"); *e*, fragmento de cos-  
tilla con "marcas de caza". (De R. y S. de Saint-Périer, 1952.)

nadores, unos peculiarísimos anzuelos (me parece que se trata de tipos únicos) trabajados aprovechando las bifurcaciones de las cuernas de los Cérvidos (aguzándoles dos extremidades diametrales y destacando un saliente o tope perpendicular en el mismo centro de la pieza), y es importantísima la colección de bastones perforados, carentes de decoración y con su cabeza en forma de "T". Entre los dientes y conchas perforados la mayoría de aquéllos pertenecen a Bóvidos (son 12 incisivos; más un par de *Ursus arctos*; otros tantos de Cérvido; tres caninos de zorro polar; y otros ejemplares únicos), mientras que de éstas la mayoría corresponden a la especie de la *Littorina* (además, *Purpura lapillus*, *Turritella turris*, *Pecten*, *Ostrea*, *Sismondia*).

El llamado *Perigordienne V* (elementos en la Ferrassie, Abri Pataud, des Vachons, Fourneau du Diable, Grotte de Gavaudun, nivel 5 de Laraux) comprende materiales óseos ni numerosos ni característicos: seguimos observando las azagayas biapuntadas al estilo del estadio anterior.

El *Gravetiense Final* y *Epigravetiense* muestra una detención en las formas instrumentales precedentes. Se nota que, en general, las industrias óseas (como las líticas) disminuyen de tamaño. Continúan existiendo los bastones perforados, las puntas en extremo de hueso y algunas azagayas poco características (de *Laugerie-Haute* proceden varias puntas fusiformes con su base apuntada); siendo de destacar la aparición de varillas de cuerno de sección semicilíndrica que parecen prenunciar lo magdalenienense, según las observaciones de Isturitz, Grotte du Trilobite, *Laugerie-Haute*, Abri Pataud... No son demasiado frecuentes —pero tienen importancia como tipos excepcionales— algunas azagayas de sección circular y base ocupada por un monobisel bastante largo. El estrato correspondientes de Isturitz (Ist. III y C) proporcionó, sólo en las excavaciones de los Saint-Périer, casi noventa azagayas de sección circular y base biselada con estrías o no (hay nueve de ellas que poseen esas estrías "de enmangue" sobre la zona central de su eje), una quincena de varillas planoconvexas lisas, casi doscientas esquirlas apuntadas, numerosas otras preparadas como alisadores o espátulas, algunos gruesos cinceles de cuerno, medio centenar de diáfisis (trabajadas) como

compresores-retocadores, cinco bastones perforados, algunos tubos como "flautas", colgantes sobre falanges, dientes y conchas perforados... Y una nutrida representación de "marcas de caza" sobre los bordes de muchos de esos instrumentos (lám. 5).

En el "phylum" *Auriñaciense* los caracteres generales de las industrias líticas se mantienen bastante constantemente: me refiero a las líneas maestras de proporciones entre los distintos Índices Tipológicos. Mientras que parece ser el instrumental óseo el que mejor refleja su evolución cultural.

Frente a las subdivisiones de D. Peyrony, G. Laplace en 1966 cree que acaso fuera más seguro optar sólo por un agrupamiento de todos los subperíodos auriñacienses en una organización tripartita:

- El Auriñaciense "antiguo", comprensivo de los niveles con puntas de hueso de base hendida (coincide con el I de Peyrony).
- El Auriñaciense "medio" o "évolué", poseedor de las puntas losángicas que, durante su transcurso, van pasando a fusiformes (el II, III y IV de Peyrony).
- El Auriñaciense "final", con piezas ya de sección circular y base monobiselada (es el V de Peyrony).

Las precisiones de Laplace pretenden salvar las excepciones que se dan a la rigurosa esquematización lineal propuesta por Peyrony: así —y sólo como un ejemplo—, las puntas de base hendida (que éste consideraba esencialmente del Auriñaciense I) aparecen acompañando a las losángicas (que pertenecen, en su esquema, rigurosamente al II) en La Ferrassie F, Castanet A, La Quina III, Isturits SIII, Gatzarria cbf, des Cottés E, Fosselone 21, La Ferrassie H, Vachons número 1...<sup>66</sup>. Con estas salvedades, seguiremos el mismo esquema de D. Peyrony por ser aún más habitualmente aceptado.

Existe un estadio *Protoauriñaciense* (¿el Auriñaciense O, descubierto recientemente por González Echegaray en la cueva de Morín?), anterior en algunos yacimientos al Auriñaciense, poseedor normal de las puntas de base hendida (definido por el mismo

<sup>66</sup> G. Laplace, *Recherches...*, 1966, p. 233.

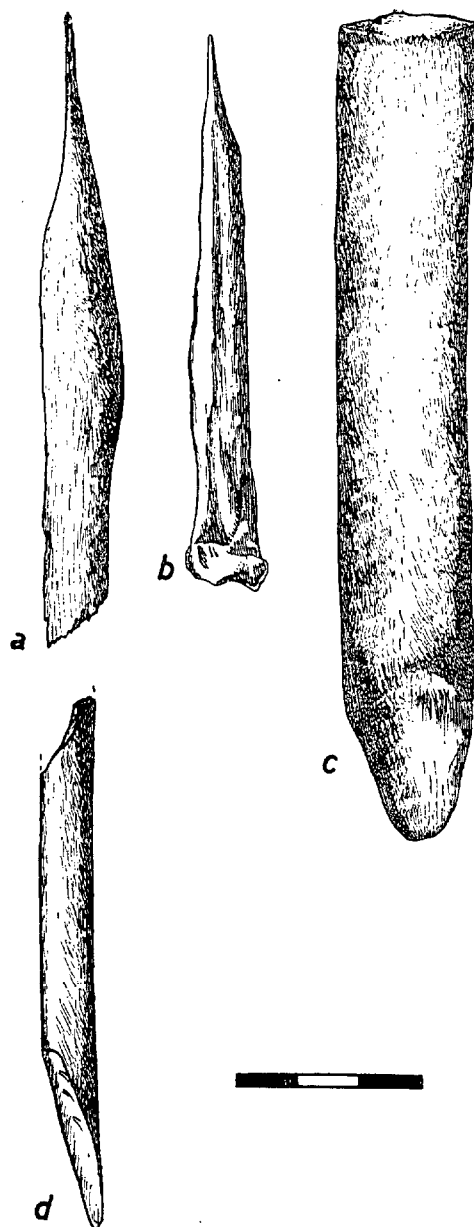


Lámina 5.—Perigordienne final de Isturitz: *a* y *b*, puntas en extremo de huesos; *c*, cincel en cuerno de Cérvido; *d*, varilla de bisel lateral. (De R. y S. de Saint-Périer, 1952.)

Laplace) y conteniendo conjuntos industriales óseos realmente extraños en cuanto a su heterogénea composición: azagayas sublosán-gicas ya (de sección aplanada u ovalada), alguna punta, incluso de sección circular (o con base en doble bisel), puntas de sección triangular aplanada y algunos dientes perforados. Indudablemente que buena parte de las dificultades de comprensión de estos complejos culturales se debe a los prejuicios de simplicismos estructurales que impregnan la mayoría de los esquemas cerebrales en uso en Prehistoria: cuando es muy otra, y más compleja, la realidad de los fríos datos estratigráficos.

Frente a los conjuntos perigordienses, los niveles del *Auriñaciense Antiguo* o *Inferior* (I y II de Peyrony: coincidiendo con los niveles F y H de La Ferrassie) muestran un variado ajuar óseo. Procedentes de los hogares H e I de la Grotte des Enfants (Mónaco-Grimaldi) hemos estudiado (en el Musée d'Antropologie Préhistorique del Principado) un conjunto de materiales óseos muy importantes para comprender los procesos de génesis y desarrollo de esta cultura: son punzones de base abultada conservando su articulación, azagayas o punzones de base hendida, algunos cinceles, dientes de cérvido y conchas con perforación...

Si consideramos la evolución del tipo más característico del Auriñaciense, la azagaya, en el I (o "de Aurignac") prolifera la pieza de base hendida (por ejemplo, las que Peyrony recogió en los niveles inferiores de los Abrigos Cellier y Castanet, en el corazón del Périgord); su estudio más importante ha sido realizado por Henri Delporte en 1958<sup>67</sup>, habiendo, por su parte, señalado J. Combier<sup>68</sup> algunas azagayas perigordienses del mismo tipo. En cualquier forma, admitiendo que la invención de ese instrumento pueda no ser rigurosamente auriñaciense, debe seguirse manteniendo que, por lo habitual, constituye un "documento-guía" bastante seguro de este estadio antiguo. Que, por cierto, se extiende asombrosamente por toda la Europa libre de hielos: des-

<sup>67</sup> H. Delporte, *Notes de géographie préhistorique. I: Les Pointes d'Aurignac* (pp. 11 a 20 del tomo VII, fasc. 4, de "Annales", de la Facultad de Letras de Toulouse, 1958).

<sup>68</sup> *Gisement paléolithique de Roclaine à Romanèche-Thorins (Saône-et-Loire)* (pp. 27 a 39 de la "Revue d'Archéologie de l'Est et du Centre-Est").

de Rumania, Hungría y la Baja Austria e Italia hasta la Alemania meridional, Bélgica, Francia y Cantabria. Y ello en unas condiciones climáticas, al parecer, muy rigurosas, como parecen confirmar los intensos fenómenos de cryoclastia observados en la mayoría de los abrigos excavados en la región des Eyzies. Así, como ejemplos salteados de puntas-azagayas de base hendida, citemos los belgas de Spy y del Trou-Magrite (aquí con algunos "silbatos", con punzones sobre esquirla ósea y dientes perforados), las del yacimiento alemán de Vogelherd<sup>69</sup>, las del estrato F del italiano Riparo Micho (en Balzi Rossi de Grimaldi) o las del nivel inferior del checo Istallosko. Mientras que, curiosamente, esta uniformación cultural, que parecen marcar tales instrumentos comunes, pronto se diversificará en facies o grupos regionales con formas muy peculiares de tecnología ósea o de arte mueble y decorativo: sirve aquí muy bien de ejemplo la mitad superior de la estratigrafía del propio Istallosko, donde se dan unas formas peculiares (las llamadas puntas de Laustch o de Mladéc, de la cultura "Olchewiense") de puntas losángicas de sección aplanada ovalada, cual sucede en las cercanas cuevas de Potocka Zijalka y de Mokriská Jama.

Es importante testimonio del período interesado el contenido del estrato 15a de La Salpêtrière. Sobre otras ricas estaciones del Auriñaciense típico antiguo francés, D. de Sonnevile-Bordes<sup>70</sup> pretende una subdivisión de esa cultura en dos subperíodos o grupos:

a) El de Castanet, más antiguo, que se representa en los estratos inferiores de dicho yacimiento, y en el Abrigo número 2 des Vachons, en Blanchard y en Patary.

b) El tipo de La Ferrassie, que es mucho más frecuente (nivel F de La Ferrassie, Abrigos de Lartet, du Poisson, Cellier, Belcayre, Caminade o Cottés).

Un buen paradigma del período general que describimos es el proporcionado por los estratos SIII y A de Isturitz. Recogieron los

<sup>69</sup> Véase, a este respecto, la excelente memoria de G. Riek, *Die Eiszeit jägerstation am Vogelherd im Lonetal. I. Die Kulturen*, Tübingen, 1934.

<sup>70</sup> D. de Sonnevile-Bordes, *Problèmes généraux du Paléolithique Supérieur dans le Sud-Ouest de la France* (tomo 62 de "L'Anthropologie", páginas 426 a 428, 1958).



Condes de Saint-Périer aquí un largo centenar de puntas-azagayas de hueso de base hendida (con algunas excepcionalmente elaboradas en asta de cáprido), de longitudes varias entre las extremas de 4 a 16 cm. Casi llegan a cien los compresores-retocadores (con las marcas de su uso en la misma dirección del eje de la pieza); son varias las espátulas, los gruesos cinceles (muy cortos y fuertes), los puñales, los punzones pequeños y biapuntados, los llamados "brunissoirs" en cuerno...; hay numerosos colgantes (en dientes de reno o conchas perforados), hasta una veintena de representaciones de "marcas de caza" y fue precisamente en este medio estratigráfico donde Passemard había hallado la famosa "flauta" en diáfisis de pájaro perforada por tres agujeros, en 1921. De todos modos, debe hacerse constar que este nivel (aunque esencialmente se ha de atribuir al Auriñaciense típico antiguo) posee algunos elementos adscribibles al "phylum" perigordienso (como el II-III de la Dordogne).

Los modos decorativos más simples, según G. H. Luquet y L. Tchikalenko, aparecen ahora en la forma rudimentaria de sencillas muescas o incisiones sobre los bordes o sobre la superficie de distintos tipos óseos, en agrupaciones que lentamente van adoptando formas más regulares: series paralelas, continuas y organizadas en grupos a intervalos fijos (de dos en dos o de tres en tres). En su más antigua disposición suelen estar en dirección transversal al eje mayor de la pieza y se pudiera sospechar si sólo, como algunos pretenden, han sido concebidos para evitar el deslizamiento del instrumento y su mejor sujeción, o comienzan ya a obedecer a impulsos de sentido decorativo que se yuxtapone al meramente práctico o utilitario. Lo cierto es que, junto a ellos, deberán valorarse los ya señalados —como "marcas de caza"— en el "phylum" perigordienso.

En el *Auriñaciense típico II* (o tipo Bouïtou) suelen tener esas azagayas de hueso —manteniendo su sección transversal aplanada— su base no ya hendida, sino apuntada, adoptando la pieza en su conjunto una forma romboidal alargada o losángica. Junto a ellas son frecuentes todo tipo de colgantes, algunas especies de huesos o cuernos que debieron ser empleados como mangos de utensilios líticos, y comienzan a presentarse (muy rudimentarios) los

bastones perforados. Continúan, aunque en escaso número, las puntas de base hendida que se consideraban en el estadio inmediato anterior (caso de La Ferrassie H, precisamente; donde —además— se dan azagayas fusiformes que se consideran más recientes que el Auriñaciense II de Peyrony), ofreciéndose <sup>71</sup> otras asociaciones “extemporáneas”, que alteran las visiones simplistas de evolución radical: así en Roisaz son las puntas de sección circular las que aparecen en el Auriñaciense II, junto a otras de base hendida; en el estrato C del Abri Cellier las de aspecto fusiforme; en La Faurélie las hay de sección circular y ovalada...

Son buenos estratos para estudiar este período los correspondientes de La Ferrassie, Castanet, Caminade-Ouest, Vachons, La Faurélie (excavaciones de Hauser), Cellier. A tal momento corresponde el hallazgo en Isturitz de algunos restos óseos humanos (falange, maxilar inferior) de un tipo de aire neanderthaloide.

Durante el *Auriñaciense típico III*, o Medio (estilo La Ferrassie), las azagayas, que eran de base hendida o apuntada (y de una forma generalmente losángica), van pasando de una sección aplanada a otra sensiblemente oval y hasta circular; siendo al mismo tiempo más estrechas de aspecto, porque su proporción longitudinal total es ahora más larga. En otros tipos, se dan las azagayas de sección circular y base apuntada. Además, variados instrumentos óseos ofrecen un cada vez más complejo despliegue evolutivo: punzones finos en cuerno de reno o en marfil, espátulas, pequeños y afilados punzones dobles (a veces con estrangulamiento en su parte central: son los llamados “anzuelos”, como en el Perigordense superior), varillas delgadas con perforación en un extremo, costillas y otros tipos de diáfisis planas y delgadas con marcas y hendiduras sobre sus bordes, cinces con un extremo trabajado en bisel y el talón machacado, los llamados puñales... Coexisten en este Auriñaciense III formas variadas de azagayas (de sección circular, ovalada y hasta cuadrangular; con distintos tipos de base), sugiriéndose los modos fusiformes claros. El único procedimiento algo seguro para llegar a diferenciar los estadios II y III del Auriñaciense típico (dada la similitud de los tipos líticos individuales e incluso de los porcentajes de sus índices comprensivos)

<sup>71</sup> G. Laplace, *Recherches...*, p. 234.

en La Ferrassie reside en los aspectos ya indicados del utillaje óseo: es decir, en lo referente a transición de la azagaya losángica a la fusiforme. En ese mismo sentido no es muy fácil determinar el contenido exclusivo de los estratos de Isturitz: sobre todo los que estudiara Passemard, cuando la ordenación de Peyrony no era siquiera sospechada.

Las líneas decorativas comienzan a disponerse en series paralelas orientadas en sentido oblicuo al del eje longitudinal del instrumento; aparecen ahora esporádicamente series de puntuaciones alineadas.

El *Auriñaciense Superior* comprende los períodos IV y V, mostrando en los yacimientos clásicos franceses una evolución de las azagayas de hueso que va a unos tipos de sección circular y forma alargada y fina (plenamente fusiforme) apuntada o bicónica (acompañado todo ello por abundantes alisadores y perforadores o puntas finas en extremo de esquirla ósea) y, luego, a tipos bastante largos y algunos de base biselada <sup>72</sup>. En el estrato SII, C y A de Isturitz coinciden numerosos tipos de azagayas de sección circular, ovalada o cuadrangular, de base monobiselada o apuntada, más algunos objetos perforados o con "marcas de caza". Parece ser este el momento en que los bastones perforados adquieren —en general— sus complejos sistemas de decoración: pueden estudiarse ejemplares de Isturitz, La Quina o los de los Abrigos Castanet, Blanchard y du Poisson.

Para el *Auriñaciense V* o *Final* resultan buenos "fósiles-directores" las robustas puntas o azagayas de base preparada en bisel simple: así las del nivel D de Laugerie-Haute Ouest, el único ejemplar del nivel B de Fontenioux, o las de Isturitz (más esbeltas, desde luego). Las industrias óseas de este Auriñaciense Final presentan como una recopilación comprensiva de la mayoría de los elementos anteriores: son ricas tanto en cantidad absoluta como en la variedad de sus tipos. Sin embargo no son demasiado numerosos los estratos que puedan servir para definir netamente el estadio, con la limpieza de contenido en que lo imaginara Peyrony: la realidad de los hechos no corresponde demasiado a esos esque-

<sup>72</sup> Véase en M. Almagro (*Prehistoria*) un esquema de la evolución de alguno de estos tipos óseos en el auriñacoperigordienne.

mas teóricos, son demasiados los "mestizajes" que se pudieran colacionar.

El conjunto más típicamente Auriñaciense Final es el estudiado en Laugerie, minuciosamente, por D. de Sonnevile y F. Bordes<sup>73</sup>. En cuanto a los modos decorativos, se observan, sobre azagayas y varillas, grupos de líneas oblicuas pareadas, dispuestas en sentido inverso formando ángulos o dientes de lobo (en forma de "V"); en tanto que los ricos yacimientos centroeuropeos (encajables en un englobador Auriñaciense "avanzado"), así Predmost, ofrecen unos complejísimos sistemas de decoración geométrica rectilínea que la Europa francocantábrica no conocerá, o sólo en épocas avanzadas en el Magdaleniense.

Se ha definido como *Protomagdaleniense* un estadio que precede a las culturas solutrenses, poco anterior a la liquidación del Würm III, datado absolutamente por Movius —a partir de estratos del Abri Pataud— en 18050 a 18650 ó 19785 a. de C.<sup>74</sup>. El nivel F de Laugerie-Haute Est<sup>75</sup> pertenece a este Protomagdaleniense, acaso inmediatamente anterior al llamado Auriñaciense Final: presenta un rico ajuar óseo de punzones, azagayas, varillas de sección planoconvexa asurcadas..., y un famoso bastón perforado de cuerno de reno con representaciones —en bajorrelieve— de un par de mamuts afrontados y de un bisonte. Sobre él habremos de insistir, con D. de Sonnevile-Bordes, en la semejanza de estilo con los cantos grabados de La Colombière, de tal modo que hubiéramos de pensar "que la industria del Protomagdaleniense de Laugerie Haute y del Abri Pataud representaría, en este mundo del Würm III final, la rama más rica del porvenir"<sup>76</sup>. Aunque debe reconocerse que tal Protomagdaleniense no es, por ahora, ejemplarizable ampliamente, sino en los yacimientos colacionados.

No podemos discutir ahora los mecanismos (y la propia enti-

<sup>73</sup> En *Position stratigraphique de l'Aurignacien V à Laugerie-Haute Est*, p. 378 del tomo 62 de "L'Anthropologie", 1958.

<sup>74</sup> Véanse las obras de Movius citadas en la precedente nota núm. 59.

<sup>75</sup> F. Bordes, *Nouvelles fouilles à Laugerie-Haute Est. Premiers résultats* (en pp. 205 a 244 del tomo 62 de "L'Anthropologie", 1958).

<sup>76</sup> D. de Sonnevile-Bordes, *Problèmes généraux du Paléolithique...*, página 451.

dad) de formación y evolución del *Solutrense*; lo han hecho, desde distintos puntos de vista, H. Breuil, F. Jordá, G. Laplace y Ph. E. L. Smith sobre todos. Las cinco distintas hipótesis sobre su génesis, las más divulgadas, adoptan estas premisas <sup>77</sup>:

- No es una cultura realmente el Solutrense, sino sólo unos modos propios, o técnica, en el trabajo del instrumental lítico.
- Deriva del Aterriense norteafricano, o del Esbaikiense, pasando a Europa a través de la Península Ibérica.
- Procede del Este, acaso originado lejanamente en el Eszeletense, o de más lejos al Oriente.
- Se desarrolla en el mismo suelo francés, a partir de culturas locales precedentes; hallándose sus raíces en el mismo Auriniense, en el Perigordense o en el Musteriense.
- Hay pluralidad de “hogares” solutrenses: uno húngaro-balcánico, otro madrileño, otro sudrodaniano, otro franco-cantábrico “con infiltración de Cataluña a Almería” y dos africanos, según Breuil <sup>78</sup>.

Reduciendo nuestra consideración a la zona francocantábrica e inmediatas, habremos de descartar los dudosos focos de Bélgica e Inglaterra (quizá adscribibles a un Protosolutrense o al Solutrense antiguo). En tanto que en los Pirineos y Cantabria el Solutrense se acantona o remansa durante muchos cientos de años más que en Dordogne. Especialmente, el Solutrense hispano (como demostró sobradamente F. Jordá en su fundamental obra) se desarrolló según distintas modalidades industriales, que pueden coincidir con diversas áreas regionales (“cantábrico” e “ibérico” en general), que lo harán diferir del francés y, también, de lo que es norma frecuente en el Occidental.

En lo referente al instrumental óseo, frente a la idea de los Mortillet que pensaban que se daba en el Solutrense un “eclipse total” del trabajo del hueso y asta, A. Cheynier insistió en su importancia, sobre todo en Badegoule. Incluso H. Breuil miró con especial interés las industrias óseas solutrenses, aunque reafirmara

<sup>77</sup> Ph. E. L. Smith, *Le Solutréen en France*, pp. 341...

<sup>78</sup> H. Breuil, *A propos de l'industrie atérienne*, en pp. 56 a 61 del tomo 52 del “Bulletin de la Société Préhistorique Française”, 1955.

con seguridad que no se hallaban ausentes de ninguno de los períodos en que se subdivide <sup>79</sup>. Realmente es poco numeroso este campo de la tecnología en el Solutrense. Y no se puede pensar que ello se deba a malas condiciones de conservación producidas por adversas circunstancias de clima o de medio estratigráfico, puesto que se conocen niveles riquísimos en cuanto a restos osteológicos de fauna, pero carentes casi por completo de instrumental óseo (así, por no multiplicar los ejemplos, sirve el nivel 1, del Solutrense Inferior, de la Grotte de Chabot, o el 3 de la del Figuiet, recientemente estudiados por J. Combier en su obra comprensiva del Paleolítico del Ardèche). Del mismo modo debe quedar claro que no son frecuentes (con la excepcionalidad asombrosa del Parpalló) las obras de arte mueble en el Solutrense.

En este período cultural, las formas instrumentales en materias óseas, que conviven con un utillaje lítico de sorprendente riqueza de trabajo y variedad, mantienen simplemente los tipos heredados de épocas precedentes, sin que —en un sentido muy estricto— podamos hablar de novedades. Los instrumentos óseos del Solutrense tienden a ser restringidos, tanto en cantidad absoluta como en el número de variedades de tipos utilizados, “pareciendo poseer los tipos de azagayas, de puntas o punzones, de agujas, de alisadores, etc, que se encuentran en las otras industrias del Paleolítico Superior” <sup>80</sup>. La afirmación de Ph. E. L. Smith se nos antoja, con todo, demasiado rigurosa: no es sólo la aguja, inventada por las gentes solutrenses, sino que en la Costa Cantábrica (como señaló F. Jordá) algunos tipos óseos muestran peculiaridades de estas industrias. Así, dentro del grupo de las azagayas (de sección ovalada o circular), muchas veces con su base monobiselada o simplemente redondeada, H. Obermaier y el Conde de la Vega del Sella habían presentado, como solutrense, “el tipo de azagaya ligeramente arqueada con aplanamiento central para el enmangado” (si bien Smith cree que les existe un precedente en

<sup>79</sup> H. Breuil, *Les Subdivisions du Paléolithique supérieur...*, p. 38.

<sup>80</sup> Ph. E. L. Smith, *Le Solutrén en France*, p. 56.

<sup>81</sup> F. Jordá, *El Solutrense en España y sus problemas*, Oviedo, 1955, página 93; D. y E. Peyrony, *Laugerie-Haute, près des Eyzies (Dordogne)*, París, 1938, p. 39.

ejemplar individual de Laugerie-Haute)<sup>81</sup>, muy frecuente en los estadios superiores del Solutrense cantábrico. O bien algunas azagayas finas (mejor las llamaríamos punzones) de sección delgada y punta muy aguda, o espátulas con su extremidad redondeada... más los conocidos colgantes en concha (Jordá cataloga en Cantabria: *Dentalium*, *Turritella*, *Nassa*, *Littorina*, *Pecten*, *Cardium*...) o en dientes de animal (*Capra*, *Cervus*, *Vulpes*, *Canis lupus*, etc.).

De todos modos es preciso reconocer que el instrumental óseo solutrense ha sido con frecuencia subestimado ante la habilidad artesanal del trabajo del sílex, lo que parece explicar —en opinión de A. Cheynier— el descuido de los antiguos excavadores en recoger los tipos (tan “pequeños y frágiles”), “interesados como estaban por las magníficas realizaciones en piedra”<sup>82</sup>.

F. Jordá, en su estudio del Solutrense hispánico, establece en su evolución dos facies distintas (la cantábrica y la ibérica) que se escalonan en cuatro períodos sucesivos. La línea dinámica del instrumental óseo, en la facies cantábrica (en la ibérica apenas existe tecnología del hueso: si no es en el Parpalló) sería: presencia ya de las azagayas de aplanamiento central en la fase II, continuando —aunque en menor número— en la III; mientras que la facies ibérica del Solutrense español ofrece en el II unos punzones bicónicos, que alternarán en el III con otros de sección circular y base redondeada y darán paso, en el IV, a pequeñas azagayas de base monobiselada<sup>83</sup>.

Una visión más amplia de la evolución del instrumental óseo en el Solutrense puede plantearse a partir de la consideración de sus testimonios en tres importantes yacimientos franceses: Badegoule para los estadios Inferior y Medio, Le Placard y Le Fourneau-du-Diable para los Superior y Final<sup>84</sup>.

<sup>82</sup> A. Cheynier, *Comment vivait...*, pp. 144 y 146.

<sup>83</sup> F. Jordá, *El Solutrense en España...*, p. 183.

<sup>84</sup> Publicadas, respectivamente, por: A. Cheynier, *Badegoule. Station solutréenne et protomagdalénienne*, París, 1949; A. de Mortillet, *La grotte du Placard et les diverses industries qu'elle a livrées*, en las pp. 241 a 267 de “Actas del II Congreso Prehistórico de Francia”, Vannes, 1906; Ph. E. L. Smith presenta un estudio completo de Fourneau-du-Diable en su obra *Le Solutrén en France* (en pp. 236...).

En el *Solutrense "inferior"*, de Badegoule, A. Cheynier encontró una industria integrada fundamentalmente por puñales fabricados en cuerno de ciervo, por punzones trabajados en la extremidad de una esquirla ósea y por alisadores, retocadores, varillas con muescas a los lados, y hasta algunos "mangos" y "cucharas" (tipos excepcionales). El repertorio tipológico de este estadio cultural puede completarse con el grupo de cinceles en cuerno de reno, no decorados, del nivel 3 de la Grotte du Figuier, o los de Chabot y Oullins (las tres en el Ardèche); con los materiales decorados (de hueso, marfil o cuerno) de Laugerie-Haute (así el esbozo de escultura de un felino que aquí recogió Ph. E. L. Smith); o con las diversas piezas del yacimiento de Ruth.

Diversas series de rayados sobre los biseles de azagayas y punzones parece que, aun manteniendo una finalidad práctica de asegurar su más firme sujeción a un astil o mango, van agrupándose en conjuntos simétricamente dispuestos en haces paralelos. Las líneas (organizadas) en sentido oblicuo al del eje de la pieza mantienen la tónica (normal a lo largo de todo el Paleolítico Superior, según las sugerencias de Tchikalenko) de orientación dirigida del ángulo superior izquierdo al inferior derecho (colocada la pieza con su extremidad proximal abajo).

Los niveles correspondientes al *Solutrense Medio* en Badegoule presentan algunas puntas de hueso que intentan reproducir (sólo en forma general, no en cuanto a técnica de elaboración) los tipos líticos contemporáneos (como hojas de laurel, de sauce, de muesca, algunos dudosos buriles: hecho que parece que se deba mantener —aunque con precaución—, a pesar de la crítica enfrentada por Ph. E. L. Smith); y, además, puntas robustas de azagaya, alfileres (o puntas finas largas con abultamiento —como cabeza— en su extremo proximal), varillas redondeadas en ambas puntas, y unos peculiares cuernos gruesos trabajados en forma como de tapones (los "bouchons d'outre"). El estrato IIIb y FII de Isturitz pudiera asimismo corresponder a este momento (o II de la clasificación de Jordá). Se presentan en el importante yacimiento vasco-francés diversas azagayas de base monobiselada (algunas poseyendo sobre su cuerpo ranuras o surcos longitudinales) y bastantes biapuntadas (de sección circular), varillas simples y hasta



alguna posible punta de aplanamiento central (que serán características de los estadios centrales del Solutrense cantábrico; recogida la de Isturitz por E. Passemard), no dándose aún ni una sola aguja.

Subrayamos como peculiares del Solutrense II cantábrico las azagayas o punzones de aplanamiento —o “bisel”— central, elementos bien estudiados por F. Jordá<sup>85</sup>, que pueden singularizarse en los concretos del Cueto de la Mina.

En lo tocante a representaciones decorativas, este estadio medio del Solutrense hace general el empleo de dos hileras de líneas oblicuas que, conjugadas, forman series de “V”: pero notándose que los conjuntos de rayos en dirección ángulo superior izquierdo-inferior derecho son más regulares que los que siguen una orientación superior derecho-inferior izquierdo. Además de las estaciones ya citadas, poseen manifestaciones interesantes de arte mueble las cuevas del Parpalló, La Baume-Latrone y Ebbou: un tanto en la “periferia” del núcleo más característico del Solutrense.

El *Solutrense Superior* ve el advenimiento de la aguja de cabeza perforada. Sus testimonios son seguros (fabricados en hueso) en este estadio en Laugerie-Haute, Badegoule, Abri Lachaud, Pech de la Boissière y Ruth; y probables en Lacave, Les Jean-Blancs, Abri Ragout y Roc-de-Sers, llamando, en cualquier caso, la atención el que se concentran muy concretamente en una dimensión espacio-temporal, el Solutrense Superior antiguo de la Dordogne.

Surgen ahora, acaso, los primeros propulsores (cuyas citas no son demasiado seguras; en cualquier caso su reaparición se produciría en el Magdaleniense III) y conjuntos de azagayas de pequeño tamaño (como el grupo de monobiseladas del Parpalló). Del rico ajuar de la Grotte du Placard proceden, en excavaciones de A. de Mortillet, más de trescientas piezas óseas: entre ellas destacan los tipos gruesos como puñales, retocadores-compresores, mangos, yunques, etc. Con todo, el más importante yacimiento para el estudio del utillaje óseo en esta etapa es el del Fourneau-

---

<sup>85</sup> F. Jordá, *El Solutrense en España...*, pp. 177 a 180.

du-Diable (Dordogne); su conjunto nos muestra que el avance en la secuencia del Solutrense parece, también, subrayado por unas mayores abundancia total y variedad de esos instrumentos. El nivel inferior del Fourneau (clasificado por Smith como de "Solutrense superior I") ha proporcionado largas azagayas normalmente bicónicas (o sea, biapuntadas) de sección algo aplanada (siendo, a veces, su base no apuntada, sino redondeada) y cinceles de cuerno de reno, huesos apuntados, alisadores y variados huesecillos y dientes con muescas. El nivel medio del Fourneau ("Solutrense superior II") no muestra demasiados cambios tipológicos: sin embargo, algunas azagayas poseen ahora un aplanamiento en su zona central y bastantes tienen sobre su cuerpo incisiones lineares y "marcas de caza"; son en su mayoría de sección circular u ovalada. Como más característicos (con escasa repercusión en otras estaciones) destacaremos algunas varillas de muy pequeño tamaño, o unos curiosos colgantes en marfil con estrangulamiento ligero central (en forma de cacahuet); y numerosas puntas en extremo de epífisis, cinceles y toda suerte de colgantes (conchas, dientes, pequeños cilindros de hueso...). Como resulta evidente, este "Solutrense superior II" del Fourneau-du-Diable debe corresponder a la fase III de la sistemática de Jordá.

El *Solutrense Final* corresponderá al nivel superior del Fourneau-du-Diable ("Solutrense superior III", de Smith) y a los caracteres indicados por Jordá en el Solutrense cantábrico IV. El autor canadiense indica en este momento la aparición de las azagayas de base en bisel simple (aunque muchas mantengan sus bases apuntadas o redondeadas); las acompañan algunos escasos bastones perforados, unos mangos de cuerno y distintos objetos trabajados como en forma de falo. Debe, de todas formas, indicarse de nuevo que ya en el Auriñaciense avanzado se hallan certificadas algunas azagayas o punzones de base biselada. A los estadios últimos del Solutrense Superior o ya dentro del Final pertenecerán los materiales recogidos en el estrato IIIa de Isturitz: son azagayas biapuntadas de sección circular, y algunas de base en bisel incipiente; han desaparecido ya las de aplanamiento central de "estilo" cantábrico (mientras que en el período III de esa Costa aún continuaban, aunque en menor número que en el II);

siendo escasas las agujas, las varillas planoconvexas y, además, son toscos los grabados, bajorrelieves y esculturas en cuerno.

El Solutrense IV cantábrico ha visto desaparecer ya las azagayas biapuntadas y totalmente las de aplanamiento central.

El apogeo de las formas decorativas y figuradas en el Paleolítico Superior del Hombre de Cro-Magnon debe situarse —desde luego que para los objetos de hueso y, al parecer también, para las manifestaciones sobre plaquetas y cantos líticos o sobre las paredes de las cuevas— entre el Solutrense Superior y el Magdaleniense IV. Correspondiendo al Solutrense Superior Final francés, son buenos conjuntos los de Badegoule e Isturitz. Parece que, por esas mismas fechas, comienza a utilizarse un modo especial de modelado del relieve y volumen de las figuras mediante el rellenado por haces de rayas en determinadas partes mórbidas de los cuerpos animales.

El advenimiento de los grupos culturales del *Magdaleniense*, “la más francesa de las subdivisiones del Paleolítico Superior” en opinión de Breuil<sup>86</sup>, supone una extraordinaria diversificación —el máximo desarrollo— de las industrias óseas del Hombre de Cro-Magnon. No en balde, durante mucho tiempo, “Edad del Reno” fue sinónimo por antonomasia de Paleolítico Superior y —en especial— de cultura Magdaleniense: no tanto por lo que la presencia de ese Cérvico (en representaciones artísticas parietales o, muebles, y de sus restos en los depósitos estratificados) supone para el conocimiento y determinación de un ambiente climático y de unas peculiares actividades humanas venatorias, cuanto porque sus huesos y cornamenta son materia prima intensamente empleada en tecnología, “comparable ésta en muchos aspectos a la de los actuales esquimales”<sup>87</sup>. El Magdaleniense, en industria ósea, vive en parte de tradiciones anteriores cuyos tipos hereda y transforma: toda clase de azagayas y punzones, los bastones perforados, las varillas, las espátulas, variados colgantes... Y en parte crea formas nuevas (arpones, rodetes perforados, contornos re-

<sup>86</sup> H. Breuil, *Le Magdalénien*, p. 59 del “Bulletin de la Société Préhistorique Française”, 1954.

<sup>87</sup> L. Pericot, *Las raíces de España*, Madrid, 1952, p. 23.

cortados, algunos tipos de alisador), dando peculiarísima personalidad a elementos que —como la aguja o el propulsor— fueron inventados en épocas inmediatamente precedentes. Por otro lado, es extraordinaria la floración de toda suerte de artes aplicadas al hueso, marfil o cuerno: decoraciones geométricas, grabados figurados, bajorrelieves o esculturas exentas.

Llama la atención, a pesar de todas las variedades y escuelas, la asombrosa semejanza que en ocasiones poseen materiales tan separados unos de otros en el espacio. Así podemos sentirnos tentados —con L. Pericot— a pensar en el Magdaleniense hasta en “emigraciones a gran escala, lo que explicaría los paralelismos entre piezas de comarcas muy apartadas. Por ejemplo, el de los grabados de piezas de capas inferiores de Le Placard con los de Oicow, del Parpalló y del Castillo; el de los zigzags con trazos transversales de Altamira con otros aparecidos en el Périgord y en el Jura, etc.”<sup>88</sup>. El advenimiento del Magdaleniense señala, por su parte, la generalización de formas geométricas rectilíneas complejas: los dientes de sierra o en zigzags que cubren bastantes piezas (o en sentido longitudinal o rodeando sus bases; sueltos o en haces paralelos), así como las figuras angulosas que se disponen en series una junto a otra, a modo de zigzags de trazos interrumpidos. Las precisiones de L. Pericot sobre los materiales del Parpalló nos ilustran suficientemente sobre la evolución de tales motivos a lo largo del Magdaleniense I al IV.

Las primeras estructuraciones de la secuencia del Magdaleniense (completadas, que no rehechas, recientemente por observaciones deducidas del utillaje lítico sobre todo por F. Bordes y D. de Sonneville Bordes)<sup>89</sup> fueron elaboradas por H. Breuil siguiendo exclusivamente los materiales-directores de las industrias óseas: azagayas y punzones para los estadios I, II y III (a partir de estratigrafías de la Grotte du Placard) y arpones para los IV, V y VI (por materiales de La Madeleine)<sup>90</sup>.

Por la consideración de los elementos que se presentan en los primeros períodos de esa cultura se ha supuesto su relación con

<sup>88</sup> L. Pericot, *La Cueva del Parpalló...*, p. 304.

<sup>89</sup> D. de Sonneville-Bordes, *L'Age de la Pierre*, París, 1965, p. 108.

<sup>90</sup> H. Breuil, obras ya citadas, *Les Subdivisions...* y *Le Magdalénien*.

precedentes auriñacienses (mientras que el ajuar lítico parece más influido por lo gravetiense), sobre todo con el Auriñaciense Superior pirenaico: como, por ejemplo, la forma ancha y aplanada de los biseles de las azagayas del Magdaleniense inicial y el uso de las "marcas de caza"<sup>91</sup>. Si bien no se puede descartar la idea de una cierta continuidad de industrias óseas desde el Solutrense Superior (hasta el Magdaleniense III incluso), como sucede en Isturitz, donde acaso deba considerarse al Solutrense Final como nexo de unión o eslabón de una cadena evolutiva<sup>92</sup>. No podemos, con todo, olvidar la serie de peculiaridades (tanto en la secuencia estratigráfica como en los caracteres de sus conjuntos instrumentales) del Magdaleniense cantábrico que, en opinión de Jordá, permite pensar en el autonomismo relativo en que esta región vive durante bastantes épocas con respecto a los "hogares" franceses más próximos.

A H. Obermaier y a F. Jordá se deben los mejores intentos de precisar la dinámica particular del Magdaleniense cantábrico y de sus industrias<sup>93</sup>. Los seis grupos o períodos culturales aquí establecidos por Obermaier parten (como el esquema de Breuil) de la consideración de los tipos óseos:

- El a, con punzones o azagayas finas algo curvadas y con base en bisel que ocupa un tercio de la longitud de la pieza.
- b, con punzones de sección triangular o cuadrada.
- c, con punzones o azagayas ya mayores, de sección circular.
- d, con arpones de una hilera de dientes, con protuberancia lateral o con la base perforada.
- e, con arpones de doble hilera de dientes.
- y el f, ya sin arpones, pero —en sílex—, con disquitos raspadores que preludian el Aziliense.

<sup>91</sup> L. Pericot, *La Cueva del Parpalló...*, p. 304.

<sup>92</sup> R. y S. de Saint-Périer, *La Grotte d'Isturitz. III. Les Solutréens, les Aurignaciens et les Moustériens*, París, 1952, p. 261.

<sup>93</sup> F. Jordá, *Avance al estudio de la Cueva de La Lloseta*, Oviedo, 1958: en sus pp. 79 y 80 presenta un acertado resumen de la opinión de H. Obermaier y de sus propias precisiones a aquel esquema.

Frente a Obermaier, cree Jordá —siguiendo las observaciones de L. Pericot sobre la secuencia del Magdaleniense cantábrico<sup>94</sup>— que debieran agruparse en modo distinto:

- el a de Obermaier se relacionaría con el Solutrense Final (¿quizá con los inicios mismos del Magdaleniense III?).
- los b y c corresponderían al pleno desarrollo del Magdaleniense III y IV (sin que sea, la mayoría de las veces, posible determinar la exacta personalidad de este último en Cantabria).
- los d y e, respectivamente, son el Magdaleniense V y VI.
- en tanto que el f debiera catalogarse como Magdaleniense VIb o, mejor, VII o Protoaziliense.

Así, se hallan ausentes de las secuencias cantábricas los conjuntos industriales designados en Francia como Magdaleniense I y II.

Aun conscientes de las imprecisiones del esquema de Breuil (que él mismo confesara) recorreremos sus estadios para apreciar la dinámica de sus industrias óseas.

El *Magdaleniense Inferior* (comprensivo de los períodos I, II y III, y designado como “protomagdaleniense” por Cheynier)<sup>95</sup>, puede ser hoy aclarado —en cuanto a sus superposiciones— a partir de observaciones de instrumental lítico que H. Breuil no había examinado ni descrito con suficiente detención: a ello sirven los contenidos de los yacimientos contemporáneos de Badegoule, Les Jean-Blancs, Le Placard, Pech-de-la-Boissière, Laugerie-Haute, el Abri Pataud, Lachaud, Chancelade, Abri Ragout, etc., y, en España, el Parpalló.

Para el estudio de la evolución de las industrias óseas en estos periodos magdalenienses iniciales se presentan, sobre todo, muy

<sup>94</sup> *La Cueva del Parpalló...*, pp. 299 a 301.

<sup>95</sup> El término “protomagdaleniense” usado por Cheynier (como abarcando los Magdaleniense I, II y, á veces también, III) no debe confundirse con el Protomagdaleniense acogido hoy normalmente por todos, que debe situarse tras el Perigordien VI y antes del Solutrense antiguo: sobre el tema se ha escrito bastante; sólo se cita ahora el estudio de F. Bordes y D. de Sonneville-Bordes en *Protomagdalénien ou Périgordien VII?* (en páginas 113 a 122 del tomo 70 de “L’Anthropologie”, 1966).

aprovechables los ajuares de Placard, Badegoule, La Marche, Anglès-sur-Anglin, Lachaud, Laugerie-Haute y Parpalló.

En el abrigo de Laugerie-Haute, los Peyrony observaron una dinámica evolutiva que pasaba en el Magdalenense I por azagayas biseladas (de bisel puntiagudo y ligeramente convexo, a veces con rayas oblicuas o longitudinales), por diversas agujas y sencillos punzones y en el Magdalenense II por azagayas (que eran, en algunos casos, de sección triangular o aplanada) con base aguzada, y por ejemplares de bastones perforados, hasta llegar al Magdalenense III poseedor de una amplísima gama de piezas trabajadas en hueso y —sobre todo— en cuerno (azagayas cortas y anchas biseladas, con ranuras longitudinales; multitud de tipos con líneas rectas o con zigzags; varillas semicilíndricas con rayado oblicuo o cruzado sobre su cara plana o ventral; numerosas obras de arte mobiliario, etc.).

En general, los estadios del Magdalenense Inferior (I, II, III) ofrecen, frente a un escaso y no demasiado caracterizado complejo de industrias líticas, un conjunto de azagayas y punzones que tomaría como base H. Breuil para su clasificación evolutiva. También habrán de valorarse aquí las precisiones aportadas por A. Cheynier sobre sus propias excavaciones y estudios en Badegoule, Abrigos de Jolivet y Lachaud, estación des Gros-Monts (Némours), Grotte du Peyrat... Y —aunque aislada del conjunto de estaciones del Magdalenense Antiguo o Inferior— la expresiva secuencia del Parpalló<sup>96</sup>.

El *Magdalenense I* posee una reducidísima área de expansión territorial. Puede estudiarse adecuadamente en Badegoule, Beauregard, Le Placard, Laugerie-Haute Est (nivel I'), Pech-de-la-Boissière, Gorge d'Enfer, Les Jean-Blancs, los menos conocidos conjuntos de Saint-Fiacre y de la Cueva de Abzac; o los aún inéditos Abri del Blau excavado por J. Combier y Cueva de Houleau (en Guyenne). Y en el Parpalló, donde se ofrecen las piezas más características que señalara Breuil.

---

<sup>96</sup> Nos remitimos a los esquemas de H. Breuil aludidos y al artículo de A. Cheynier, *Le Protomagdalénien* (en pp. 64 a 66 del "Bulletin de la Société Préhistorique Française", 1954).

Los "fósiles-directores", o al menos los elementos más habituales en los niveles del Magdaleniense inicial, son: azagayas con sección bastante aplanada y base amplia, cuyo bisel suele hallarse estriado en espiga o en abanico (así en la espléndida colección del Placard; siendo estas azagayas de mayor tamaño en esa Cueva y más pequeñas en el Périgord; muy numerosas en el Parpalló), otras ligeramente arqueadas, como dudosa herencia tipológica de las del Solutrense Superior (las recogidas en la Costa Cantábrica de ese tipo corresponden ya a estadios iniciales del Magdaleniense III). A veces, tales azagayas son sustituidas por las de sección circular que no son tan abundantes como las de base en espiga (poseen su sección algo más gruesa, circular, y su estructura biapuntada o con bisel normal cubierto de haces de rayas oblicuas); no escasean tampoco los objetos de ornamento personal ni las manifestaciones, aún algo toscas, de arte mueble<sup>97</sup>. En contados ejemplares de agujas vería Cheynier el único lazo seguro de unión con los estadios inmediatamente precedentes (del Solutrense avanzado), pues ese especialista opinaba que el Magdaleniense inicial provendría del Norte, por inmigración<sup>98</sup>.

Las formas decorativas, en este período, suelen limitarse a la zona de los biseles, prolongándose en casos excepcionales sobre los costados del objeto (casi siempre sobre la misma cara correspondiente a la en que se sitúa dicho bisel, formando entonces líneas onduladas profundas que sirven de apéndice o prolongación al haz de rayas grabadas en espiga sobre tal bisel).

Evidencias del *Magdaleniense II* suelen darse casi siempre en los mismos lugares donde se hallaban representadas las industrias del I; así ocurre en el Parpalló, Les Jean-Blancs, en Laugerie-Haute Est (nivel I'') o en Le Placard. Sus caracteres se completan con el estudio de los estratos correspondientes de la Cueva de Maszycka

<sup>97</sup> Para la definición de los útiles óseos concretos que se citan en estas páginas sobre el Magdaleniense nos remitimos al catálogo tipológico de nuestra obra *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental...*, en sus páginas 287 a 353.

<sup>98</sup> A. Cheynier, *Le Protomagdalénien*, p. 64.



(en Oikow, Polonia), Sergeac, Raymondén-Chancelade, Roc-Saint-Cirq, Grabillat o Saint-Germain-la-Rivière. Cheynier opta por un origen oriental a esta cultura, a partir de sus precisiones sobre Grimaldi, Romanelli o los yacimientos palestinos. Lo cierto es que los hombres que desarrollaron el Magdaleniense II, como los del I, carentes de obras caracterizadas de arte mueble, "parecen constituir agrupaciones particularmente pobres desde el punto de vista técnico y artístico y sin individualidad cronológica"<sup>99</sup>. Más aún, se tiene la impresión, que algunos han certificado estadísticamente, de que los Indices fundamentales básicos del instrumental lítico quedan ya ahora fijados más o menos para todo el resto de la secuencia magdaleniense hasta sus momentos finales.

Las industrias óseas del Magdaleniense II varían poco con respecto a las precedentes. Las azagayas, de sección cilíndrica y algo gruesa, son cortas de longitud y presentan su base apuntada o en bisel (a menudo con "rayas de enmangue") y, comenzando su desarrollo, algunas sólo incipientes ranuras longitudinales (que, especialmente sobre las azagayas biapuntadas, se desarrollarán típicamente en el Magdaleniense III). Dicho bisel es ya a veces doble, observándose un progresivo empequeñecimiento de las piezas, con lo que, en algún momento determinado, resultará difícil distinguir por su tamaño las azagayas de los punzones. No se dan ya los tipos de base ancha, en lanceta, del periodo anterior. Varias azagayas de Laugerie-Haute Est mantienen una estructura ligeramente curvada que las asemeja a algunas de las precedentes del Magdaleniense I y del Solutrense Superior<sup>100</sup>. Abundan las agujas de hueso; hay también bastones perforados. Suelen aparecer (caso de Le Placard) piezas intermediarias con una hendidura en un extremo y doble bisel en el opuesto: se supone que servirían para empalmar un astil (al que se unirían por su doble bisel) con una azagaya de base biselada (que quedaría incrustada en la hendidura distal de estas piezas).

---

<sup>99</sup> A. Laming-Emperaire, *La signification de l'art rupestre paléolithique*, París, 1962, p. 57.

<sup>100</sup> D. de Sonneville-Bordes, *Le Paléolithique Supérieur en Périgord*, Burdeos, 1960, p. 341 y fig. 176.

A. Cheynier ha llegado a establecer un segundo estadio más reciente (llamado por él el IIb) en que se presentarían azagayas de muy variadas formas, dándose un aumento notable de su tamaño (lo mismo que sucede con las agujas): cual ocurre en el yacimiento de Saint-Marcel <sup>101</sup>.

Las manifestaciones artísticas de arte mueble son tan escasas y toscas como en el estadio anterior. Las azagayas y punzones del Parpalló presentan decoraciones lineares que se salen ahora de la reducida zona del campo del bisel para extenderse por el cuerpo de la pieza: en forma de rayas paralelas "a menudo con rayado transversal" y desarrollándose motivos ondulados en grupos paralelos.

El arribo del *Magdaleniense III* supone tan espléndida eclosión de las industrias del hueso que sólo suele pensarse en una cultura magdaleniense propiamente tal a partir de él. Cubre una vastísima extensión desde Polonia y Bohemia y Alemania meridional a toda la Europa del Sudoeste. Una visión cohesiva de la línea general de esas industrias óseas caracteriza tradicionalmente los estadios que van del III al VI, de este modo:

- Magdaleniense III o antiguo cantábrico: poseedor de puntas de sección circular y base monobiselada.
- IV o medio, con prototipos de arpones de dientes incipientes.
- V o superior, con arpones de una sola hilera de dientes.
- VI o final, con arpones de doble hilera de dientes. Suponiéndose al Aziliense como procedente en directo por evolución local del Magdaleniense Final cantabropirenaico.

El Magdaleniense III se halla adecuadamente representado en las estaciones francesas de Jolivet, Laugerie-Haute Est (estrato I'''), Cap-Blanc, Longueruche y en las parcialmente publicadas de Saint-Germain-la-Rivière o la de Solvieux. Breuil supuso que su centro de expansión, u hogar, se hallase en suelo cántabroaquitano, pareciendo proceder de viejas raíces anteriores al Magdaleniense "puesto que las azagayas que lo caracterizan se encuentran con

---

<sup>101</sup> A. Cheynier, *Le Protomagdalénien*, p. 65.

bastante abundancia no sólo en los niveles solutrenses subyacentes de esas zonas, sino hasta en los estratos de fines del Auriñaciense"<sup>102</sup>.

Su "fósil" tipológico más característico es una azagaya corta y algo ancha, monobiselada, con trazos longitudinales sobre su cara dorsal: esas piezas se hacen algo menores que en el Magdalenienense II, poseyendo unas su base apuntada (en vez de biselada). Junto a ellas continúan otras esbeltas y alargadas, biapuntadas. Tienen ahora su máxima expansión las ranuras longitudinales sobre el cuerpo de esas azagayas o punzones (a veces siendo dobles los surcos en cuestión): la finalidad de esas ranuras no es segura y se ha discutido largamente (Cheynier piensa que servirían para acoger microlitos que debidamente ajustados producirían un instrumento equivalente en lo funcional al posterior arpón de cuerno; idea que ya había sido expuesta antes por H. Breuil y R. Lantier). El mismo Cheynier afirma la presencia en el Magdalenienense III de biselares dobles sobre las bases de las azagayas: en cualquier caso no acumulan una entidad numéricamente notable. Las varillas planoconvexas (algunas hay de sección rectangular y cuadrada) aumentan asombrosamente en cantidad (lo que continuará sucediendo en el Magdalenienense IV y V, pareciendo que se rarifican —hasta su casi total extinción— en el Magdalenienense VI). Junto a esos tipos se dan algunos propulsores (si no el Solutrense Superior, sería éste el momento de su aparición; reservándose su gran expansión para el Magdalenienense IV) y los bastones perforados, de ya antigua tradición, sin que llegue a alcanzarse la profusión y riqueza de los motivos decorativos que sobre bastones y propulsores nos ofrecerá el período inmediato posterior. Junto a todos esos elementos hay láminas de hueso trabajadas como espátulas o bien como hojas de cuchillo (destacándoseles un mango, en ocasiones), decoradas con finos grabados geométricos; las agujas y raras puntas aguzadas en ambos extremos y con protuberancias laterales a modo de leznas... En algún caso excepcional (así en la Grotte du Placard) se

---

<sup>102</sup> H. Breuil-R. de Saint-Périer, *Les poissons, les batraciens et les reptiles dans l'Art Quaternaire*, París, 1927, pág. 4.

reproducen tipos de azagaya con bisel grabado en espiga, como sucedía en el Magdaleniense I <sup>103</sup>.

El conjunto de materiales de este momento en El Parpalló es muy numeroso: son 1.559 los fragmentos de industria ósea recogidos, lo que para Pericot "se debe sin duda a haberse llegado al apogeo de la actividad de la cueva". Nos parece sumamente elocuente la consideración de sus materiales como buen paradigma de la tecnología ósea contemporánea. Son las azagayas la cuarta parte del total (440 ejemplares exactamente), muchas de ellas biseladas con "biseles regulares, claros, de tamaño medio"; "característica es la aparición, o por lo menos la difusión, de las puntas o varillas largas de sección toscamente cuadrangular o rectangular" y del "acanalado o rayado profundo y longitudinal" (respectivamente, representado en 73 y en 41 casos). Los punzones de hueso (o sea, las esquilas aguzadas de base poco trabajada) llegan casi al centenar: "pero no se encuentran aquí los largos y bellos ejemplares de otros niveles; con frecuencia son pequeños y robustos, en algún caso casi cónicos". Se recogieron nueve agujas. La mayor parte de los grabados sobre hueso son rayas simples sin aparente función decorativa <sup>104</sup>.

Es en el Magdaleniense III cuando los grupos humanos del Pirineo francés y del Cantábrico se incorporan masivamente a esa cultura; sus principales establecimientos son los de Marsoulas, Isturitz, Castillo, Cueva del Río, Altamira, La Paloma, La Lloseta, La Cueva, La Pasiega, El Juyo, Cueto de la Mina, Bolinkoba, Lumentxa... <sup>105</sup>. Para J. González Echegaray, en su importante es-

<sup>103</sup> D. de Sonnevile-Bordes, *Le Paléolithique Supérieur...*, p. 333.

<sup>104</sup> L. Pericot, *La Cueva del Parpalló...*, pp. 84 a 87.

<sup>105</sup> Vid., respectivamente: L. Meroc-L. Michaut-M. Ollé, *La Grotte de Marsoulas (Haute Garonne)*, en "Bull. de la Soc. Mérid. de Spéleo. et Préhist.", Toulouse, 1948, pp. 296 y 297, donde recogen los materiales en hueso del Magdaleniense III de esa cueva pirenaica, que son riquísimos; H. Breuil-H. Obermaier-D. de Alba, *The Cave of Altamira at Santillana del Mar, Spain*, Madrid, 1935, pp. 192 a 194 y figs. 174 a 176; H. Obermaier-H. Breuil, *Les fouilles de la Grotte du Castillo*, en "Anthropos", Ginebra, XXIV-XXV, 1912-1914; C. de la Vega del Sella, *Paleolítico de Cueto de La Mina*, Madrid, 1916,

tudio sobre ese período en Cantabria, los caracteres que definirían sus industrias óseas son: como más típica la azagaya de sección cuadrada o rectangular (monobiselada a veces; o con rayas longitudinales sobre las caras menores), poseyendo en algunos casos muy características rayitas perpendiculares sobre su extremidad distal, junto a la punta; o son de sección triangular. Se muestran como perduración de los tipos solutrenses en la región las pequeñas azagayas algo curvadas con un bisel largo (de más de un tercio de la longitud total del instrumento), pensando González Echeagaray que se trata de “una forma local, término de la evolución de la azagaya solutrense con bisel en la parte central”, que —precisamente— conserva aún un ejemplo en el estrato correspondiente al Magdaleniense III de Altamira. Danse, además, frecuentes varillas planoconvexas, agujas, bastones perforados, alisadores, etcétera. Del Cueto de Lledías y de la Cueva del Castillo (en niveles atribuibles a este período) ha presentado Jordá algunas azagayas de base hendida: con este autor debemos también nosotros mantener nuestra inseguridad sobre los materiales de Lledías<sup>106</sup>. El contenido de Cueto de la Mina es rico en manifestaciones de motivos geométricos sobre la industria ósea.

Como conjunto ejemplar de estos grupos instrumentales puede presentarse el del Abrigo de Cap-Blanc, de una época algo avanzada, dentro del Magdaleniense III; “no posee ningún arpón, sino numerosas agujas, y punzones, láminas adelgazadas en hueso, robustos alisadores, azagayas de tipo fusiforme o con base monobiselada, mostrando a menudo profundas ranuras, viéndose asimismo bastantes varillas de sección semicilíndrica...”<sup>107</sup>.

El Magdaleniense III del Parpalló “carece de los motivos ante-

---

páginas 45 a 48 y figs. 15-16, y lám. XXXI-XXXII; J. González Echeagaray, *El Magdaleniense III de la Costa Cantábrica*, en “Bol. del Semin. de Est. de Arte y Arqueol.”, Valladolid, tomo XXVI, 1960, recogiendo los caracteres de sus industrias óseas en las páginas 84 a 87.

<sup>106</sup> F. Jordá, *Sobre las puntas de hueso de base hendida del Magdaleniense cantábrico*, en pp. 49 a 51 del “III Congr. Arquel. Nacional”, Zaragoza, 1955.

<sup>107</sup> G. Lalanne-H. Breuil, *L'Abri sculpté du Cap. Blanc*, p. 402 de “L'Anthropologie”, 1911.

riores, pero abunda en las series de zigzags cruzados formando aspas. Se hallan en la parte de la punta o en los biseles, y en este último caso coexisten con los rayados más simples que parecen tener un fin completamente utilitario al facilitar su fijación a un mango", según L. Pericot. En ese mismo estadio se observa la presencia de motivos más complejos que han sido interpretados por algunos (especialmente los fusiformes con rayado interior) como muestras esquematizadas de representaciones animales, sobre todo peces o reptiles; es el caso semejante de piezas de Marsoulas, Le Placard, Laugerie-Haute, Laugerie-Basse, Bruniquel o Altamira <sup>108</sup>.

En el *Magdaleniense IV* comienzan a ser considerados los arpones como elemento definidor para la secuencia cultural de toda la segunda mitad del conjunto magdaleniense: secuencia que sobre todo fue fijada a partir de las superposiciones halladas por L. Capitan y D. Peyrony en el yacimiento epónimo. A pesar de las facies regionales que en el Magdaleniense IV-V-VI pudieran señalarse (sólo a partir de contados elementos de la cultura material) hay que subrayar la "notable homogeneidad estructural" de todo él <sup>109</sup>. Este conjunto de culturas se extiende por la mitad meridional de Europa, en el Würm IV; mientras que el período IV del Magdaleniense sólo se ha certificado con intensidad en Dordogne-Pirineos (y apenas en Cantabria, Charente o Poitou), el V y VI ocupan una amplísima franja de terreno, produciéndose, al fin, hasta importantes núcleos en la Europa Central y Nórdica (así el Hamburguense, los conjuntos suizos de la zona de Basilea y Schaffhouse, el núcleo de Poggenwisch...). Debiéndose siempre mantener —conforme pensaba el Abate Breuil— que los orígenes de este Magdaleniense centroeuropeo han de buscarse en la región francesa del Sudoeste <sup>110</sup>. Eso mismo parece comprobarse en lo tocante

<sup>108</sup> Así en: H. Breuil-R. De Saint-Périer, *Les poissons, les batraciens...*, páginas 54 a 70; o L. Méroc-L. Michaut-M. Ollé, *La Grotte de Marsoulas (Haute Garonne)*, Toulouse, 1947, pp. 296 a 298.

<sup>109</sup> G. Laplace, *Recherches...*, p. 303.

<sup>110</sup> Es la tesis defendida por H. G. Bandi (*Die Schweiz zur Rentierzeit*, Frauenfeld, 1947), L. Zotz (*Altsteinzeitkunde Mitteleuropas*, Stuttgart, 1951) o H. Henning (*L'Art Magdalénien en Europe Centrale*, en el tomo 15 del "Bulletin de la Société de Préhistoire de l'Ariège", Tarascon, 1960).

a arte mobiliariar (con su cumbre en el Magdaleniense IV), ya que los períodos finales de la Edad del Reno constituirán una prolongación, sin aportar aparentemente nada nuevo, de tales grupos fundamentales de motivos decorativos: y ellos, conocido ya su máximo esplendor, no serán ya utilizados en las industrias óseas posteriores de la Prehistoria.

El Magdaleniense IV, o medio cantábrico, tiene excelentes testigos en los estratos correspondientes de La Madeleine, Grotte des Harpons (Lespugue), Saint-Michel-d'Arudy, Isturitz, el Mas d'Azil y, también, el Parpalló. Este período se halla asimismo en yacimientos de la "provincia mediterránea": por ejemplo, en el nivel 17 de la Grotta de Adaouste o en la Bora Gran d'En Carreras en Serriñá <sup>111</sup>.

Su "fósil director" más caracterizado lo constituyen los llamados prototipos de arpón (varillas de cuerno, menos de hueso, con dientes cortos y poco destacados en apretadas series uni y bilaterales), que son arpones formalmente, pero no tenemos tanta seguridad en que desempeñasen dicha función. Por otro lado, nos hallamos en el momento cumbre de la producción del arte mueble sobre marfil, cuerno de reno y hueso: figuras recortadas, ligeros bajorrelieves (los "champlevés" de Piette) y hasta figuras exentas de bulto; sus muestras pueden citarse a centenares, pero basta la sugerencia a las conocidas piezas del Mas d'Azil, Isturitz, Arudy, Brassempouy, o La Madeleine con su espectacular figura de bisonte volviendo la cabeza. Incluso pudiera ser realidad una ordenación evolutiva de esos "modos" artísticos, pero —claro es— eso sólo sería válido para los más abundantes y variados conjuntos citados. Los rodets perforados (o no) han de considerarse como otros "fósiles directores" algo seguros: aunque las excepciones a la exclusividad de pertenencia al Magdaleniense IV son frecuentes fuera del ámbito "clásico" de las culturas del Hombre de Cro-Magnon (según he mostrado en un estudio reciente sobre ese tipo industrial). Más validez para la datación del conjunto poseen los llamados tubérculos alineados para la decoración de las caras dorsales de tantas vari-

---

<sup>111</sup> L. Pericot, *Exploraciones arqueológicas en Serriñá (Gerona)* (p. 1 del tomo 1 de "Pirineos", Zaragoza, 1945).

llas semicilíndricas o sobre el cuerpo de las azagayas más gruesas. Vale la pena repasar aquí los conjuntos de industria ósea proporcionados por La Madeleine, Isturitz y el Parpalló.

El nivel de ocupación más antigua de La Madeleine dio un riquísimo ajuar de industrias óseas: la colección de arpones primitivos (la mayoría son trabajados sobre cuerno de reno, más uno en marfil y un par en hueso) muestra unos inicios de numerosísimos dientes muy apretados unos junto a otros o apenas formados por incisión somera de la superficie de la pieza, en tanto que alguna de sus bases se halla bifurcada como en distintas puntas o azagayas más características. En efecto, este tipo de punta de base ahorquillada (que Peyrony y Capitan recuerdan, asimismo, en el Magdaleniense IV de Laugerie-Basse y en Marseilles) parece ser un "fósil-director" secundario bastante seguro que pudo perdurar hasta en el Magdaleniense V del Pirineo como un préstamo o transmisión prolongada desde su "cuna" originaria, pues "el uso de las puntas de base ahorquillada parece haber nacido en las cavernas del Périgord, para de allí ser transmitido a las poblaciones del Pirineo central para ir a acabar al extremo occidental de la cadena de donde reaparecería en el propio Périgord ya bajo forma de una pequeña flechilla a fines del Magdaleniense"<sup>112</sup>. El resto de las azagayas de La Madeleine son en su mayoría monobiseladas (las que poseen base en doble bisel en general tienen mucho menor tamaño y grosor); las que parecen antiguas son de contorno casi losángico con base corta y van adornadas por hileras de trazos oblicuos. Tiene, asimismo, bastante frecuencia el Índice de cinceles fabricados a partir de una gruesa azagaya o varilla de cuerno que se corta en bisel en un extremo, mientras se le machaca el opuesto: siendo tipo que perdurará a lo largo de los tres últimos periodos del Magdaleniense occidental. El repertorio se completa con abundantes agujas, alisadores, varillas planoconvexas, propulsores, bastones, colgantes de dientes o conchas, discos o rodetes. Dentro de las formas artísticas habría de separarse en La Madeleine: el buen arte animalístico (grabados de caballos, el bisonte recortado lamiéndose

<sup>112</sup> L. Capitan-D. Peyrony, *La Madeleine. Son Gisement, son Industrie, ses Oeuvres d'Art*, París, 1928, p. 37.



el lomo, algún "contour découpé"...), los motivos especiales como las series de tubérculos en hileras simples o dobles longitudinales (lo mismo que en Isturitz) y las series de "V" o trazos pareados convergentes (lám. 6).

Los riquísimos niveles, tanto de la Grande Salle como de la Salle de Saint-Martin, de Isturitz (estratos E de Passemard; Ist I y S I de Saint-Périer) contienen, junto al inferior de La Madeleine, el más denso testimonio de ocupación humana en el Magdaleniense IV. Isturitz permite, según las observaciones de R. de Saint-Périer, separar hasta dos etapas sucesivas, especialmente interesantes para establecer la línea evolutiva de uno de los "fósiles directores" esenciales: la azagaya. En la base se dan azagayas-punzones de cuerpo cilíndrico o ligeramente carenado, sin decoración ni ranuras o surcos longitudinales, con amplio bisel no estriado en la base (tipo éste que pudiera empalmar con precedentes solutrenses); con ellas coexisten azagayas aguzadas en ambos extremos, rectas y delgadas o bien gruesas y arqueadas, con —a veces— ranuras dorsales o laterales, raramente con marcas ornamentales (se trata también de materiales de lejano ascendiente, quizá en un ejemplar del nivel Aurignaciense Superior de la Grotte des Rideaux-Lespugue); por último, habrá también aquí que señalar un tipo de azagaya corta y robusta de base redondeada (sin bisel, por tanto, o con bisel poco claro; o con fuerte carena por encima del bisel, en algunos casos), "forma frecuente en el viejo Magdaleniense de los Pirineos"; frente al Magdaleniense III en que (según J. González Echegaray) formarían uno de sus Indices más característicos, apenas hay ahora piezas de sección cuadrada o rectangular. En la parte superior de esos estratos del Magdaleniense IV de Isturitz se dan unas azagayas más alargadas, de bisel simple (estriado o no) más corto que antes; a veces el fuste aparece algo aplanado, llevando entonces una ranura o acanaladura central sobre sus caras (o bien formando como carena en un costado y presentando la ranura opuesta estriada), dándose en alguna ocasión una sección elíptica; menos frecuente es la azagaya de sección cuadrangular<sup>113</sup>. Apar-

<sup>113</sup> R. de Saint-Périer, *La Grotte d'Isturitz. II. Le Magdalénien de la Grande Salle*, París, 1936, pp. 54 a 56.

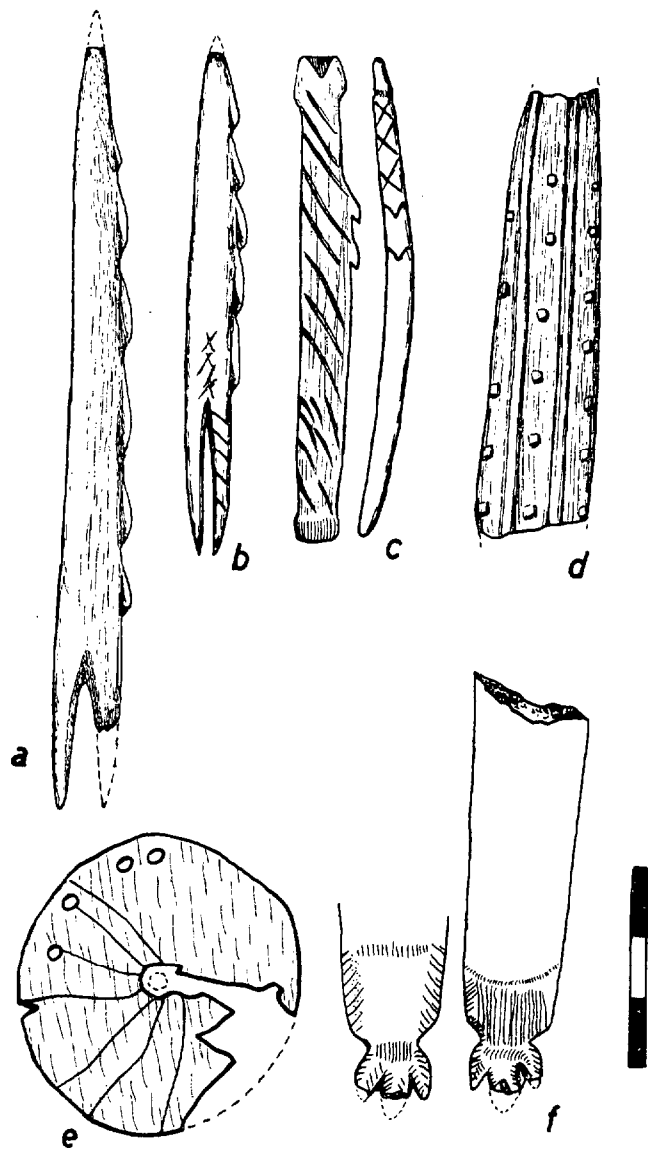


Lámina 6.—Magdaleniense IV de La Madeleine: *a*, *b* y *c*, prototipos de arpones; *d*, fragmento de varilla planoconvexa de cuerno, con decoración tuberculada sobre su cara dorsal; *e*, disco o rodete con cinco perforaciones; *f*, fragmento de pieza plana (alisador o espátula) acabado en estrangulamiento como "cola de pescado".

(De L. Capitan-D. Peyrony, 1928.)

te de ello en el denso tramo de ocupación de la cueva bajopirenaica se recogieron algunas azagayas con bisel inverso (es decir, en ambos extremos opuestos del tipo), bastones perforados (muy pocos poseyendo su extremidad distal trabajada como en falo; uno excepcional con hasta nueve agujeros en la cabeza en torno a la perforación principal), bastantes cinceles macizos de cuerno (o trabajados reutilizando fragmentos de gruesas azagayas rotas), medio centenar de agujas (de entre 32 y 108 mm. de longitud), bastantes puntas finas de cabeza abultada o "alfileres", medio centenar de rodetes o discos perforados, varios contornos recortados con representación de cabezas de caballos, colgantes en dientes (sobre 88:25 de reno, 22 de zorro, 20 de caballo, 5 de ciervo, etcétera) o en conchas (132 littorinas y ejemplares individuales de las demás). Entre las varillas planoconvexas de Isturitz, de anchura media, pueden destacarse dos categorías sumamente características de decoración (sobre la cara dorsal o convexa del tipo): en abultamientos o tubérculos, en hileras simples o dobles (hay más de un centenar de ellas en la cueva vascofrancesa), y en trazado geométrico curvilíneo (en especialísimo modo que sólo se conoce en Prehistoria en 30 ejemplares de Isturitz y en poquísimos más de otras estaciones del Pirineo francés del Magdaleniense IV). Entre los prototipos de arpones, los más antiguos poseen sus dientes apenas destacados; los posteriores los tienen pequeños, angulares y afilados, muy juntos, a un solo lado, o bien son ya más gruesos, curvos y separados. Destacaré el hecho de que los numerosísimos retocadores sobre esquirla ósea del nivel interesado tienen las muescas de uso en dirección perpendicular al eje mayor del instrumento: al estilo mismo de los más lejanos tipos del Musteriense <sup>114</sup>. El arte mueble posee en Isturitz algunas excelentes obras exentas.

Resulta también muy interesante el contenido del estrato correspondiente de la Cueva del Parpalló: las agujas son más numerosas que en el Magdaleniense III. "Completamente característico de este nivel es el tipo de punta o azagaya de bisel doble,

<sup>114</sup> W. Taute, *Retoucheure aus Knochen, Zahnbein und Stein vom Mittelpaläolithikum bis zum Neolithikum* (en pp. 76... del tomo 17 de "Fundberichte aus Schwaben", 1965).

del que hemos encontrado aquí 24 ejemplares...; a veces el bisel es corto, otras más largo, y en los mejores ejemplares presenta rayado en ambos biseles": son piezas robustas y con cierto perfil longitudinal carenado. Es también típica la varilla de sección planoconvexa con rayado oblicuo sobre la cara plana y grabados, a veces complejos, sobre la curvada. Tres ejemplares de prototipos de arpón (muy pequeños, desde luego) constituyen el factor decisivo en la determinación del momento cultural de todo el estrato<sup>115</sup>. En cuanto a los motivos decorativos no figurados, en el Parpalló (como en Dordogne-Pirineo) son adornadas las azagayas, los punzones y las varillas con signos geométricos variados: "series de aspas, zigzags, series de pequeños trazos u otros rayados en varillas, que recuerdan los supuestos signos alfabéticos de algunos autores"<sup>116</sup>.

Con todo ello, las industrias óseas del Magdaleniense IV parecen caracterizadas por:

1.º La abundancia y variedad de los tipos de azagayas (con base monobiselada, algo más larga que en el Magdaleniense III; de base apuntada; de base ahorquillada; de base en doble bisel, predominantes), con ranuras o surcos longitudinales, rellenos en ocasiones por pequeños trazos oblicuos; a veces cubiertas sus caras por hileras de tubérculos en relieve.

2.º Las varillas semicilíndricas o planoconvexas, con su cara plana o ventral decorada por estrías oblicuas (para asegurar su sujeción) y la dorsal o curva con motivos más o menos complejos (en el Pirineo francés, son curvilíneos profundamente incisos), apuntadas a veces por ambos extremos o con la base acondicionada por dos biseles oblicuos.

3.º Los prototipos de arpones, con abundantes y pequeños dientes iniciales.

4.º Los discos o rodets perforados que —al menos, en Pirineos y Dordogne— parecen bastante seguros "fósiles-directores" del Magdaleniense IV; y los "contours découpés" sobre hueso hyoides de caballo, en su mayoría.

---

<sup>115</sup> L. Pericot, *La Cueva del Parpalló...*, p. 94 y figs. 62-67 y 79.

<sup>116</sup> *Ibidem*, pp. 106 a 108.

5.º Los ricos propulsores y bastones perforados, con insuperables decoraciones animalistas en relieve.

6.º En general, las obras más complejas o naturalistas del arte figurativo en cuerno (relieve, bajorrelieve y esculturillas exentas). De tal modo que por la proliferación y calidad en el Pirineo de tales manifestaciones se ha llegado a pensar en la existencia aquí de una escuela local de arte mueble: tesis apoyada por bellísimas "réplicas" perfectamente datadas en cuanto a situación estratigráfica y cronológica <sup>117</sup>.

No sería extraño, en ese mismo sentido, que las formas más desarrolladas del arte rupestre parietal correspondiesen a estos estadios del Magdaleniense IV.

En la Costa Cantábrica, sin embargo, el período que estamos ahora considerando tiene poca densidad: sus niveles representativos deben ser los correspondientes del Cueto de la Mina, Balmori o la Cueva de la Lloseta, según las apreciaciones de F. Jordá. En la polémica sobre la posible inclusión aquí del estrato II de la Cueva de la Paloma (que excavara E. Hernández Pacheco), me siento inclinado por la afirmativa: basándome en algunas piezas aún inéditas del Museo Nacional de Ciencias Naturales, cuya publicación tengo bastante adelantada. En el Magdaleniense Medio cantábrico son elemento característico las azagayas o punzones de base ahorquillada. Se notan aquí más abundantes testimonios de industrias óseas toscas: como huesos largos de Bos-Bison, Cervus, Equus..., afilados en un extremo que Jordá considera "resultado de una industria local o regional" que se pudo producir por evolución "in situ", y —aislada en esos momentos casi por completo de las zonas pirenaicas y perigordinas, donde se produce el buen Magdaleniense IV— recibirá muy pocos de los elementos característicos de allende el Pirineo <sup>118</sup>.

Las industrias óseas del *Magdaleniense V* o Superior cantá-

<sup>117</sup> G. Malvesin-L. R. Nougier-R. Robert, *Sur l'existence possible d'une école d'art dans le Magdalénien Pyrénéen* (en "Congrès des Sociétés des Savantes", Toulouse, 1953). Subrayando su idea en L. R. Nougier-R. Robert, *Scène d'Initiation de la grotte de la Vache à Alliat*, en tomo 23 del "Bull. Soc. Préhist. de l'Ariège", Tarascon, 1968, p. 96.

<sup>118</sup> F. Jordá, *Avance al estudio...*, pp. 29, 30 y 85 a 87.

brico, pueden estudiarse bien, además de en los estratos del yacimiento epónimo, en los del Abrigo de Fontalés, en Isturitz, en el Abri Chinchon y en alguno otro más oriental de Francia (La Salpetrière, Pont de Entrecieux, Cueva de Dos Avenas).

El estrato medio de La Madeleine contiene un característico conjunto de arpones de una sola hilera de dientes largos y destacados, de diversos tamaños (los arpones de la parte inferior del estrato poseen unos dientes angulosos, cuyo borde forma línea paralela al eje del instrumento; en tanto que en los de la zona más alta las puntas de sus dientes están más separadas de ese eje instrumental y son normalmente convexas); esos arpones muestran sus bases con un simple abultamiento lateral, cónico; sólo dos o tres la poseen trabajada en forma de bisel. Es dato muy importante el de la presencia aquí de un pequeño arpón con doble hilera de dientes: para evitar toda sospecha de contaminación debe destacarse que se recogió en la misma zona media del espesor del estrato. Las azagayas de la época, en La Madeleine, son en su mayoría de base en doble bisel (de muy raras deben calificarse las monobiseladas); hay bastantes bastones perforados de tamaño mediano; algunos propulsores con decoración en relieve de representaciones animales; varillas semicilíndricas con figuraciones muy importantes; además, los normales utensilios más burdos: cinceles y alisadores, algún "anzuelo" o punta de delgada sección, colgantes... Lllaman la atención —por su excepcionalidad— los llamados tridentes u horquillas de hueso (los tres de La Madeleine pueden ponerse junto a tipos semejantes del Abri Mège de Rocamadour o a los de la Cueva de Marseilles).

El estrato I de Isturitz corresponde, también, a este Magdaleniense Superior y posee un conjunto rico y bien definido de tipos óseos concretos: abundantes cinceles, azagayas gruesas que van evolucionando a lo largo del estrato, un notable conjunto de puntas o azagayas de base ahorquillada (tipo éste que se daba ya en el Magdaleniense IV y adquiere ahora una entidad muy interesante: sólo en la Grande Salle R. de Saint-Périer recogió dos centenares largos del instrumento; su longitud oscila entre los 50 y los 200 mm.), abundantes varillas estrechas no decoradas (a no ser con estrías oblicuas paralelas sobre la cara ventral), dientes y

moluscos perforados, y muestras escasas de arte figurativo exento. Los arpones (elemento director importante) presentan, en la zona inferior del estrato, filas unilaterales de dientes pequeños y numerosos, mientras que los más recientes ofrecen a veces doble hilera de dientes (que, siempre, son ya más espesos), aplanándose ligeramente la sección del eje de la pieza.

Los yacimientos belgas, alemanes y acaso alguno de los suizos presentan ahora conjuntos instrumentales de bastante interés. Entre ellos deben destacarse las estaciones de los Trou de Chaleux y du Frontal (en Bélgica): con azagayas de base en doble bisel (muchas de sección cuadrangular), abundantes agujas, varillas aplanadas, muchas conchas perforadas, ni un solo arpón y un par de "azagayas" (en el Trou de Chaleux) con base en doble bisel y extremo distal bífido, al estilo de aquellos elementos intermedios del Magdaleniense antiguo de Le Placard.

Los arpones, que habían comenzado en el estadio anterior, son ahora importantes "fósiles directores". Suelen tener una sola hilera de dientes (pequeños, muy juntos y numerosos al principio; largos, algo curvados y en menor número, después) y, en casos ya tardíos, comienzan a presentarse los dotados de doble hilera. A los ejemplares de arpones de doble hilera de dientes en el Magdaleniense V, ya expuestos, habremos ahora de añadir uno procedente del yacimiento belga de Goyet (recogido junto a un bastón perforado y con decoración, en un medio stratigráfico que mejor encaja en el Magdaleniense Superior que en el Final). Otros elementos de las industrias óseas son también dignos de consideración global o comprensiva: ciertas varillas, algo gruesas, parece que se utilizan como cinceles o compresores para el trabajo del sílex por retoque; las azagayas tienen ahora una sección circular y su base normalmente trabajada en bisel (aumentando progresivamente los biseles dobles, a partir del fuerte impulso inicial del período inmediato anterior), son bastante delgadas y largas, y carecen, casi siempre, de ranuras o incisiones longitudinales; los tipos de base ahorquillada se multiplican asombrosamente en algunas estaciones (así sirve el ejemplo colacionado de Isturitz). Siguen manteniéndose las varillas de sección planoconvexa, pero con una decoración ya (manteniéndose el rayado oblicuo de su cara

plana) menos compleja (y tendiendo a la estilización) que en el Magdaleniense IV. Disminuyen —hasta su casi completa extinción— las formas artísticas muebles en relieve, los contornos recortados y hasta los propulsores.

Aun admitiendo posibles localismos (y, por ello, las dificultades de aplicación de sus propios módulos tipológicos a otras “áreas” culturales más o menos remotas) quiero insistir en la evolución que —según los Saint-Périer— se observa en algunos tipos concretos a lo largo del espesor del estrato correspondiente al Magdaleniense V, en Isturitz: mientras que en las zonas inferiores son los punzones y azagayas de tamaño corto y con bisel simple (poseen todavía rayas o surcos longitudinales, en bastantes casos), hacia el centro se dan las bases trabajadas en doble bisel sobre piezas de sección circular (a veces cuadrada) y en los estadios finales del período presentan esa base simplemente redondeada. Evolución notable —ya observada genéricamente por H. Breuil— se produce en los arpones de Isturitz.

En la Costa Cantábrica se pueden estudiar interesantes peculiaridades; la más notable es la presencia de una perforación en la base de algunos arpones (tipo denominado “cantábrico”); por otra parte, no se coincide exactamente con los conjuntos instrumentales teóricos propuestos como ejemplares en Pirineos-Dordogne: las azagayas son generalmente de base monobiselada y poseen acanaladuras longitudinales; dándose unas formas decorativas de tipo geométrico o figurado con estilizaciones.

En este Magdaleniense V estamos, pues, viviendo el momento posterior inmediato al de la máxima expansión del instrumental óseo del Hombre de Cro-Magnon. Se mantienen aún la mayor parte de los tipos, siguen todavía evolucionando unos cuantos, pero comienza ya a vislumbrarse el final de este haz de manifestaciones de cultura material, cuyo último episodio se incluye en el período inmediato, el Magdaleniense VI. Hasta en las formas de arte se nota una regresión de los modos más complejos de representación en bulto exento o en bajorrelieve a los más simples grabados <sup>119</sup>.

Durante el *Magdaleniense* VI, o Final, liquidándose ya el Würm

<sup>119</sup> H. Breuil-R. de Saint-Périer, *Les poissons...*, pág. 3.



IV, seguirán los grupos humanos paleolíticos desarrollando una variada cultura material (tanto en abundancia como en variedad de tipos; o en su difusión espacial); sin que pensemos que ahora se produzca en la Costa Cantábrica cualquier tipo de disminución demográfica o cultural <sup>120</sup>.

Se considera tradicionalmente al arpón de doble hilera de dientes como guía seguro en el Magdaleniense VI: véanse —entre otros muchos— los ejemplares de Limeuil, Reilhac, Montastruc-Bruniquel, Le Souci, Abri Plantade, Lortet, Lourdes, Isturitz, Laugerie-Basse, Massat, Mège, Abri Murat de Rocamadour, etcétera. Es preciso hacer constar que se dan en bastantes yacimientos de este período con mayor abundancia (incluso) los arpones que poseen una sola hilera de dientes que los que la tienen doble: así sucede, por ejemplo, en los yacimientos cantábricos de La Chora, Bricia, El Pendo, Cueva del Valle o Urtiaga; con lo que la casi tópica afirmación de los prehistoriadores franceses de asociación de las piezas de una hilera al Magdaleniense V y de los de doble al VI habrá de ponerse, en principio, en discusión <sup>121</sup>. Tampoco es

<sup>120</sup> F. Jordá, *Sobre técnicas, temas y etapas del arte paleolítico de la Región Cantábrica*, en "Zephyrus" XV, Salamanca, 1964, p. 7; frente a él, se subraya la importancia de los estadios finales del Magdaleniense en: I. Barandiarán, *Sobre la tipología del arte rupestre paleolítico*, en Vol. I de "Estudios de Arqueología Alavesa", Vitoria, 1966, p. 72; y *Notas sobre el Magdaleniense Final en la Costa Cantábrica*, en "Caesaraugusta", 25-26, Zaragoza, 1965, especialmente pp. 42 a 44 y fig. 1.

En la región del Jura meridional francés, por ejemplo, son mucho más abundantes los niveles de este Magdaleniense VI que los de otros períodos anteriores de la misma cultura: R. Desbrosse, *Les gisements magdaléniens du Jura méridional français*, comunicación presentada al "VII Congr. Internat. des Sc. Préhist. et Protohist", el 25 de agosto de 1966, Praga.

<sup>121</sup> A modo de ejemplo de estas afirmaciones tópicas: L. Capitan-D. Peyrony, *La Madeleine. Son Gisement, son industrie, ses oeuvres d'art*, París, 1928, pp. 103; H. Breuil, *Les subdivisions du Paléolithique...*, ed. de 1937, página 40; H. Breuil-R. Lantier, *Les Hommes de la Pierre...*, ed. de 1959, página 189; R. Lantier, *La Vie Préhistorique*, París, 1961, p. 50. Frente a ellas J. Carballo-J. González Echegaray, *Algunos objetos inéditos de la Cueva del Pendo*, p. 40; J. González Echegaray, *El Magdaleniense III...*, p. 99; J. González Echegaray-M. A. García Guinea-A. Begines, *Cueva de La Chora (Santander)*, núm. 26 de "Excavaciones Arqueológicas en España", Madrid, 1963, pp. 450..., mantienen que "en el Magdaleniense VI de la costa cantá-

tan general como se ha pretendido la desaparición de las varillas de sección planoconvexa a mediados del Magdaleniense Final: así el yacimiento de Urtiaga posee más de una quincena de esos tipos en este momento.

Realmente, estas observaciones de divergencias en el Cantábrico con respecto a las normas generales de evolución cultural del conjunto magdaleniense sugiere adecuadamente el tema de las múltiples facies regionales que pudieran distinguirse dentro de su aparente cohesión uniformante externa. Fases estas regionales en las que, a no dudar, se halla precisamente una justificación a la proliferación —por evolución local o “in situ”— de las diferentes culturas que cubrirán Europa en los tiempos mesolíticos. Así, a modo de ejemplos, señalaríamos, junto a esta facies cantábrica (cuyo exponente más característico pudieran ser los arpones de base perforada): la personificada por J. Combier como “Sudrodaniense” que —manteniendo las formas líticas esenciales (así en el Abri du Colombier) de la región “clásica” del Périgord— incluye una serie de arpones peculiares de una sola hilera de dientes angulosos y muy juntos (del tipo llamado “de Oullins”, por los de este yacimiento, más los de Saint-Vérédème, Souilhac, Laroque, Abrigo número 1 de Chinchón)<sup>122</sup>, o la facies suiza (de Veyrier, Schweizersbild, Moosbühl, Kesslerloch o Brügglihöhle) con arpones de muy pequeño tamaño. Es posible que ello sea debido a que las relaciones culturales no son demasiado intensas durante el Magdaleniense Superior y Final entre la Dordogne y las regiones periféricas (Tarn-et-Garonne, Pirineos, Cantabria; y no digamos nada ya del mundo mediterráneo) o las más alejadas de la cuenca del Ródano o de Suiza y Alemania meridional. Por lo que ahí los elementos nuevos recién incorporados a un utilillaje (que son, precisamente, los que con más interés son observados por tipólogos y excavadores) o llegan escasamente, o no llegan o lo hacen con un notable retraso.

brica abunda aún más el arpón de una sola hilera, tipo Magdaleniense V, que el propio arpón de dos hileras”. Un resumen bastante completo de los arpones magdalenienses de ese periodo en esta zona, en M. W. Thompson, *Azilian Harpoons*, en “Proceedings of the Prehistoric Society for 1954”, Londres, especialmente las pp. 193 a 195 y la fig. 1.

<sup>122</sup> J. Combier, *Le Paléolithique de l'Ardèche...*, p. 356 y mapa 172-173.

Además de los yacimientos citados y los estratos de La Madeleine, hemos de destacar, para el conocimiento de la dinámica teórica del Magdaleniense VI, la trascendencia del conjunto de materiales óseos de Rochereil, imperfectamente publicado <sup>123</sup>, y, en menor grado, los ajuares de Villepin, Chateau des Eyzies (nivel inferior), Poeymaü, Abri Mège, Grotte de la Mairie, Chinchon, Pont d'Entrecheaux, Saint-Romain, Grotte de Bibi, Charasse número 1, Roquefure, Soubeyras..., estudiados estadísticamente en su mayoría —en lo tocante a tipología lítica— por G. Laplace <sup>124</sup>.

El nivel correspondiente de La Madeleine proporcionó a Capitan y a Peyrony, sus excavadores, un conjunto numeroso de arpones; son generalmente de doble fila de dientes (mientras que en los más antiguos del período las puntas de esos dientes apenas se separan del eje, los superiores los tienen bastante destacados), dientes que casi siempre portan sobre sí un surco —o varios— en el sentido de su eje. Las azagayas de La Madeleine —como antes— son normalmente de base en doble bisel; también ahora se ha recogido una de esas piezas intermediarias (de base en doble bisel y extremo distal bifido) y bastones perforados, alisadores, dientes, conchas perforadas. De dos hechos quiero llamar la atención: de la desaparición de las varillas semicilíndricas que antes (Magdaleniense IV y V) tanto abundaban, y de la presencia de muy numerosos cinceles ("ciseaux-poussoirs") con decoraciones más o menos esquemáticas, trabajados sobre cuerno de cérvido. Debe indicarse, además, el aspecto de estilización decadente que asumen las representaciones —ya escasas— de animales (caballos, por ejemplo, con una cabeza desproporcionadamente grande) y los llamados "pisciformes" reducidos ya a su expresión más abstracta.

El estrato Ia de Isturitz y la zona superior del FI (de las excavaciones de Passemard) ha proporcionado un escaso conjunto de industrias óseas: hasta cuatro azagayas de base ahorquillada (recogidas por los Saint-Périer), alguna varilla de sección planoconvexa... Los arpones más antiguos de este Magdaleniense Final son de sección circular y poseen hilera simple o doble de angulosos dien-

<sup>123</sup> P. E. Jude, *La Grotte de Rochereil. Station magdalénienne et azilienne*, París, 1960.

<sup>124</sup> En la citada *Recherches...*, pp. 301 a 303.

tes; mientras que los más recientes son ya de sección aplanada y comienzan a sugerirse perforaciones en ojal (de un medio cultural que habremos ya de denominar "protoaziliense").

El nivel II de Rochereil es importante, para este período, por su

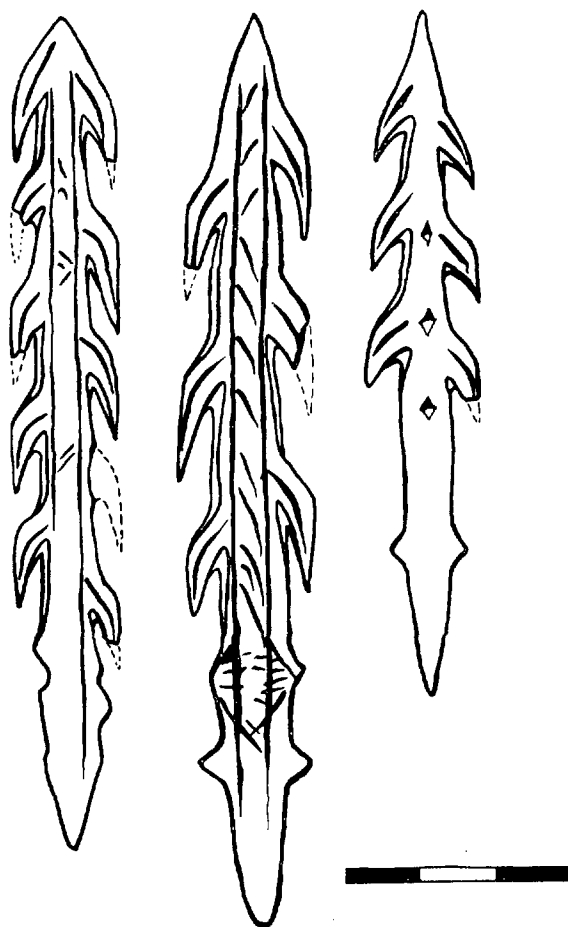


Lámina 7.—Arpones de doble hilera de dientes del Magdaleniense VI de Rochereil (de P. E. Jude, 1960).

contenido en objetos trabajados sobre cuerno de reno. Hay hasta dieciocho arpones completos de doble hilera de dientes (en general de tamaño mediano), casi un centenar de agujas, cuatro anzuelos, medio centenar de punzones, cinco bastones perforados de base en

doble bisel, y —lo que es muy importante como posible fósil secundario del período— hasta 129 cinces gruesos, de los que cuarenta poseen grabados estilizados sobre sí.

Hechas tales precisiones, pasaremos a considerar aspectos de tipo general sobre estas industrias óseas finales del Hombre de Cro-Magnon (lám. 7).

El estudio detenido de los arpones, en su evolución, puede servir de base explicativa de los mecanismos de génesis de lo mesolítico —especialmente lo aziliense— a partir de unas variedades locales o regionales del Magdaleniense Final<sup>125</sup>. En el Magdaleniense VI, los dientes de los arpones suelen ser en general más angulosos y destacados del cuerpo (incluso en su base tienen menos grosor que la zona en que se insertan) que en el Magdaleniense V o Superior; se observa, también, un aplanamiento ligero de las secciones trasversas de los arpones como un anuncio de los tipos planos azilienses; mientras que la “vuelta” a los tipos de hilera simple parece ser algo intensa en la segunda mitad del Magdaleniense Final. En los estadios últimos del Würm IV se producen algunos ejemplares minúsculos de tamaño que acaso tengan que ver (si admitimos la tesis) con la desaparición paulatina del reno por esas fechas y latitudes: de modo que el cuerno de los otros Cérvidos no permitirá la realización de arpones ni tan robustos ni tan largos, por ser menor su grosor aprovechable. Ello se resolverá entonces por el aplanamiento de las secciones del arpón magdaleniense final (y en forma total ya en el Aziliense) ahora sólo esporádicamente. Prefiriéndose, se piensa, la solución de reducir su tamaño general: de lo que pueden servir como ejemplos uno de 53 mm. de longitud total procedente de La Madeleine y otro de sólo 35 del Nivel Magdaleniense VIb

---

<sup>125</sup> Las bases para el estudio de la evolución del arpón magdaleniense al aziliense (en el período llamado “Proto-Aziliense”) pueden hallarse acaso en los ricos conjuntos de las Cuevas del Ariège, de La Vache y de Montconfort (excavada ésta por F. Regnault), en los del Mas d’Azil, o en el Pendo, Cueva Morin, Peyrat... La tesis más difundida es la que supone que el arpón aziliense se produce a partir del tipo magdaleniense “cantábrico” de base perforada. Se han distinguido, entre otros, en estos estudios Galy-Nougier-Robert, en 1961-62.

(o VII, ya) de la Grotte des Harpons (en Lespugue) <sup>126</sup>. En otros casos, en ausencia del reno, habrá de echarse mano de algún otro Cérvido de gran envergadura, como sucede en el Magdaleniense VIb de Peyrat (¿es de talla "gigante" el *Cervus elaphus* del Cantábrico?), donde hay arpones "en cuerno de ciervo, probablemente megaceros, como un gran punzón obtenido de un canon posterior. Este animal se halla muy bien representado en este nivel, en el que apenas hay nada de reno (según determinación de J. Bouchud) <sup>127</sup>.

No es extraña la existencia de niveles de transición del Magdaleniense Final al Aziliense: transición que ocurre de modo insensible. Así en Isturitz, donde no sólo no se rompe la unidad estratigráfico-sedimentológica, sino que se presentan formas, en un medio Magdaleniense Final, "protoazilienses"; como los arpones de sección algo aplanada y perforación ya en ojal del nivel C (Magdaleniense VII o terminal) del Abrigo núm. 1 de Chinchon, o los ricos materiales de La Vache <sup>128</sup>. Del excelente estudio de G. Malvesin-Fabre, L. R. Nougier y R. Robert <sup>129</sup> puede seguirse una precisa línea de evolución teórica del tipo "arpón": válida al menos para la zona central del Pirineo (y creo que también para la Costa Cantábrica) desde el Magdaleniense Superior y Final al Aziliense. La sucesión dinámica del tipo pasaría por estos estadios:

- 1, arpón de sección circular con doble protuberancia basal bilateral, de forma cónica; 2, arpón de sección circular con simple protuberancia de forma triangular o subtriangular (aplanada, pero no perforada); 3, ídem, pero con esa protu-

<sup>126</sup> Publicados, respectivamente, por G. y A. de Mortillet en su *Musée Préhistorique* (París, 1881, fig. 2), y por G. Galy en *Notule sur un harpon magdalénien inédit* (en pp. 61-62 del tomo 16-17 del "Bull. Soc. Préhist. de l'Ariège", Tarascon, 1962).

<sup>127</sup> A. Cheynier, *Considerations sur le passage du Magdalénien à l'Azilien* (pág. 137 del tomo 63 del "Bulletin de la Société Préhistorique Française", 1966).

<sup>128</sup> M. Paccard, *Rares harpons en os du Vaucluse* (pp. 58 a 61 del tomo 55 del "B. S. P. F.", 1958).

<sup>129</sup> G. Malvesin Fabre-L. R. Nougier-R. Robert, *Le Proto-Azilien de la Grotte de la Vache (Ariège) et la genèse du harpon azilien* (en pp. 35 a 47 del tomo 5 del "Bull. Soc. Préhist. de l'Ariège", Tarascon, 1951).

berancia ya perforada a modo de un arete u orejeta desplazada; 4, ídem, con tendencia al aplanamiento de la sección; 5, arpón de sección aplanada con carena notable en una de sus caras (o nervadura ancha longitudinal) y con perforación lateral circular en la base; 6, ídem, con la perforación lateral tendiendo a centrarse; 7, va desapareciendo la nervación o eje central, en tanto que la perforación —ya centrada— comienza a alargarse en forma de ojal; 8, arpón aziliense característico (lám. 8).

Aparte de ello esos autores han insistido en lo que técnicamente suponen unas operaciones de “barrenado” (“taraudage”) que son sustituidas por las de “burilado” (“burinage”) en la ejecución de las perforaciones: de circulares a en forma de ojal. Sin que apenas dediquen atención a la posible relación de la hilera simple o doble de dientes con esa evolución de los tipos. De gran importancia considero su observación sobre eficiencia de la carena o nervadura de aquellos arpones de transición que es abandonada por la sección ya plana de los azilienses. En cuanto a la disputadísima cuestión del influjo de la materia prima sobre la tipología de los arpones, se deciden por la suposición en Cantabria de cuernos de un ciervo de gran envergadura hoy desaparecido <sup>130</sup>.

Son, también en el Magdaleniense VI o Final, muy abundantes en Francia los cinceles-compresores (en Berroberría ha hallado recientemente uno J. Maluquer de Motes, de bella traza), fabricados en cuerno y poseedores de decoraciones estilizadas a veces de difícil interpretación. Los punzones o azagayas tienen (según hemos observado directamente en el importante conjunto de Urtiaga: hasta acudiendo a criterios estadísticos) generalmente su sección circular (son el triple los de esa clase sobre los de sección cuadrada; hay poquísimos de sección triangular), dándose frecuentes bases trabajadas en doble bisel y pocas azagayas biapuntadas; en una proporción que no llega a un 10 por 100 se pueden observar restos de surco o hendidura longitudinal (lám. 9).

---

<sup>130</sup> *Ibidem*, p. 45.

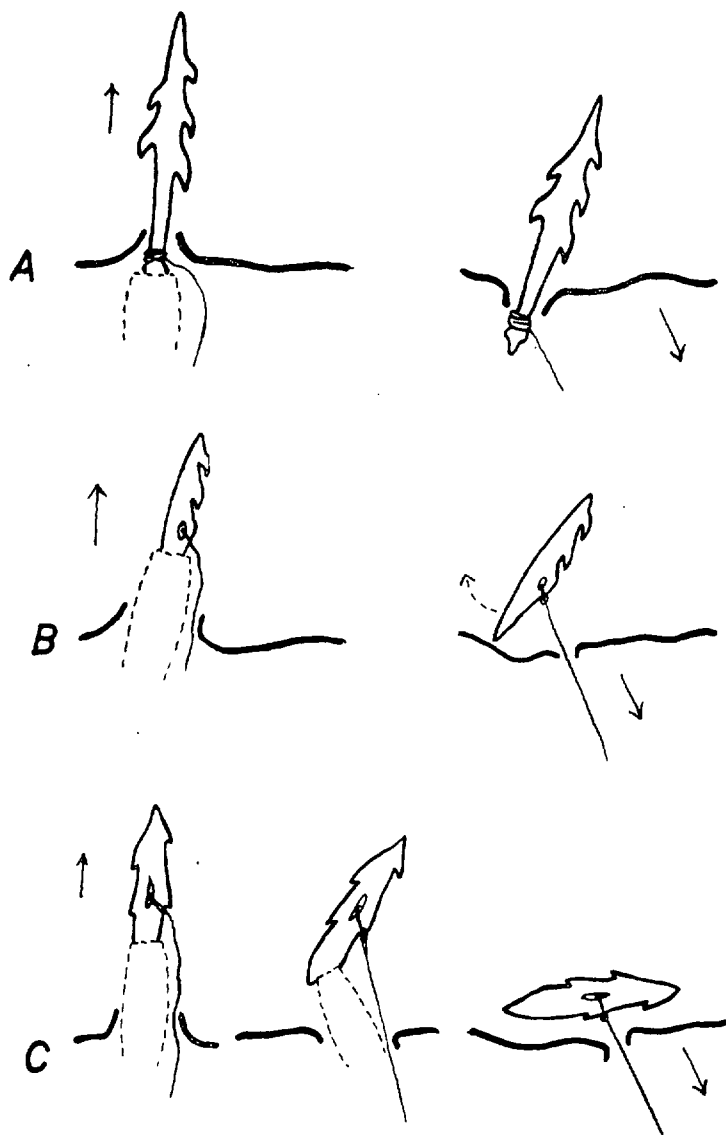


Lámina 8.—Diagrama de M. W. Thompson (1955) ilustrando el modo de utilización de los distintos tipos de arpones: A, normal del Magdaleniense final; B, de tipo cantábrico; C, aziliense.



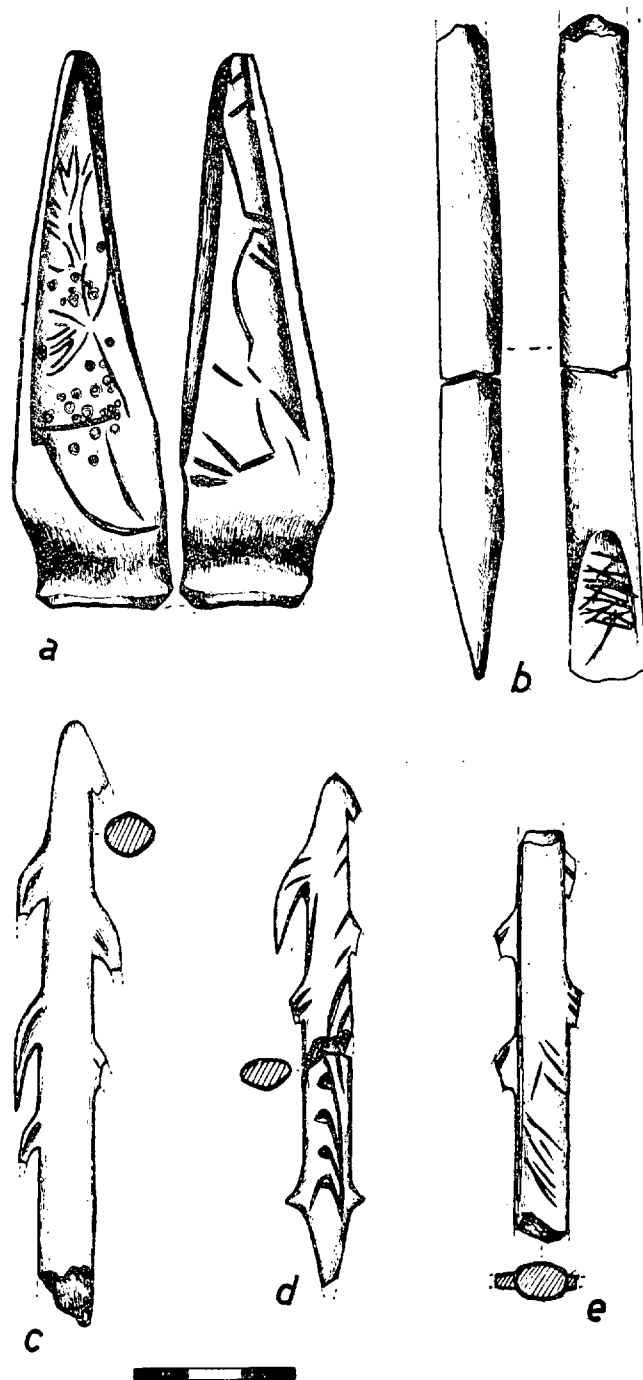


Lámina 9.—Magdaleniense final de Berroberria (excav. J. Maluquer de Motes):  
*a*, compresor o cincel en cuerno de Cérvido, con motivos figurados de estilo esquematizante; *b*, azagaya de base en doble bisel; *c*, *d* y *e*, arpones.

H. Kühn, a partir de la consideración de las convenciones y formas de figuración en el Magdaleniense VI, ha podido señalar un estilo artístico peculiar, en que se retorna "a lo lineal, a la acentuación del contorno", cerrándose así un amplio ciclo evolutivo que comenzara en el Auriñaciense típico y en el Gravetiense <sup>131</sup>.

Salvadas todas las diferencias regionales, puede afirmarse que en el Magdaleniense Superior-Final han alcanzado su cenit industrial las realizaciones materiales del *Hombre de Cro-Magnon* <sup>132</sup>.

Los *tiempos mesolíticos* comienzan bajo el signo de una "efervescencia de creación", acaso indicadora de apremiantes necesidades planteadas a los grupos humanos por una serie de transformaciones de índole climática (y, por ello, faunística y botánica: de paisaje) y sociocultural. Así pueden hasta notarse, en esa Europa que conociera la oleada racialmente uniformadora del "stock" cromañense, dos líneas en el desarrollo futuro de las formas culturales: conservadora la una y profundamente innovadora la otra, según ha apreciado D. de Sonneville-Bordes <sup>133</sup>. En la línea conservadora se destacan las culturas, o industrias, Aziliense (superponiéndose a los centros más caracterizados del Magdaleniense Final occidental), que hereda las esencias del Paleolítico Superior, y la del Mesolítico levantino que parece derivar de los modos calificados Epigravetienses. En tanto que en la línea de lo innovador se presentan acá y allá conjuntos instrumentales "pre-neolíticos" poco uniformes: Asturiense hispánico, Arudiense, Montandiense, Tardenoisien- se, Larniense, grupos de Maglemose, Ertebölle o Gudenaa, Tarnoviense..

De todos ellos, el *Aziliense* queda cada vez más sólidamente determinado como el heredero directo de las formas finales del Magdaleniense occidental. Ya no son sólo las apreciaciones de E. Piette señalando la cultura epónima en el Mas d'Azil, des-

<sup>131</sup> H. Kühn, *Le Style du Magdalénien Final*, en pp. 291-292 de las Actas del "IV Congr. Internac. de Ciencias Pre y Protohistóricas". Zaragoza, 1956.

<sup>132</sup> M. Almagro, *Prehistoria*, Madrid, 1960, p. 149.

<sup>133</sup> En *Problèmes généraux du Paléolithique...*, cit., 1959, pp. 35 y 36 de su tirada aparte.

haciendo un supuesto hiatus cronológico: son también los cientos de observaciones recogidas en numerosos yacimientos francocantábricos: La Madeleine, Abri de Villepin, Morin, Urtiaga, La Vache. Con lo que queda adecuadamente demostrada la continuidad cultural del instrumental lítico básico y, también, del óseo.

Por eso, aun admitiendo la denominación de "Magdalenense degenerado" con que alguien ha designado al Aziliense, señalaremos que no es tan brusca la pérdida de los elementos de tecnología ósea anteriormente existentes, como Cheynier ha pretendido <sup>134</sup>, salvando de tal aniquilamiento sólo contados tipos de puntas y de arpones. Más bien opinamos, de acuerdo con G. Galy, L. R. Nougier y R. Robert <sup>135</sup>, que tal degeneración es sólo aparente y externa, ya que hay una evidente mejor utilización de la materia prima disponible, y una acomodación adecuada a las nuevas incitaciones que el medio impone; y eso es simplemente una forma de progreso.

## V. ALGUNOS PROBLEMAS GENERALES

### a. *Sobre las áreas de dispersión.*

Son temas íntimamente relacionados con los de génesis y dinámica de las industrias óseas del Hombre de Cro-Magnon los referentes a su dispersión (y a su mecánica) espacial. Y ello referido —en concreto—, por ejemplo, a las agujas, los bastones, los arpones, los rodets, las azagayas, los temas decorativos, los contornos recortados... Cuestiones que, evidentemente, no pueden ser ahora tratadas ni siquiera en sus líneas más generales de planteamiento. Prescindiendo de toda problemática de ensamblaje cultural, debían al menos sondearse las posibilidades de aplicación

<sup>134</sup> *Comment vivait...*, p. 158.

<sup>135</sup> G. Galy-L. R. Nougier-R. Robert, *La transition paléolithique-mésolithique et les problèmes du harpon azilien* (en pp. 51 a 62 del tomo 16-17 del "Bull. Soc. Préh. de l'Ariège", Tarascon, 1962).

de los métodos históricoculturales <sup>136</sup> (a pesar de su actual valoración de desprestigio) para ir elaborando cartas de distribución de los distintos elementos de cultura en determinados momentos concretos. Y ello fuera acaso extremadamente importante para las industrias líticas y óseas, para el arte mueble, para los motivos decorativos no figurados y hasta —quizá— para el propio arte parietal. Así pudiera llegarse a la determinación de unas “áreas iséticas” y quién sabe si, a partir de ellas, se delimitarían auténticas “áreas biogeográficas” esenciales del hombre de Cro-Magnon.

Esas cartas de distribución debieran poseer una adecuada perspectiva de precisión en tiempo y espacio y una minuciosa determinación cuantitativa de los hechos o elementos computados; más aún, debieran ser correlacionadas con las cartas en que se recogiesen los datos de antropología física, fauna y flora, climatología, clases de yacimientos...

Y acaso fuera posible, a partir de esas observaciones, llegar a determinar con más seguridad que en el momento presente las vías de migración de aquellos grupos de cromañones y de las formas culturales que poseían <sup>137</sup>. En ese mismo sentido, H. Breuil, pensando sobre el arte rupestre y mobiliario y sus variaciones regionales cree <sup>138</sup> que “el arte ornamental correspondería más estrechamente al gusto particular de una tribu o clan; de donde resulta que la repartición geográfica de tal o cual motivo daría un gráfico, con los límites extremos de las migraciones de caza de una población dada”; trayendo como ejemplo —precisamente— el de los cinceles del Magdaleniense Final, a que antes aludimos, cuyos representantes de La Madeleine son paralelizados con otros “bastante degenerados” de cuevas pirenaicas, del Lot, de Tarn-et-Garone, de Charente y del Poitou, “lo que atestigua que el terreno de caza de las tribus perigordinas no se extendería más allá de esos

<sup>136</sup> Conforme a recientes sugerencias de J. Caro Baroja en *Sobre el estudio económico de la España Antigua* (en pp. 11 a 17 de “Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica”, Barcelona, 1968).

<sup>137</sup> Como en el ensayo *Les migrations des tribus magdaléniennes des Pyrénées*, de R. de Saint-Périer (en tirada aparte del fascículo de mayo-junio de la “Revue Anthropologique”, 1920).

<sup>138</sup> H. Breuil-R. de Saint-Périer, *Les poissons...*, pp. 5 y 6.

límites". Según tales sugerencias vemos de gran interés el trazado de mapas de dispersión de los grupos de elementos más característicos. Y, sin poder precisar concretamente, se me ocurre sugerir en sus líneas generales (como ha hecho H. Delporte para las "Venus auriñacienses")<sup>139</sup>: una escuela de arte geométrico curvilíneo en la Europa centro-oriental; otra de decoración curvilínea en el Pirineo francés; las áreas respectivas de dispersión de los tuberculados, de los rodetes, de los contornos recortados de los propulsores; las facies regionales distinguibles por sus tipos de arpones (la sudrodaniense, la cantábrica, la suiza...), etc.

Por otro lado, existen movimientos de "colonización" y comercio o trueque que pudieron ser revelados conforme a esas orientaciones. Así se piensa, por ejemplo, en la poderosa "colonia" del Magdaleniense I-II (sobre todo) del Parpalló que habría de influir notablemente en sus vecinas contemporáneas epigravetienses; e interpreta Jordá la presencia de las pequeñas azagayas biseladas del Epigravetiense I de Les Mallaetes como un influjo de los tipos semejantes del Magdaleniense inicial o I del Parpalló; mientras que en el terreno de la tipología lítica el influjo pudo producirse en un sentido inverso<sup>140</sup>.

Los objetos de adorno (conchas, dientes, pequeñas cuentas naturales) y hasta los "núcleos" de materia prima (cuernas de reno, marfil...) pudieron ser objeto de un comercio de intercambio que aún no se ha estudiado adecuadamente.

#### b. *Sobre las materias primas de las industrias óseas.*

Lo que se persigue en la mente de cualquier artesano es la consecución de un tipo instrumental; a su logro más fácil y rápido se subordinarán las técnicas usadas para sacar el mayor provecho a la materia prima disponible; invirtiendo el orden de la proposición se diría que la materia prima condiciona en cierto modo los tipos instrumentales.

En el caso concreto de las industrias óseas no podemos olvidar

<sup>139</sup> En *Observations sur les Vénus paléolithiques de Russie* (p. 381 de "Miscelanea en homenaje al Abate H. Breuil", Barcelona, 1964).

<sup>140</sup> F. Jordá, *Avance al estudio... Lloseta*, p. 72.

que se las sustituiría —en ocasiones con ventaja— por la madera.

Aun así se piensa que determinadas piezas óseas naturales se ligan íntimamente a algunas categorías instrumentales <sup>141</sup>. Por ejemplo: las superficies amplias óseas (escápulas, huesos ilíacos, frontales de grandes herbívoros, cuernas palmeadas de algunos Cérvidos, costillas de mamut o Gran Bóvido) se preferían para el desarrollo de las figuraciones grabadas o para la obtención de piezas planas recortadas (así los “contours découpés” o los rodetes, del Magdaleniense IV); los huesos menores (elementos dentarios, conchas, pequeñas falanges o vértebras, huesecillos de aves y peces) suelen tener más normalmente —provistos de una adecuada perforación o de incisiones polares— una finalidad ornamental; los huesos de estructura natural aguda y recta (peronés y metatarsos y metacarpos vestigiales de los Equidos; candiles y astas de Cápridos y Cérvidos) sugieren su uso como estiletes o punzones, conservando su cabeza articular para una mejor aprehensión; de las costillas se extraen finas láminas óseas que pueden convertirse en espátulas, plaquetas colgantes (de la categoría de las llamadas bramaderas o zumbadores), paletas, “cuchillos”, etc.; los huesos mayores gruesos (algunas diáfisis, grandes vértebras) sirvieron como yunques pasivos o machacadores; mientras que de sus epífisis y de los cuernos de los mayores Cérvidos se extrajeron esquirlas y varillas que se transformaban, por recorte y pulido, en azagayas, punzones, varillas, agujas, alfileres, arpones...; en tanto que de los cuernos de sección trasversal circular robusta se fabricaban bastones o propulsores, cinceles...

Estas observaciones sirven para insistir en el hecho de que es muy posible que la carencia de tal o cual materia prima llegue a condicionar determinados conjuntos instrumentales óseos hasta hacerlos pasar por pertenecientes a una “facies” cultural distinta: así llama la atención el muy pequeño tamaño general de las industrias óseas del Parpalló (lo cierto es que en su catálogo paleontológico no se incluyen especies de vertebrados de la envergadura y talla de los del Cantábrico) que pudo venir impuesto por la mala calidad de la materia ósea disponible (por ello nos llama tanto

<sup>141</sup> I. Barandiarán, *Sobre tipología y tecnología...*, pp. 73-74.

más la atención el gran bastón perforado que acaba de ser descubierto en una Cueva paleolítica de Cullera por D. Fletcher: a cuya amabilidad debo el haberlo podido estudiar en el Museo del S. I. P. de Valencia).

Del mismo modo, en este apartado habría de plantearse la influencia de la distinta materia prima (cuerno de reno y cuerno de ciervo) sobre no sólo el tamaño, sino, lo más importante, la estructura general y disposición organizativa de los arpones de fines del Paleolítico. El tema es, desde luego, interesante y, sin llegar al rígido determinismo de quien afirma que "allí donde no hay reno, por ejemplo, Italia o España, el Paleolítico superior se ha desarrollado muy poco"<sup>142</sup> habrá que admitir que sí debe existir algún tipo de relación de causa a efecto entre ambos hechos.

c. *Sobre la funcionalidad de las industrias óseas.*

La polimorfia funcional es un hecho harto comprobado en etnología: un solo trabajo o acción tecnológica puede desarrollarse con distintos "tipos" instrumentales que normalmente suponen otros tantos pasos o tanteos sucesivos hasta la especialización y estandarización del tipo que se juzga más útil, económico o apto.

Así, acaso no fuera raro buscar los precedentes funcionales a muchos de los tipos que hemos considerado, y creemos que resultan característicos y producidos dentro de los límites del Paleolítico Superior, cuando ciertamente su función venía desempeñándose de mucho antes (en el Medio y hasta en el Inferior) por medio de otros utensilios que les precedieron.

De este modo pensamos, por ejemplo, en los rodetes de placa ósea del Magdalenense IV, que son precedidos por elementos realizados a partir de cantos aplanados de piedra; o en las puntas de

<sup>142</sup> A. Cheynier, *Comment vivait...*, p. 48. Sobre el tema debe destacarse la importante síntesis de J. Bouchud, *Le renne et le problème des migrations* (pp. 79 a 85 del tomo 58 de "L'Anthropologie", 1954). Hay una excelente visión de conjunto de los temas de fauna y climatología en estas épocas en la Costa Cantábrica, por J. González-Echegaray, *Sobre la cronología de la glaciación würmiense en la costa cantábrica* (tirada aparte de "Am-purias", tomo 28, Barcelona, 1966).

madera que pudieran hasta coexistir con los distintos tipos de cuerno o hueso; o en propulsores de madera anteriores a los de cuerno. En esta misma dirección A. Cheynier ofrece una tesis ingeniosa sobre el origen de los arpones a partir de otros tipos formalmente muy distintos: primero se insertarían piezas de sílex en las ranuras longitudinales de varillas o azagayas de hueso o cuerno (para eso servirían, a su parecer, los microlitos geométricos en su mayoría); luego se utilizarían un par de varillas planoconvexas adosadas por su cara plana, entre las que se incluirían esas "armatures" líticas; más adelante, prescindiendo de los sílex, se destacarían con un instrumento cortante unos dientes sobre los bordes de las varillas; y con ello estaríamos ante los "prototipos" más inmediatos al arpón clásico <sup>143</sup>.

Por otra parte, es posible suponer una repetida reutilización de algunos instrumentos óseos que —una vez rotos— se volverían a acondicionar, a veces, en tipos rigurosamente distintos a los anteriores. Eso pensó Pericot ante alguno de los prototipos de arpón del Parpalló; y nosotros con bastante seguridad ante cinceles fabricados aprovechando azagayas gruesas rotas, ante algunos colgantes hechos a partir de bases biseladas de punzones que se partieron, etc.

d. *Sobre los motivos decorativos.*

Al exponer en líneas anteriores la dinámica del instrumental óseo del Hombre de Cro-Magnon cité, en algunos casos, peculiaridades de formas decorativas. Creo, con todo, interesante no dejar de aludir ahora desde otro ángulo de visión a la dinámica de estos modos.

La consideración del conjunto de materiales del Parpalló en forma estadística, como lo hiciera L. Pericot, nos parece elocuente para plantear unas bases previas. Sobre 434 piezas óseas "con alguna línea grabada", son 94 sólo las que presentan "un dibujo más elaborado": de ellas, una pertenece al llamado Solútneo-auriñaciense final, 12 al Magdaleniense I, 26 al II, 43 al III y 11 al IV.

<sup>143</sup> A. Cheynier, *Considerations sur la passage...*, 1966, p. 136.



Con lo que se observa que las piezas de hueso o cuerno con rayas se concentran fundamentalmente en el Magdaleniense y que se hacen, dentro de éste cada vez más abundantes hasta su cenit en el período III o inferior cantábrico.

Del mismo modo, si acudimos a la sistematización realizada sobre los yacimientos del Norte de España por F. Jordá observamos que el porcentaje o proporción de niveles representados aquí muestra que a la entidad de 1 aplicado al Auriñacoperigordienso, corresponden 2 en el Solutrense y 3 en el Magdaleniense III (totalizan el 44 por 100 de establecimientos), siendo otro valor a considerar el del Magdaleniense V (casi el 13 por 100). Ello serviría para mostrar el valor que —al menos para el Hombre de Cro-Magnon cantábrico— poseen los estadios citados en los que, precisamente, se presentan las formas más numerosas e interesantes de ornamentación aplicadas a las industrias óseas.

En otro orden de cosas, sería importante llegar a precisar las “escuelas” de ornamentación: como sugerimos más arriba. Por lo mismo (y pensamos en valiosos intentos de aproximación del arte mueble al parietal, por parte de F. Jordá, E. Ripoll o L. Pericot, entre otros) la consideración de determinados temas bien datados en industrias óseas pudiera servir para la aclaración de alguno de los graves problemas de cronología que el arte rupestre cuaternario hoy tiene planteados<sup>144</sup>. Pensando que hasta las líneas maestras de evolución general del arte mueble (con su inicio en una época “auriñacoperigordienso” algo avanzada, su continuidad en el Solutrense y su máxima expansión en el Magdaleniense IV, marcando una orientación hacia las esquematizaciones en el Magdaleniense Final) pueden servir de paralelo a lo que se debe pensar que sucediera en el arte rupestre.

Siendo todos ellos factores diversos que, de algún modo, deben saldarse en favor del Hombre de Cro-Magnon que habitaba estas tierras.

<sup>144</sup> Deben destacarse el artículo de H. L. Movius, *El arte mobiliario del Perigordienso superior de La Colombière...* (en 1952), como buena muestra de lo que pueden dar de sí tal tipo de aproximaciones; y, en especial, el capítulo “L'Arte mobiliare” de *L'Arte dell'Antica Etá della Pietra*, de P. Graziosi (pp. 43 a 129; Florencia, 1956).